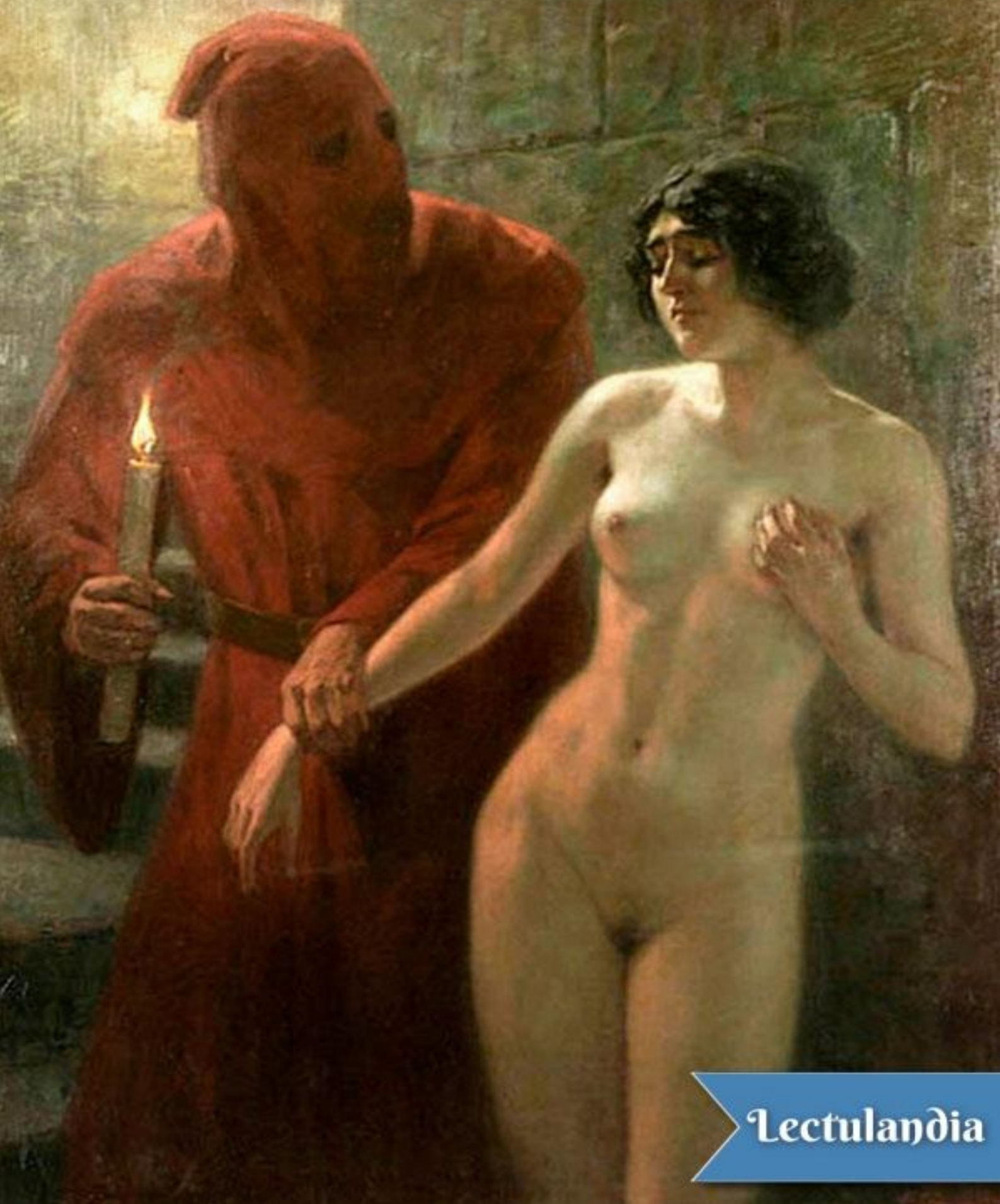


Sholem Asch

La hechicera de Castilla



Lectulandia

Muchos judíos arrojados de España por la fuerza de un nacionalismo temprano y furiosamente identitario acuden a Italia. Así es como los procedentes de Castilla forman una comunidad aparte, continuando sus ocupaciones anteriores. Y es así como aparece en la historia una bella y joven judía de ensortijada cabellera, dulce nieta de un anciano sabio e hija de un comerciante en telas oriundo de Castilla, que continúa con su quehacer a pesar de las más rígidas prescripciones. Así presenta Sholem Asch a su protagonista, que despierta en un pintor católico un sentir casi místico y la necesidad de llevarla a la tela, que a su vez convoca idéntica sensación al pueblo crédulo que la reverencia.

Lectulandia

Sholem Asch

La hechicera de Castilla

ePub r1.5

orhi 23.08.14

Título original: *Di kishufmakherin fun K̄astilien*

Sholem Asch, 1922

Traducción: Efraím Brunstein

Diseño de cubierta: Victor Schivert

Editor digital: orhi

Primer editor: Epicureum

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

PREFACIO

En las cercanías de la Ciudad Antigua, junto al Tíber, allí donde terminaba la Vía Apia, junto a los templos de Venus y Apolo y del Arco de Triunfo de César y Tito, se encontraba el «ghetto» cercado por altos y sólidos muros. Por encima de la entrada, enclavada bajo el arco de Augusto pendía, por orden del Papa, una cruz de hierro amplia y aguzada debajo de la cual se leía en caracteres hebreos las siguientes palabras del profeta Isaías: «Paraschti et iadai Kol haiom al am sorer». ^[1]

Pero este pueblo rebelde contra Dios no había tenido casi en cuenta la orden que inscribiera la Santa Iglesia.

Por eso, cuando los judíos salían y entraban tarde y mañana por la puerta del «ghetto», no hacían más que inclinar la cabeza para no ver las sagradas palabras del profeta que resaltaban de la cruz, en la sangrienta vergüenza de su dorada luminosidad.

En aquel barrio a orillas del Tíber, donde se encontraba el «ghetto», venían viviendo los judíos desde la época del Segundo Templo. Parecía que los judíos no querían abandonar a sus viejos enemigos, ni alejarse de los templos de Apolo y de Venus, con cuyos dioses competía su Dios; ni tampoco de los Arcos de Triunfo dedicados a sus héroes. Adosado estaba el «ghetto» a la Ciudad Antigua, perdido y olvidado en medio de sus ruinas, como cubierto de vergüenza ante las altas torres levantadas por encima de las colinas de Roma en homenaje a Cristo, el nuevo Dios. Desde tiempo atrás, a través de largos períodos y generaciones, desde la antigua y clásica Roma hasta bien entrada la época del Renacimiento, habitaban ya los judíos a orillas del Tíber, en aquellos lugares húmedos y mugrientos. Pero durante el Papado de Alejandro, Julio, Clemente y Pablo III, que fueron más bien apóstoles de los dioses paganos de la vieja Roma que de Cristo, comenzaron los judíos a afluir en grandes masas a Roma, llegando de todas partes del mundo cristiano, donde eran perseguidos por la Iglesia y la Inquisición. Y en Roma, bajo el dominio de aquellos Papas, encontraban mejor refugio que en los demás países cristianos. Se fundaron asociaciones y se construyeron sinagogas. También los judíos de España acudieron a vivir a esa ciudad, a pesar de las vergonzosas maniobras de sus hermanos de raza, que ofrecieron dinero al Papa para que les fuese prohibida la entrada. Los judíos de Castilla formaron su comunidad aparte. Los judíos de Francia desempeñaron altos puestos en los palacios del Papa y de los cardenales, fueron médicos y banqueros; hasta de Alemania llegaron también, estableciéndose en todos los puntos de la ciudad y construyeron allí sinagogas. Pero el Papa Pablo IV los encerró nuevamente dentro de los muros del «ghetto», levantó aún más altas murallas, indicando un pequeño lugar para que esos miles y miles de desdichados, con sus familias, pudiesen vivir y multiplicarse... Y renovando los viejos oprobios rescriptos de los Papas precedentes,

agregó otros nuevos.

Los judíos se inclinaban dolorosamente bajo el yugo impuesto por el representante de Cristo en Roma.

En aquel barrio húmedo y sucio, Israel se multiplicaba y desarrollaba, y, no pudiendo extenderse a lo ancho del «ghetto», tenía que hacerlo a lo alto, construyendo sus viviendas una encima de la otra haciendo puentes por sobre los angostos callejones, y levantando encima de esos puentes una nueva ciudad: casas, torres, etc. De esta manera emergía por sobre los muros del «ghetto» una casa levantada por encima de la otra, una torre erguida por encima de la otra.

Esto agradó muy poco al Papa, que ordenó que todo aquello se demoliera. Entonces los judíos se vieron obligados a cavar la tierra, a hacer viviendas subterráneas que albergaban a muchas familias, y que se comunicaban por medio de largos túneles.

Amontonados en las lóbregas cuevas del «ghetto», los judíos oían trabajosamente el toque de la trompeta, cuando les daba la señal para que lo abandonaran y salieran a comerciar fuera de su perímetro. A pesar de que el Papa tenía estrictamente prohibido bajo pena de excomunión el comercio con los cristianos, se sobornaba a los inspectores del Santo Padre, y se burlaban así todas las prohibiciones. Las gentes acudían de todas partes a las puertas del «ghetto» a comprar mercancías a los judíos; los mejores damascos, múltiples variedades de géneros orientales, especias, perfumes diversos, llegaban hasta allí traídos por los judíos, a través de rutas secretas, desde la libre República de Venecia, adonde llegaban con los barcos de Constantinopla, Esmirna y otros puntos del Asia Menor.

Entre las altas murallas del «ghetto» se hundía, en la humedad y la mugre, el esplendor y la gloria de Israel. Los templos de Venus y Apolo, convertidos en ruinas, y los Arcos de Triunfo que fueron levantados en honor y recuerdo de los vencedores de los judíos, Tito y César, Augusto y Constantino, eran cosas ya olvidadas. Los dioses que emergían del lodo pisoteados por los transeúntes, fueron recogidos por Miguel Ángel para enriquecer el museo del Vaticano. Sacaba las piedras de mármol de los antiguos templos y construía con ellas iglesias de Cristo. El Arco de Triunfo de Augusto se transformó en una muralla para el «ghetto»; los niños judíos hacían saltar a pedradas los relieves del Arco de Tito, y sobre las ruinas de los templos de Afrodita los ambulantes judíos exhibían sus telas; se sacaron las placas de mármol de los templos derrumbados y se colocaron encima las especias orientales, mientras que, sobre las piedras de los Arcos de Triunfo de Tito, los pescadores vendían la pesca del Tíber.

Desde muchos siglos atrás resonaban las carcajadas de los errantes judíos sobre las ruinas de los viejos dioses, y era como si se vengaran de sus vencedores, pensando más o menos en esta forma: «Así como nosotros vendemos ahora pescados y especias

sobre las ruinas de los Templos de Venus y Apolo, nuestros hijos exhibirán algún día sus mercancías sobre las ruinas de los templos cristianos que hoy miran hacia el mundo romano con tanta soberbia...»

CAPITULO I:

TESOROS OCULTOS

En el «ghetto» de Roma, por la Plaza de Judea, que el Papa Julio II hiciera embrear y embellecer con fuentes del Renacimiento, paseábase el pintor veneciano César Pastillo.

Era un hombre de juvenil apariencia, de unos veintitantos años, de rostro alargado y ojos mortecinos, que le daban un aspecto notablemente melancólico. Sus cabellos recios, caídos sobre los hombros, denotaban el descuido en que el maestro los tenía. Sus mejillas, cubiertas de una barba hirsuta, le prestaban un aspecto aún más triste. Como no llevaba rumbo determinado se encontró de casualidad en el «ghetto». Había llegado hasta allí, vagando por las sucias callejuelas que conducían al Tíber, a cuyas márgenes medraban desde hacía tiempo los ladrones y las prostitutas. Llamábanle la atención las calles angostas, las casas superpuestas, las torres y los puentes sobre los cuales se construían más casas aún, y que iban a perderse en lo alto. Le intrigaba aquel espectáculo extraño y desconocido; los judíos, algunos con túnicas amarillas y con parches del mismo color en forma de «o» sobre el pecho^[2], iban con los birretes habituales y las manos descarnadas y exangües; las mujeres con el rostro embozado llevaban dos señales celestes estampadas que testimoniaban su origen; la cantidad de brillantes y piedras preciosas que lucían en sus cabellos, y los largos abrigos de terciopelo que llevaban algunos de los transeúntes, denotaba en ellos a una clase más rica y respetable, algo así como los Dux de Venecia; los niños llevaban sobre sus túnicas amarillas pequeños mantos sagrados con encajes dorados y celestes, y los «tzitzot»^[3] se agitaban en el aire fustigándoles el rostro. Toda aquella compra y venta, todo aquel regateo, todo aquel tráfico callejero de vestimentas de color, cortes de lana, de seda y terciopelo, todo aquello lo atraía. Se sintió fuertemente subyugado por lo desconocido y precioso que se descubría ante su vista. Le parecía que se encontraba perdido en una ciudad del lejano Oriente, en una feria de Arabia, en el reino del Sultán del cual tanto oía contar a los mercaderes y marineros que hacían viajes al Oriente, llevando sus mercancías de Turquía a Venecia.

Su mirada se detuvo en una persona sentada en el umbral de una puerta. Era un judío delgado y fino, de rostro alargado, de barba puntiaguda, y de prolongada y amplia frente. Aquel rostro que asomaba bajo el gran birrete semejaba el de un santo de aquellos que se ven en ciertos cuadros de Bizancio que frecuentemente se encontraban en las viejas iglesias de Italia. Pastillo, sorprendido, se dirigió hacia esa persona, y cuanto más se acercaba, la figura parecía identificarse más aún con la de un santo bizantino. Los ojos del judío, redondos y celestes, permanecían fijos en sus

órbital, debajo de las cejas arqueadas. El umbral donde estaba sentado no era un umbral; en realidad, podía decirse que era más bien el escaparate de un negocio, abierto hasta la mitad, que le servía de mesa. El judío, sentado sobre ella, tenía a su alrededor un gran surtido de géneros, viejos y nuevos; mantos multicolores, túnicas pintadas, géneros de seda brillantes y matizados de rojo, y otros que, al plegarse, parecían descomponer la luz en infinidad de matices, reluciendo como las escamas de los peces o las alas de las mariposas. Estaban amontonados en gran desorden, pero cuando el judío vio que el apuesto señor se le acercaba, recogió las mercaderías y los géneros debajo de los anchos y largos faldones de su manto.

—Se le saluda, mi señor —dijo el judío, inclinándose ante el pintor—.

—Buenos días, judío —contestóle Pastillo, y antes de que éste tuviera tiempo de pronunciar palabra, continuó diciendo—: No tienes por qué esconder tus mercancías; no soy ningún representante del Tesoro del Papa, ningún inspector de la Santa Iglesia, ni vengo tampoco a investigar tu conducta. Soy un pintor de la ciudad de Venecia y súbdito de la República Veneciana, servidor de Su Santidad el Cardenal de Venecia; he venido al «ghetto» para comprar las mejores sedas; quiero adornar con ellas a los modelos de los frescos que pinto para la Iglesia del «Sagrado Corazón». Muéstrame tus géneros, judío, y yo te pagaré por ellos con los más caros ducados de oro.

Y al decir esto agitaba una bolsa de cuero, repleta de monedas, que le colgaba del cinto.

El judío, al oír la palabra «Venecia», sintió una gran simpatía hacia aquel extranjero, porque Venecia era un lugar de amparo para todos aquellos judíos y marranos^[4] que habían sido oprimidos por el Papado. A pesar de ello, tuvo cierta prevención, porque las leyes que prohibían las relaciones y el comercio entre judíos y cristianos eran muy rigurosas.

—¡Oh, caro señor! Perdóname por lo que te diga. El señor sabe muy bien que el Santo Padre, Pablo IV, a quien Dios bendiga, le dé muchos años de vida y lo haga vencedor de todos sus enemigos, nos prohibió comerciar con cristianos. ¿Por qué quieres tentar a un pobre judío? Tú sabes que el dinero tiene su atractivo, y por añadidura, tratándose de ducados de oro venecianos, que son aceptados en todo el reino del Sultán —agregó, queriendo adivinar en esa forma lo que aquél tenía en su bolso.

—Has adivinado; puros ducados venecianos —contestó el pintor, mientras hacía sonar las monedas en su bolso—. No son níqueles como los que nuestro Santo Padre obliga a sus súbditos a aceptar como moneda verdadera —reía el pintor—. No temas, judío; véndeme tus géneros, que son para el cardenal de Venecia; los venecianos sabemos guardar un secreto —añadió, haciendo un guiño—. Y, además, como tú sabes, nuestro Santo Padre prohibió sólo al plebeyo negociar con los judíos, pero no a los cardenales, contra los que no se sancionan leyes.

—¡Oh! ¿Para el Cardenal de Venecia? ¿Quién se atrevería a rehusar los tesoros de Su santidad? El señor se sirva pasar. Tengo riquezas con las cuales se podría adornar el palacio del Sultán de toda la Turquía. —Se levantó y desapareció en el interior, para sacar de nuevo la cabeza por una pequeña puerta que se veía a través de la vidriera semiabierta, e hizo pasar al pintor hacia el interior.

Ya adentro, Pastillo se quedó asombrado. Allí todo estaba oscuro. Una viga baja, hexagonal, atravesaba por sobre su cabeza; no se distinguían las paredes; sólo aquí y allá se descubría un rincón alumbrado por la leve luz de una pequeña bujía que flotaba en un recipiente de aceite. Gracias a esa luz pudo apreciar cómo brillaban y relucían las distintas telas. El terciopelo rojo semejaba una llama que se retorció formando pliegues, en cuyas sinuosidades atesoraba vivísimas coloraciones. Más allá refulgía otro y otro más.

Cuando el judío introdujo un arcón, y lo abrió luego, el pintor se quedó admirado viendo los tesoros que aparecieron ante su vista.

El arcón estaba repleto de sedas, de diferentes clases de terciopelo y brocados, de tejidos italianos y orientales que irradiaban una luminosidad polícroma. El judío fue sacando del arca un corte de seda tras otro, y acercándolos a la pequeña ventana de reja, cruzada por gruesas barras de hierro, a través de la cual se infiltraban leves rayos de luz, a fin de que Pastillo pudiese apreciar mejor la calidad y el brillo de los colores.

El pintor veneciano, familiarizado con los colores de las sedas, que tanto abundaban en su patria, no retiraba la vista de encima. Su brillo dorado tenía tal riqueza de matices, que lo embriagaba como un vino de cepa antigua. Había sedas de Persia, que brillaban como sierpes relucientes; otras, que irradiaban destellos como si estuvieran cuajadas de piedras preciosas; otras, que guardaban en sí el delicado atractivo femenino de las perlas finas. Había, además, terciopelo color de azabache, tan negro como la profunda oscuridad de la noche, y mil otros más. Cuando el judío los exhibía ante la luz de la pequeña ventana, entonces parecía que los rayos del sol se plasmaban en la seda e iban deslizándose sobre su pulida superficie como si el mercader hubiera tenido en sus manos un crepúsculo mágico.

La luz del día se proyectaba también escasamente sobre la barba blanca y larga, sobre el pálido rostro del judío atareado con sus sedas junto a la ventanilla. Pastillo estaba subyugado tanto por las sedas como por el aspecto de santidad del anciano. La apariencia del judío lo impresionaba tanto y estimulaba de tal manera su genio artístico, que hasta llegó a olvidar el objeto que lo atraía. Hacía que el judío le mostrara sus géneros para tener tiempo de observar su rostro con más detenimiento. Meditaba, como todo artista, en la manera cómo podría emplear la cara del judío para uno de sus cuadros sagrados, pero recordó que el rostro aquél era de un hereje, y como buen devoto que era, renunció inmediatamente a esa idea...

Durante todo el tiempo que permaneció en el sótano, oyó el pintor una voz que resonaba allí, como si llegara desde muy lejos, atravesando gruesos muros. La voz era de mujer. Una mezcla de música armoniosa, de quejidos y ruegos a Dios. A pesar de tan lejana y confusa, percibió palabras extrañas e ininteligibles. A Pastillo le intrigaba el trémolo de aquella voz y su misterio. Hacía ya rato que observaba una ventanilla, situada en uno de esos rincones perdidos, a través de la cual llegaban algunos rayos de luz. Comprendió que detrás de aquella ventanilla se encontraban los habitantes de la vivienda del judío, y que de allí llegaba la melodiosa voz de mujer. Sintió curiosidad de mirar por la ventanilla y ver lo que allí pasaba. Pero no tuvo oportunidad de acercarse a aquel rincón. El judío lo mantenía cerca de la ventanilla que daba hacia la calle, y le seguía mostrando sus géneros, pero a Pastillo hacía ya rato que habían dejado de interesarle las sedas. La insistencia obsesionante de aquella voz era ya toda su preocupación. Al principio le prestó escasa atención, pero cada vez se empeñaba en escucharla mejor; se iba adentrando más en él, a pesar de lo incomprensible y extraño que le resultaba tanto la letra como la música aquella. Pero de su temblor, de su profundidad tranquila, emanaba una casta delicadeza que lo conmovía cada vez más. Al fin, en un instante dado, cuando el judío comenzó a abrir otro arcón de sedas, y mientras estaba ocupado en sacar los gruesos arcos de hierro que lo aseguraban, Pastillo se acercó a la ventana y miró al interior, quedando asomado a ella. A la luz de una lamparilla vio a un anciano envuelto en un manto, y a una muchacha, sentada a sus pies sobre un banquillo, cantando algo de un libro. El anciano debía ser ciego; tenía los ojos cerrados y su rostro estaba surcado por un sinfín de arrugas. Algunos cabellos grises de su barba agitábanse sobre su pecho. Al principio no pudo notar el rostro de la muchacha, inclinada sobre el libro abierto en sus rodillas; vio solamente los pliegues del terciopelo celeste que caían de sus hombros redondos. La luz de la lamparilla, que pendía de una gruesa viga sobre su cabeza, irradiaba sobre ella un surtidor luminoso. El brillo de su cabellera resplandecía con el mismo brillo perlado del terciopelo que llevaba sobre los hombros, como si estuviera íntegramente cubierta de gotas de rocío. De pronto, volvió la cabeza, un tanto asustada, como buscando a alguien; todavía no había visto al pintor en la ventanilla, y éste dispuso de un instante para observarla.

Una emoción sutil colmó su corazón; aparecieron lágrimas en sus ojos y se llenó de fervor religioso. Se le antojaba una extraordinaria aparición, un milagro divino.

Poco después lo miraron dos ojos melancólicos y apagados. Nunca había visto en su vida ojos tan tristes. Eran alargados como los de los egipcios, y los párpados descendían temblorosos sobre un par de largas pestañas arqueadas en una expresión de paloma que reclama dolorosa compasión. Pero en su mirada ella no reflejaba compasión alguna; sólo una honda tristeza, la tristeza de un dolor desvinculado del mundo. Su frente combada y alta se prolongaba desmesuradamente hacia arriba,

como la frente de la Santa Ana de Leonardo da Vinci. Era tan amplia como la de su padre, pero al descender cada vez más para ir a perderse en las sienes, hacia atrás, le asignaba la prestancia de un joven y noble ciervo. El hondo dolor y la tristeza incomprensible que expresaba su rostro radicaba especialmente en la expresión de su boca. En realidad, no era una boca, sino un tajo vívido en su cara, extremadamente pequeño, como si los labios se hubieran confundido y no fuera sino un pequeño corte. Pero había allí tanto amor y ternura, como si la mano de un maestro lo hubiera retocado cuidadosamente, imprimiendo unos labios como dos pétalos de un botón de flor. Esa boca volvía a cerrarse como se cierra una flor salpicada del rocío de la noche, tan fresca le parecía; y cuando miraba, le parecía al pintor que la muchacha veía más con los labios que con los mismos ojos...

Pastillo sentía que iba invadiéndole la suave melancolía, la unción que irradiaba de aquellos ojos y de aquella boca entreabierta. No creía en la realidad de lo que estaba viendo; aquello no podía ser más que una visión.

A la luz de la bujía, el brillo de las sedas y de los metales que resplandecían en los ángulos sombríos de la habitación lo aprisionaban como en una neblina, acometiéndole una extraña sensación de embriaguez.

Ella no se atemorizó al notar aquel rostro extraño que miraba a través de la ventana. No hubo la menor reacción de asombro en sus pupilas; sólo atinó a levantarse de su asiento. Pastillo vio cómo su pesada capa de terciopelo le caía de los hombros, oyéndose el suave rumor de los encajes. La cabellera ensortijada caía bellamente sobre su vestido, confundiendo con el tono del terciopelo.

Se levantó, y acercándose al anciano, púsole sobre el hombro sus manos esculpidas y finas. Luego, repentinamente, desapareció todo como una ilusión. Ante los ojos del pintor relampaguearon rayos dorados y celestes. Volvióse, y vio entonces que el judío a quien compraba los géneros había echado un corte por encima de la ventanilla, haciendo desaparecer la visión.

—Damasco legítimo de Florencia —dijo, enseñándole un género bordado en oro y púrpura.

CAPITULO II:

SAGRADO SILENCIO

Pastillo buscaba una oportunidad para encontrarse nuevamente con la muchacha judía, la hija del mercader a quien había visto en otra ocasión a través de la ventana. Pero esa oportunidad no se presentaba. Cada vez que se llegaba al «ghetto» encontraba cerrada la casa de la Playa de Judea. Era difícil dar con la tienda aquella. Resultaba imposible reconocer que allí había existido alguna vez una puerta con cortinas. La casa permanecía silenciosa. Las pequeñas ventanas que se divisaban desde lo alto aparecían herméticamente cerradas detrás de sus gruesas rejas de hierro, de tal modo que el pintor no pudo saber si allí dentro aún moraba alguien. En la banderilla de hierro que oscilaba sobre el poste pudo reconocer, un tanto borrosas, las insignias de la vieja Castilla; interrogando a los vecinos que de vez en cuando cruzaban rápidamente la plaza, nada pudo obtener. Los judíos parecían temerle y trataban de esquivarlo. Al fin logró saber que al judío que vivía en aquella casa lo llamaban «el Mercader de Castilla», era hombre adinerado y representaba a la famosa firma de la rica marrana doña Gracia de Mendoza, madre de los marranos, que se radicó finalmente en Constantinopla para extender desde allí sus negocios por todos los países.

Pastillo se encontró una vez más en la plaza del «ghetto». Debía ser sábado, porque se extrañó del silencio que reinaba a su alrededor. Todas las casas permanecían cerradas. Raramente se veía cruzar a alguien la plaza o asomarse a alguna ventana. De pronto oyó un clamoreo, y luego vio que de distintas casas sacaban a viva fuerza, los inspectores del Papado y los soldados de la Iglesia, a doncellas y adolescentes, llevándolos a un lugar que él desconocía. Tal hecho producía un coro de lamentaciones y las lágrimas paternas, que parecían ordenar algo en un idioma desconocido para él. Pastillo se quedó sorprendido; no daba crédito a sus propios ojos; en la casa de Castilla, donde vivía el mercader judío, que siempre encontraba cerrada y desierta, se abrió repentinamente la vieja puerta que le era conocida, cuyo umbral descendía en escalones hacia la calle; luego oyó un crujir de terciopelo y apareció la muchacha a quien viera aquella vez por la ventana, llevada por dos alabarderos papales. No pudo ver su rostro, pues iba cubierto con un velo verde, señal de su condición de doncella judía. Pero sí pudo notar cómo inclinaba la cabeza, esa testa pequeña y esculpida que emergía del velo como una manzana pequeña y lozana. Detrás la seguía el judío, que inclinaba también la cabeza, sin prestar atención al pintor, a pesar de haber notado su presencia.

Pastillo siguió los pasos de la muchacha.

A la entrada del «ghetto» estaba la iglesia de Sant'Angelo, allí donde el portal de entrada al «ghetto» ostentaba, debajo del gran crucifijo, la inscripción hebraica de la célebre admonición del profeta Isaías: «Parashti et iadai kol haiom al am sorer». Aquella iglesia había sido edificada especialmente para los judíos, y un viejo decreto papal los obligaba a concurrir a ella todos los sábados por la tarde y escuchar los sermones de los sacerdotes cristianos. Pero los judíos no cumplieron nunca esta prescripción. La eludieron por medio del soborno, valiéndose de unos diez torpes que eximían a los demás de asistir. De esta manera cumplía toda la población con la orden del Papa; por otra parte, estas personas se eligieron entre los más sordos. Como además les tapaban los oídos, evitaban de ese modo la influencia que hubieran podido ejercer sobre ellos las exhortaciones de los representantes de la Iglesia.

En los tiempos de Clemente VII, cuando Salomón Malco^[5] estuvo en Roma y aprovechó su ascendiente místico sobre el Pontífice para favorecer a los marranos, caducó definitivamente la vieja ordenanza papal y la Iglesia del «ghetto» permaneció cerrada. Pero al advenimiento del «Papa Amán», como los judíos denominaban a Pablo IV, esa imposición se renovó con mayor rigor. El Papa designó sacerdote de aquella Iglesia al judío converso Yosef Mara. Este sacerdote obligaba a todos los judíos del «ghetto» a que asistieran regularmente todos los sábados a los oficios divinos. Los judíos temían por la juventud, porque Yosef Mara poseía grandes facultades oratorias y era considerado el mejor predicador de toda Italia. Los padres de familia, por natural prevención, ocultaban a sus hijos y concurrían solos a la iglesia. Al tratarse de ellos no podía haber peligro. Pero el sacerdote quiso sobre todo tener en su auditorio a los inocentes corazones y a los oídos puros y limpios. Todos los sábados enviaba a los soldados de la Iglesia a los hogares judíos, para que trajeran de cualquier modo a los jóvenes al templo.

Cuando Pastillo entró en la iglesia, siguiendo al mercader de Castilla y su hija, la encontró llena de mujeres y hombres, doncellas, muchachos y niños, con sus correspondientes «arpa kanfoth»^[6]. La iglesia parecía una sinagoga; por todas partes se leían inscripciones hebraicas de frases célebres de los profetas, que predijeron el advenimiento de la fe cristiana. En el extremo oriental había un tabernáculo regiamente esculpido, encima del cual aparecía una gran cruz de plata. Grandes velas de cera carmesí ardían en un candelabro judío de plata, colocado delante de la Sagrada Efigie, y Yosef Mara, envuelto en el «taleth»^[7], de pie en el altar delante del tabernáculo, sosteniendo en una mano el rollo sagrado y en la otra una cruz, hablaba a los sefarditas.

Hablábales en su idioma, en castellano, citando capítulos de la «Torah»^[8] de los profetas, mencionando pasajes del «Midrasch» y del «Talmud»^[9] e intentando demostraciones cabalísticas. Los amenazaba con el infierno y les prometía el cielo, describiendo con sombríos colores las penurias y sufrimientos del primero, y

pintándoles, en cambio, con vividas luces las delicias del paraíso.

—¿Y dónde está Él, vuestro Dios? —preguntaba—. ¿Y dónde Él, vuestro Mesías? ¿Por qué no se hace oír? ¿Por qué no da señal de su existencia? ¿Es que sois vosotros inferiores a los demás? ¿Por qué os habéis convertido en blanco de la burla y de la persecución?

Y extendiendo hacia ellos el rollo de la Biblia y la cruz, les rogaba:

—¡Venid, venid y coloaos bajo la protección que os brindan estos símbolos excelsos!

Y sus acentos tenían una resonancia metálica que producía una extraña sensación de temor que aterrorizaba a sus oyentes. Su mirada era llameante, y su rostro, pálido y triste.

Cerca de él se encontraba sentado el notario del Papa con una pluma de pavo real en la mano y un largo rollo de pergamino. Cualquier judío que se acercaba al altar e inclinaba la cabeza, dejándose rociar con el agua bendita, recibía inmediatamente de aquél una credencial que le otorgaba todos los derechos de ciudadano de Roma y lo instituía único heredero de sus padres, devolviéndole al mismo tiempo todos sus bienes que se encontraran fuera del «ghetto» y que el Papa había confiscado.

El primer banco, delante del altar, donde estaba el sacerdote, aparecía ocupado por los diez «batlonim»^[10]: dos de ellos, Jaime Adoini y Marcos Alfi, los más tontos del «ghetto», representaban en todas las fiestas y casamientos la «danza de la muerte» y eran los llamados a escuchar la «tojajá»^[11]. Tenían también la misión de representar a la comunidad judía ante la Iglesia en Roma. Jaime Adoini, de juvenil apariencia, debía tener la mejilla inflamada a causa de las muelas, pues llevaba la cara casi cubierta con un pedazo de género de lana que hubiese podido alcanzar para hacer todo un vestido; como debe suponerse, no se veía ni vestigios de las orejas. La voz del sacerdote, por más metálica que fuera, no hubiera atravesado su vendaje. Ni aún el estampido del cañón hubiese llegado a sus oídos. Su colega, simulando dolor de cabeza, atóse con una larga toalla, aplicándose unas rodajas de limón, de modo que a sus oídos tampoco podía llegar el sermón del sacerdote. Este enrojeció de cólera, bajó del altar, se acercó al banco, aproximó la cruz que llevaba en la mano a la cara de los tontos y les obligó a que la miraran. Arrancó el trapo de la cara de uno y la toalla de la cabeza del otro y ordenó que besaran la cruz. Los «tontos» gritaron a su vez tan escandalosamente, quejándose de sus respectivos dolores, que tuvieron que ser expulsados de la iglesia.

Yosef Mara se dirigía a los padres de los jóvenes con su voz metálica, tratando de infundirles temor:

—¡Tened compasión! ¡Tened compasión por vuestros pobres hijos, a los que educáis en la vergüenza y en el desprecio, injuriados y perseguidos por todos! ¡Dadles la protección de esta cruz! —rogaba el converso.

Pero los jóvenes se acurrucaban junto a sus padres, mientras de oído a oído, de padre a hijo y de madre a hija recorría el murmullo de una sola palabra: «Schmah Israel»^[12].

Y era como si esta palabra poseyera un mágico poder. Palpitaban vivamente los corazones. Se oían voces de generaciones pasadas. Aparecían visiones flamígeras ante los ojos. Cuerpos humanos que ardían, grandes ojos horrorizados, voces temblorosas: «Schmah Israel».

De pie, jóvenes y viejos, grandes y pequeños inclinaban las cabezas y retumbaban con entonaciones extrahumanas las palabras «¡Schmah Israel!»

Al escuchar esas voces, Yosef Mara se quedó enmudecido y atemorizado. Un raro temblor agitábase el pecho, su sangre apresuraba su curso a través de sus venas y también los acompañaba murmurando: «¡Schmah Israel!»

En un ángulo de la iglesia se encontraba Pastillo.

Le impresionaba hondamente aquel espectáculo, extraño y sublime a la vez. Admiraba a los niños que inclinaban las cabezas, manteniendo una rigidez tal, que no movían un solo músculo del cuerpo; ningún movimiento, ninguna mirada hacia la cruz que el sacerdote tenía en la diestra extendida hacia ellos, la cruz que significaba la salvación para este mundo y para el otro...

No comprendía por qué se empeñaban en repudiar el nuevo credo que pondría fin a todos sus sufrimientos y que era el único y verdadero. ¿Por qué?... ¿Por qué?

Mirando al mercader de Castilla y a su hija, se le agitaba el corazón. Creyó que ella extendería la mano hacia la cruz. Pero no; inclinó la cabeza como los demás, y permaneció inmóvil, murmurando algo.

¿No parecía ella tan cristiana, tan divina, pura y casta? ¿Acaso no se parecía a la Santa Virgen? ¿No se parecía acaso a aquella santa doncella con quien Dios celebró su alianza?

Sólo en ese instante pudo observar su cabeza inclinada, y el dolor, ese dolor inigualable impreso alrededor de su boca infantil. Era como si el dolor del mundo entero hubiera estado vivo en su rostro. Sus ojos parecían el refugio de la tristeza, y en su alta frente airosa brillaba la fe misma. Pastillo sintió el deseo de arrodillarse ante ella, de levantar hacia ella las manos y rogarle:

«¡Santa María Purísima, tú, alma la más pura de las almas puras, tú, que llevas en ti el dolor del mundo, ten compasión, ten compasión!...»

Desde el instante que la había visto por primera vez pensó servirse de ella para pintar una Santa María, la Madre de Dios, tanto se parecía a la Virgen, a aquella ante quien se mostró el Señor, la que debía haber tenido los ojos tristes, y la expresión de un gran dolor en los labios. En su rostro debía estar grabado el grito, el grito ahogado del sufrimiento y de la piedad infinita.

Ante este rostro tendrían que arrodillarse las gentes; hacia su imagen extenderían

las manos y rogarían, y los ojos divinos infiltrarían en los corazones un suave dolor de pasión y un amor puro y silencioso hacia todos, un perdón sin límites y una honda piedad para todo el mundo, así como ella lo infiltraba en el suyo...

Era veneciano en cuerpo y alma. Odiaba a Roma, a la Roma triunfadora, satisfecha y dominante. Odiaba su arte, y más que todo a Rafael, su joven dios pintor, que había ya vencido al mundo cristiano con la belleza de sus cuerpos de mujeres.

¡Oh, Venecia, traficada por los veleros de todos los ríos y mares! ¡Oh, Venecia, que parece una visión del cielo, esculpida en mármol blanco! ¡Oh, Venecia, la ciudad de los templos y palacios que parecen tener alas y agitarse en el aire!

Adoraba sobre todo a los pintores venecianos. Sus maestros eran Tintoretto, Giorgione, Bellini, y con preferencia el viejo Fray Angélico, cuyas «Sagradas Madres» vio en Florencia, el mismo Fray Angélico que hacía descender del cielo las figuras inefables, vistiéndolas de infantil inocencia.

Pero Roma fue conquistada por Rafael, que cruzó la tierra como un relámpago. Toda Roma, todo el mundo cristiano se arrodillaba para rezar ante sus Madonas, pintarlas según el modelo de su amada, la hija del panadero. Sometió y esclavizó a su pincel y a su paleta a todos los artistas que vinieron después de él. Toda Madona debía parecerse a la amada de Rafael, la hija del panadero de Roma; en caso de no ser así, no tenía ninguna probabilidad de ser aceptada en la Iglesia, y el artista moría en la mayor indigencia.

Pero Pastillo, como otros artistas jóvenes, ya levantaba entonces la protesta contra el dominio de Rafael. No, se decía: la mujer que Dios eligió para que revelara el dolor del Universo no debía poseer solamente la belleza humana perfecta y el incomparable amor materno, no; esa mujer debía ser más profunda, debía trocar el amor materno en un ideal más elevado, en un amor infinito hacia toda la humanidad. Su rostro debería poseer una belleza mística tal, que al mirarla nos hiciera olvidar la belleza del amor terreno y nos anegara en un amor elevado, sobrehumano, incomprensible e infinito...

Y todo eso lo expresaba el aspecto de la muchacha judía, la hija del mercader de Castilla. En su rostro veía el pintor aquella misteriosa belleza que le descubría lo más íntimo de un mundo que tanto tiempo venía anhelando.

El rebaño rogaría ante ella con mayor unción; rogaríanle con otras invocaciones, con corazones puros y no para mendigar un poco de felicidad humana, como se hacía con la Madona de Rafael. Sería una oración distinta, completamente distinta, despojada de todo anhelo personal, de toda pequeña felicidad. Las gentes pondrían en esa oración todas las ansias de una emancipación más elevada, de una felicidad casi inasible.

Pero ¿cómo? ¿Cómo podría él, tan buen cristiano, servirse de la hija de un hereje para lograr una concepción semejante a la Madre de Dios? ¿Cómo podrían

arrodillarse los verdaderos cristianos ante una imagen inspirada en el rostro de una hereje?

Súbitamente recordó la leyenda de Cristo; entonces se preguntó: ¿Acaso Dios mismo no ungió con su divina predilección a una hija de este pueblo? ¿Ella misma, la eterna virginidad, la Madre de Dios, no pertenecía acaso a este pueblo? Aquí reside lo incomparable, lo elevado y lo místico que posee este pueblo elegido de Dios, para que de él salga la salvación del mundo.

Esperaba al padre y a la hija en el atrio de la iglesia, de modo que, cuando salieron, el pintor se puso de rodillas ante ella.

—¡Oh, Madona! Tú, que tienes un rostro que inspira fe y ternura en el corazón humano, no tienes el derecho de guardarlo sólo para ti. Dios te lo ha dado para que despiertes en las gentes el sentimiento de la belleza inmarcesible. Quiero tomarte de modelo para la Santa Virgen destinada a la Iglesia del Sagrado Corazón. Las gentes verán tu rostro, se arrodillarán y rogarán con el corazón purificado. ¡Oh, Madona! ¡Déjame crear la obra de Dios, para gloria y santidad de su nombre!

La muchacha callaba e inclinaba la cabeza, como lo habría hecho en la Iglesia ante el sacerdote; lo escuchaba con temeroso respeto; después, a paso menudo, se alejó siguiendo a su padre.

El pintor permaneció arrodillado sobre una sola pierna en el mismo lugar.

CAPITULO III:

LA EXCOMUNIÓN

En el mes de mayo de 1556, por decreto del representante de Jesucristo, el Papa, la Inquisición condenó a la hoguera a veintiséis marranos; aquellos que aceptaron voluntariamente la fe cristiana fueron enviados con cadenas a la solitaria isla de Malta. El infierno inquisitorial de Ancona conmovió a los judíos de todo el mundo, y sobre todo a los de Italia.

Hacía ya muchos años que los marranos de Portugal y España habían abandonado sus hogares, envueltos en fuego y sangre, para dirigirse a las amadas y libres Repúblicas de Italia, donde en aquellos tiempos reinaba el espíritu de progreso, de cultura y de humanidad. Los Papas Clemente II, Pablo III y Julio III permitieron a los marranos fugitivos de la Inquisición volver abiertamente al judaísmo, adoptar nuevamente sus nombres judíos, y hacer vida judaica. En la libre República de Venecia fueron recibidos con los brazos abiertos. Iniciaron allá las relaciones comerciales con sus hermanos que se encontraban en los países del Sultán, contribuyendo así al desarrollo y enriquecimiento de la República.

Enviando a estas Repúblicas, y queriendo atraer a los marranos de Venecia a sus países, para enriquecer, por su intermedio, sus puertos con el comercio de Oriente, los ducados de Ferrara les aseguraban una infinidad de derechos, permitiéndoles edificar sinagogas, instalar imprentas judías, hecho que significaba en aquellos tiempos el exponente más avanzado de la tolerancia religiosa, y dar a sus hijos la educación de sus padres.

En Ferrara, aquel paraíso en miniatura, donde los duques congregaban a su alrededor poetas y pintores y en cuyas residencias se discutía más sobre Virgilio y Dante que sobre asuntos de Estado, desempeñaban los marranos el papel más importante. Eran los ministros de Comercio y Finanzas y ocupaban los más altos puestos en la vida social y política. En el año 1543, Pablo III, por delación de Yosef Mara, hizo quemar públicamente en Roma todos los libros judíos, exceptuando el «Zohar»^[13]. Por esta razón, los judíos de Roma y de otras ciudades de Italia enviaron clandestinamente sus libros sagrados a Ferrara y Ravena, a fin de que los marranos los guardaran debidamente, e impidieran su desaparición.

Pero durante el dominio de Pablo IV terminó todo; por un decreto privado, todos los marranos del puerto de Ancona fueron arrojados a los sótanos inquisitoriales de tormento. Muchos de ellos eran súbditos turcos que habían venido por un corto tiempo a negociar en Ancona. Algunos de ellos se salvaron en el último momento, huyendo a los otros pequeños ducados de Italia, fuera de la jurisdicción del Papa.

Pero la mayoría murió bajo la barbarie de los inquisidores, muchos fueron enviados a las islas, y veintiséis sufrieron públicamente el tormento de la hoguera.

Podría decirse que éste fue el primer fuego que encendió la Inquisición en tierra de Italia, y provocó el pánico, tanto entre los judíos como entre los marranos.

En la casa de don José Pérez, el mercader de Castilla, como se le llamaba en el «ghetto», los marranos se reunían ocultamente, para orar y hacerse mutuas consultas. A los judíos también, a pesar de no haberles sido prohibido aún profesar la fe judaica, les clausuraron todas las sinagogas, dejándoles abierta una sola; comenzaron entonces, tanto ellos como los marranos, a usar un viejo sistema que habían practicado en España y Portugal: el de reunirse en sótanos secretos para cumplir los oficios divinos y realizar allí sus asambleas.

José Pérez era en Roma representante de doña Gracia de Mendoza, la que ya entonces, con su yerno José Nasi y otros judíos y marranos, que contaban en total unos quinientos, habían huido de Ferrara a Constantinopla para colocarse ellos mismos y colocar sus riquezas bajo la protección del Sultán. Muchos de sus bienes fueron confiscados por el rey de Francia, por el Papa y por otros pequeños reinos, a quienes doña Gracia facilitaba dinero prestado. A pesar de eso, seguía manteniendo comercio clandestino con los puertos de Italia, adonde enviaba sus barcos cargados de mercancías de Constantinopla, en combinación con los agentes que tenía en todas partes. Estos eran al propio tiempo los embajadores de los marranos; tenían a doña Gracia siempre informada de las cuestiones pertinentes y facilitaban la huida de los perseguidos hasta ponerlos en las tierras del Sultán.

En el sótano profundo y abovedado donde encontramos por primera vez al pintor, se encontraban reunidos los judíos de Roma. Era una noche de verano, después de un día bochornoso, y casi toda la población de Roma descansaba a orillas del Tíber.

Las callejuelas, oscuras y tortuosas, eran como negras fauces, y las casas, altas y silenciosas, semejaban sombras gigantescas animadas de extraños movimientos. Por las callejuelas del «ghetto» se deslizaban junto a las paredes sombras solitarias, que desaparecían por una entrada secreta que conducía al sótano de José Pérez.

El sótano estaba alumbrado —único lugar que se encontraba así en toda Roma—. En un gran candelabro de plata ardían lamparillas de aceite. Junto a las negras paredes, aquí y allá, se agrupaban sombras de jóvenes y viejos que cuchicheaban entre sí. Sus abrigos y sombreros negros proyectaban sombras espectrales sobre los muros del sótano. De pronto todo quedó en silencio, mientras la reunión se concentraba en un mismo lugar.

Cuando poco después se abrió una puerta, apareció el viejo judío ciego, cuyos ojos muertos brillaban, no obstante, en sus amplias órbitas con tal destello de vida, como si vieran, no las vanidades de este mundo, sino la verdadera luz de un mundo

justiciero... Llegaba conducido por la muchacha, por la hija del mercader de Castilla. El nombre de ella era Ifatah. Pero, en realidad, no era hija de aquel comerciante, sino nieta del anciano ciego, que se llamaba Reb Jacob Médiga, de la familia de los Abarbanel; se consideraba como miembro de aquella familia y así también lo consideraban los marranos y los judíos de Roma. Su autoridad era reconocida por todos los judíos españoles de aquella ciudad. Su familia habíase perdido a causa de sus continuas peregrinaciones por el mundo. Muchos de los suyos habían sido secuestrados en el mar por los piratas y vendidos como esclavos; muchos niños habían sido cristianizados a viva fuerza y contra la voluntad de sus padres. De toda la familia sólo quedaba, pues, el anciano con su nieta, que vivían en la casa de José Pérez, el agente de la rica doña Gracia. Con el ciego entraron dos emisarios enviados a los judíos de Roma, uno de ellos huido de Ancona, y el segundo, de Constantinopla. En realidad este último era un enviado del Sultán Solimán ante el Papa, y llevaba la misión de interceder por los súbditos turcos. Sin embargo, llevaba también una misión clandestina de la opulenta doña Gracia ante los judíos de Roma.

En el sótano reinó un profundo silencio, y sólo se oía el chisporroteo de las mechas. Inmóviles quedaron también las sombras sobre las paredes, como inmóviles los cuerpos de los judíos en el sótano. El viejo Reb Jacob se arrellanó en una honda poltrona. Y, como de costumbre entre los judíos de España y los marranos, desfilaron ante el patriarca y le besaron la mano, uno después de otro. El anciano colocaba la diestra sobre sus cabezas, y, murmurando algo, los bendecía. Después se acercó el dueño del sótano, don José Pérez, a un lugar secreto, y dio repetidos golpes en la pared que comunicaba con la calle. Afuera estaban haciendo de centinelas, en todas las esquinas, algunos jóvenes marranos que debían tener cuidado de los inspectores de la Inquisición. Ellos le contestaron, por medio de una señal convenida, que todo estaba tranquilo. Corrió una cortina disimulada hasta entonces, y apareció el tabernáculo; los asistentes comenzaron la oración de «Marev»^[14].

Todos callaban; sólo se oía el murmullo del cantor a quien los demás seguían palabra por palabra. Al terminar la «Schmonah Asarah»^[15], el anciano extendió la mano en señal de que se guardara silencio. Todos enmudecieron. El enviado de Ancona se puso entonces de pie, se acercó al tabernáculo y comenzó a contar lo que allí ocurría.

Contaba cómo un sábado por la tarde, inesperadamente, tomaron por asalto las sinagogas y arrastraron a todos los marranos con sus mujeres e hijos a los sótanos de la Inquisición, donde fueron torturados en las formas más atroces. Los habían amarrado a grandes ruedas trituradoras. Muchos perecieron en estas torturas; los sobrevivientes habían tenido la fe cristiana. Así fueron esposados y mandados a la isla de Malta; pero veintiséis que se mantuvieron firmes en la creencia de sus padres fueron llevados, al son de cánticos religiosos y bajo los estandartes de la Iglesia,

hacia las hogueras que los esperaban en la plaza de la ciudad. La vieja doña Maiara infundíales fidelidad y valentía en su credo con la exaltada vehemencia de su «Schmah Israel», y así fueron todos quemados.

Un silencio religioso reinaba en el sótano; cada cual, con la cabeza gacha sobre el pecho, se imaginaba el momento en que le llegaría su turno... De pronto, levantóse el viejo Reb Jacob, estiró sus delgadas manos, como si viera a alguien, y con voz trémula exclamó:

—¡Consagrados a Dios! ¡Consagrados a Dios!

Todos contestaron a la vez:

—¡Consagrados a Dios!

De múltiples bocas se oía:

—¡Exaltado y santificado sea el nombre de Dios! ¡Exaltado y santificado sea!

Cuando volvió a reinar el silencio, levantóse el enviado de Constantinopla y dijo:

—Respecto a los marranos desterrados a Malta, puedo comunicarles que todos se encuentran actualmente bajo la protección del bondadoso Sultán Solimán, bendito sea su nombre, y sirven al único Dios existente, sin que nadie pueda impedirles.

—¿Y cómo? ¿Cómo? —preguntaron algunas voces.

—La bondadosa dama doña Gracia de Mendoza, joya para nuestro pueblo, con su yerno el generoso duque don José Nasi, llegaron a presencia del Sultán y se arrojaron a sus pies, solicitando compasión para sus hermanos. El Sultán atendió su solicitud, conmovido por sus lágrimas, y así pudo ella enviar uno de sus buques y embarcar a todos los marranos de la Isla con destino a la capital de su gran Imperio.

—¡El nombre de Dios sea loado en todas partes y por siempre! —exclamó el anciano, levantando las manos al cielo.

Todos contestaron:

—¡Amén!

—Y yo he sido enviado a vosotros por la bondadosa duquesa Gracia y por el duque don José Nasi, para advertiros que ninguno de vosotros debe anclar sus barcos en Ancona. Que nadie venda allí sus mercaderías. Entre el principado de Ravena, enemigo del Papa y amigo de los marranos, y los judíos de las tierras del Sultán, se ha pactado para siempre que, desde hoy en adelante, todos los barcos que lleguen de Oriente eviten el puerto de Ancona y tiren anclas en Ravena. Que Pésaro, el puerto de Ravena, se haga el centro del comercio judío. Que allí proyecten su sombra las velas de los barcos de Oriente y, bajo su refugio, descansen en paz los marranos.

Después de él, levantóse nuevamente el anciano, dirigiéndose a los asistentes:

—Hijos de Israel: por la memoria de los sacrificados y purificados, oíd el verbo divino; oíd a vuestro Dios. En nombre de los sacrificados, en nombre de la sangre judía que fue derramada y de los huesos judíos que fueron devorados por el fuego, declaro la excomunión flamígera de Ancona, el país enemigo regado por la sangre de

nuestros hermanos. Maldito será aquel que anclare sus buques en los puertos del Papa. Maldito aquel que ofreciere el pan a nuestro enemigo, aquel que ayudare su comercio y que enriqueciere su tierra. Desierta y olvidada quede Ancona sobre la faz de la Tierra. ¡Excomulgada sea! ¡Excomulgada sea!

Y un murmullo circuló por toda la reunión:

—¡Excomulgada sea! ¡Excomulgada sea!

—No duerme ni descansa el protector de Israel —decía Reb Jacob, y sus manos temblaban—. Dios tuvo piedad de su pueblo y le envió un Salvador y un defensor en la persona del Sultán Solimán. ¡Que Dios lo fortifique ante sus enemigos! ¡Oh! No se derramará ya más en vano la sangre judía en Italia. Ya no arderán más los cuerpos de inocentes judíos en las hogueras. Dios está junto a nosotros de día y de noche. Y en cada generación nos envía su Salvador. Digamos nuestra alabanza a Dios por la justicia que nos otorga.

Nadie sabía lo que el anciano Jacob quiso expresar con estas palabras, pero entendieron que algo importante había sucedido. Entonces levantaron sus manos al cielo, como él lo hacía, y agradecieron a Dios. Al día siguiente, todos los judíos de Roma, en la misma forma que los propios romanos, se quedaron sorprendidos, asombrados por las noticias que recorrían toda la ciudad.

Un enviado especial había manifestado al Papa, en nombre de su Majestad Solimán, que los marranos de Italia habían sido declarados por su voluntad súbditos turcos, y que por cada marrano que muriera torturado en los sótanos de la Inquisición, ordenaría el Sultán torturar a un cristiano, y por cada marrano que fuera quemado en las hogueras de Italia, se haría lo mismo con un cristiano, ante su propio palacio.

A raíz de esa gestión se abrieron los sótanos de la Inquisición y todos los marranos, súbditos turcos, fueron puestos en libertad por orden del Papa.

CAPITULO IV:

FUEGO Y AGUA

En el trono de Cristo, en Roma, se encontraba el viejo tirano, el octogenario Juan Pedro Caraffa, bajo el nombre de Pablo IV. Ya en tiempos en que ejerciera su investidura cardenalicia, bajo la dirección de Pablo III, había hecho incinerar los sagrados textos.

Pablo IV ascendió al trono de Cristo para que, con el veneno de su fanatismo y el poder de las torturas inquisitoriales, mantuviese el poder papal, que comenzaba a debilitarse sensiblemente, debido a la enorme influencia de los reformadores, Lutero en Alemania y Calvino en Ginebra. Pablo IV, al sentirse ya demasiado débil para ahogar el movimiento protestante, que se desarrollaba inconteniblemente en toda Alemania, arrojó los dardos de su cólera contra los herejes de su reino: contra los judíos, los moros y los marranos.

En la cámara de su templo, arreglado a lo jesuítico, arriba, por encima de los departamentos del Vaticano, sentada en un asiento duro, la alta figura del Papa se mostraba sumida en melancólica congoja. Su rostro, surcado profundamente de arrugas, semejava un mar revuelto. La áspera pelambre de su tupida y blanca barba se movía con una rigidez de alambre, pero entre las arrugas de su cara y por debajo de las pesadas cejas que casi cubrían los párpados, asomaba un par de pequeños ojos celestes, casi infantiles, mortecinos e inmóviles como dos ascuas a punto de extinguirse.

—¿Desde cuándo se rige el trono de Pedro por la voluntad del Sultán y los herejes? —preguntábale el Papa al menudo y tranquilo cardenal Alejandro Farnesio, quien dirigía la política externa del Vaticano.

—El judío José Nasi se ganó la simpatía del Sultán, y es ahora su consejero. Nosotros, a la vez, debemos ganarnos su amistad. El fuego de Ancona nos costó el comercio con el Oriente —repetía quedamente el cardenal.

—¿El Sultán podrá acaso ordenar al representante de Cristo cómo tiene que conducirse con los reformadores y enemigos del cristianismo? —volvió a preguntar el Papa.

—Roma no es tan sólo la sede de la Iglesia cristiana; lo es también del reino romano. Los otros reinos de Italia se enriquecieron con el comercio de Oriente gracias a los judíos. Venecia, Ferrara y Ravena conquistaron la amistad de los consejeros judíos del Sultán. Y hasta España, la más acérrima enemiga de los judíos, trata ahora de relacionarse con el ministro judío José Nasi, y ha ordenado a su Embajador en Constantinopla que entre en tratos secretos con él. Así nos lo

comunican de fuente fidedigna.

El Papa, al oír la palabra España, montó en cólera; su cara enrojeció y sus ojos perdieron su quietud, porque por poco que quisiera a los judíos y marranos, odiaba mucho más a los españoles, que le conducían incesantemente a la guerra.

—Mostraré al Sultán de todos los musulmanes, a los judíos, españoles y otros reformadores, que en Roma se encuentra todavía el representante de Cristo —exclamó el Papa, incorporándose—. Ve y llámame a mi primo, el Gobernador de Roma.

Por la noche, cuando el cardenal Farnesio asistía a la cena que ofrecía la famosa cortesana Imperio, festejando un gran acontecimiento, es decir, el hecho de que su papagayo africano había aprendido a declamar unos versos de Virgilio, entró en la villa junto al Tíber, en el momento de los bailes de adolescentes y doncellas desnudos, un hombre enmascarado que solicitó hablar con el cardenal. Y cuando éste le preguntó lo que quería, el desconocido le dijo al oído:

—El Papa acaba de ordenar al Gobernador de Roma que incendie el «ghetto» por los cuatro costados, y que cuide que ningún judío se salve del fuego.

El cardenal, palideciendo, preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

—Soy de la casa del cardenal de Venecia —le contestó el desconocido.

El cardenal no hizo más preguntas, pues bien sabía que el cardenal de Venecia estaba mejor que nadie informado de todos los secretos, y que no sólo era representante de la Iglesia sino, ante todo, Embajador de la República de Venecia. Y, por otra parte, sabía que los sabuesos de quienes se servía el cardenal conocían antes y mejor que los mismos cardenales lo que sucedía en el Palacio del Papa; por lo tanto, podía confiar en sus palabras.

—No sé quién eres, joven, pero lo cierto es que has favorecido en mucho a la Iglesia con tu mensaje —le dijo—. Recibe mi agradecimiento.

—Un favor con otro favor se paga; quiero que en cambio me enteréis de todos los males que amenazan al «ghetto» de Roma.

—¿Cómo? ¿Un amigo de los judíos?

—¡No, un amigo de la Iglesia!

El joven se retiró la máscara, y el cardenal reconoció al pintor Pastillo.

—¡Pastillo, el pintor de Venecia! —exclamó asombrado el cardenal—. ¿Qué tienes que hacer tú en el «ghetto»?

—¡Allí se extravió mi corazón!

—¡Y el ojo vigila siempre allá donde el corazón descansa! —afirmó sonriendo el cardenal.

Y sin importarle nada que la bella Imperio coqueteara con sus ojos de zafiro sin

par, según se afirmaba en todo el reino de Italia, invitó al joven para que se quedara hasta el momento en que su papagayo fuera introducido en una jaula de oro y declamara a Virgilio; luego se excusó de tener que retirarse, porque comprendió que la vida de miles de almas era más importante que el papagayo. A pesar de que no lo hizo por los miles de almas, ni tampoco en homenaje a la fe cristiana, y sólo contemplando los intereses bastardos de la Iglesia.

Después de media hora yacía a los pies del Papa, en su dormitorio, rogándole:

—Santo Padre, la Iglesia está en peligro. De Alemania recibimos noticias de que las teorías herejes de Lutero, el reformador, se propagan por el país como una epidemia. También Inglaterra se nos va de las manos. En Francia se divulgan las ideas ateas. Incendian públicamente en las plazas las bulas del Papa. La silla de San Pedro se tambalea. Los reformadores ganan cada vez más adeptos. Y ahora, si llegara a saberse en todo el mundo que han perecido quemadas miles de personas, nadie dudará de que el autor de esas muertes fue el Vaticano, y como los judíos tienen en todas partes sus agentes, y en todas las cortes hay médicos y financieros judíos, aprovecharán la coyuntura para luchar contra la Iglesia, y esto dará más ánimo a los reformadores en sus ataques contra la iglesia y nos restarán pueblos enteros.

El Papa cerró lentamente los párpados, como si se durmiera, y calló.

En un rincón, cerca de la puerta, estaba el Gobernador de Roma con el decreto en la mano, esperando la refrenda del Santo Padre.

—¿Y cuánto te pagaron los judíos para que hagas esta gestión? —preguntó finalmente el Papa.

El cardenal calló un momento; se levantó de su sitio, se persignó y dijo:

—Dios es testigo de que lo hago sólo en interés de la Iglesia. Inventad para los judíos toda clase de torturas. Pero castigadlos de modo que no sea la mano de la Iglesia. Los judíos se han ganado al Sultán. Reyes y príncipes buscan su amistad. Están dispersos por todo el mundo y pueden ser una gran ayuda para nuestros enemigos.

—Que los reyes y príncipes busquen la amistad del judío y del Sultán, pero eso no lo hará nunca el Papa de la fe cristiana; con los enemigos de Cristo no tengo nada que ver —afirmó el Papa con tono enérgico.

El Gobernador de Roma intercedió entonces:

—Santo Padre, si no podéis castigarlos con fuego, hacedlo con agua.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el Papa.

El Gobernador miró al cardenal. El Papa hizo una seña con la mano, y el cardenal salió del aposento del Santo Padre, dejándolo a solas con el Gobernador.

—Las aguas del Tíber salen todos los años de su lecho e inundan el «ghetto» —dijo el Gobernador—, y cuando vos obligasteis a los judíos a que levantaran los muros, ellos lo aprovecharon en una forma tan inteligente, que aseguraron las orillas

del río haciendo altas murallas para que el agua del Tíber no penetre en sus viviendas. En septiembre esperamos una nueva inundación del Tíber; ordenad, y nosotros desharemos secretamente las fuertes barreras, y cuando las aguas alcancen su más alto nivel se introducirán en el «ghetto» e inundarán todo lo que se encuentra en aquellos sótanos —añadió el Gobernador con voz apagada.

—Y tú —ordenó el Papa— pon en guardia a mis fieles soldados alemanes y suizos, para que no permitan, hasta después de veinticuatro horas de la inundación que ninguna alma abandone el «ghetto».

—Seréis obedecido —e inclinóse ante Su Santidad.

—Y ahora llámame a ese Judas, el cardenal.

Cuando el cardenal Farnesio hubo entrado, el Papa le dijo con voz melosa, levantando los ojos al cielo:

—No por amor a los infieles lo hemos hecho, ni por la necesidad material de nuestra vida en este mundo, sino sólo por la Santa Iglesia, que nos enseña a amar a nuestros enemigos.

Y al decir estas palabras, el Santo Padre tomó el decreto de manos del Gobernador y lo echó al fuego del hogar.

Pero el cardenal descubrió en el fondo de los celestes ojos del Papa una centella oculta.

CAPITULO V:

LA INUNDACIÓN

El 15 de setiembre de 1557 Roma despertó con la sensacional noticia de que las aguas del Tíber habían inundado el «ghetto». La población de Roma, fiel a la tradición de sus juegos y exaltaciones, abandonó sus labores cotidianas y, presurosa, bajó en masa al lugar del siniestro con un entusiasmo desenfrenado, impaciente por presenciar el gran juego donde miles de personas estarían luchando con la muerte.

Las callejuelas estrechas y tortuosas de los alrededores del «ghetto» se encontraban hacía horas atestadas de muchedumbre, que iba y venía entusiasta de contemplar el espectáculo; todas las gentes estaban acaloradas, con caras sudorosas, ojos brillantes y sonrientes, comunicándose unas a otras la gran noticia. El Papa prohibió abrir las puertas del «ghetto» hasta que el agua cubriese la plaza de Judea, exceptuando a aquellos que extendiesen las manos hacia la cruz y quisieran colocarse bajo las alas protectoras de la Iglesia, para gloria de la Iglesia y regocijo de los cristianos.

Los respetables patricios romanos iban vestidos con ricas túnicas de color, envueltos en mantos de terciopelo celeste, acompañados de una infinidad de sirvientes y esclavos, que llevaban almohadones para que sus amos se acomodasen sobre los muros del «ghetto»; para colmo del boato, llevaban también los más ricos tapices, y aun sombrillas para preservarse de los rayos solares. Canastos con frutos, vinos, dulces y confites llevaban tras de ellos para refrescarse mientras presenciaban el gran juego. Iban también jornaleros, semidesnudos y descalzos, que llevaban a sus hijos sobre sus cabezas, con semblantes escuálidos de hambre y ojos afiebrados de sed, ávidos de juego, de diversiones y de emociones excitantes... Iban también mozos de labranza, soldados suizos que servían en el ejército del Papa, con sus vestimentas fantásticas, pantalones coloreados, y cada pie envuelto en un paño distinto. Iban frailes de distintas órdenes, franciscanos, dominicos, en sus hábitos pesados y grises, con las capas tiradas por encima de la cabeza, descalzos; grupos de monjas vestidas de negro, en procesión, llevando los estandartes de la Iglesia y entonando cantos religiosos. También iban prostitutas, las más bellas cortesanas de Roma, universalmente reconocidas, y las hermosas mantenidas de la aristocracia romana; los sirvientes llevaban, delante de ellas, loros en jaulas de oro, que acreditaban su profesión, constituyendo para ellas un orgullo mostrarse en público con tales atributos... Iban acompañadas por un cortejo de jóvenes —hombres y mujeres ricamente vestidos—, el orgullo de Roma. Estos eran los rendidos admiradores de su belleza, prisioneros de sus atractivos, el botín de su victoria;

cuanto más numeroso era el cortejo de sus enamorados, tanto más orgullosa e imponente balanceábase la cortesana en el sillón, sobre los hombros de sus esclavos... Como un torrente de distintos colores que arde en una fantástica puesta de sol, afluía todo aquello para presenciar la inundación.

Los muros del «ghetto» estaban invadidos ya por gentes de distinta clase, sexo y edad. Algunos esclavos reñían para conseguir la mejor ubicación para sus amos; otros desplegaron los más ricos tapices y almohadones de distintos colores sobre los anchos muros, para mayor comodidad de sus señores y amas, los dueños de sus vidas y muertes. Los muros del «ghetto» desaparecían debajo de los distintos colores de géneros, sedas, terciopelos multicolores con los que se adornaba la aristocracia romana, concurriendo con su profunda opulencia a las puertas del barrio judío... Se agitaban al sol los diseños y paisajes de los más caros tapices orientales, con dibujos de diversas frutas y animales. Rugía como el oleaje furioso de un río desbordado la gente del pueblo que se arracimaba sobre los muros y, de vez en cuando, estallaba un trueno de risas y alegres exclamaciones que traducían el entusiasmo por el gran juego. Era la danza de la muerte de hombres agonizantes la que se presentaba ante su vista, en el interior del «ghetto»...

Aquella danza de la muerte se inició así: de noche, oyeron los que debido a la escasez del lugar habitaban los sótanos del «ghetto» un salvaje rugir y golpear en las paredes de sus viviendas, como si un enemigo pugnase por llegar hasta ellos. Los habitantes del «ghetto» —como ya se ha dicho—, obligados por prohibición del Papa a no ensanchar los muros, se veían en la premiosa necesidad de buscarse un lugar donde vivir; entonces cavaron cuevas como las vizcachas, haciendo subterráneamente sus viviendas. Los habitantes de los sótanos sabían ya lo que significaban aquellos extraños ruidos en las paredes de sus viviendas, y quién era el enemigo que avanzaba contra ellos. Bajaron de sus lechos como sorprendidos por un incendio, se llevaron a sus niños, a sus enfermos y ancianos, y quien podía y aún tenía tiempo llevó consigo lo que tenía a mano, aprestándose a subir a lo alto de las construcciones. Por medio de golpes en las pared, se comunicaban unos a otros que se acercaba un enemigo rápido y poderoso: «¡El agua llega!». Esta exclamación, «¡El agua llega!», se transmitió como un ruido terrorífico, de una casa a otra, y despertó de su profundo sueño a todos los habitantes del «ghetto». Pero el agua llegaba aún más rápidamente que el miedo. Los abrazaba más rápidamente que el fuego. De pronto vieron que el agua comenzó a cubrir la planta baja de las casas; algunos se hundieron con sus camas y demás enseres domésticos antes que atinasen a huir. El suelo húmedo comenzó a hundirse bajo sus pies. Parecía como si la tierra desapareciese tras los pasos de los desesperados. El nivel del agua subía bruscamente, aumentando más y más su profundidad en una forma terrible...

Cuando los judíos vieron que el agua crecía sin pausa y sin tregua, corrieron en

masa clamando socorro, llevando sobre los hombros a los niños y ancianos, y pequeñas bolsas con lo poco que podían salvar de sus bienes, dirigiéndose a las salidas del «ghetto». Pero inútiles fueron los ruegos e inútiles los golpes en las puertas. Afuera sólo se oían los pasos silenciosos de los centinelas que vigilaban la entrada, armados de alabardas y caminando de un lado para otro.

—¡En nombre de Dios, abridnos las puertas, que nos ahogamos! —gritaban, golpeando.

—No tenemos orden para hacerlo —contestaban las voces de afuera, y volvían a oírse pasos tranquilos.

La gente anciana lo tomaba por bien, y esperaba un milagro; fueron los primeros en ponerse a salvo en los altillos de las casas; en los jóvenes, la vida en flor y la sangre nueva los acuciaba en procura de salvación y buscaban un lugar donde pudieran sustraerse al peligro; muchos de ellos lograron salvarse momentáneamente trepándose a los muros, pero inmediatamente aparecieron los guardianes y les golpearon las manos con las alabardas, obligándoles a descender. Entonces no les quedó otro recurso que subir a lo alto de las casas, esperando el milagro de su salvación.

Cuando la población romana acudía, agolpándose alrededor de los muros, se encontró con que el agua dominaba ya majestuosamente la superficie del recinto. La plaza de Judea estaba totalmente cubierta; sólo el canto de la fuente emergía aún en medio de ella. Y en la Piazza di Temple tampoco se veía nada, pero el agua chocaba contra las macizas paredes de las casas, cuyas puertas y ventanas se hallaban herméticamente cerradas, buscando alguna grieta o hendidura por donde hacer irrupción. En las ventanas más altas de las casas, en los techos y puentes que comunicaban una casa con otra, en todas las aberturas aparecían gentes de rostro despavorido, extendidas en alto las manos exangües. Uno empujaba al otro, una cabeza se erguía sobre la otra, un rostro se asomaba encima de otro, y las manos se alzaban unas por encima de otras, implorando socorro a los espectadores. Algunas madres levantaron sus criaturas por encima de sus cabezas, mostrándolas a través de las ventanas para que los romanos salvarsen por lo menos a sus hijos. Los jóvenes cedieron sus lugares en las ventanas a los viejos, que solicitaban quejumbrosamente ayuda a los que los observaban desde los muros.

Pero el ruego de los ancianos, las lágrimas de las madres y los ojos atemorizados de las criaturas provocaban cada vez más la algazara, el desenfreno y la libre diversión, aumentando a su vez más y más el desprecio y la burla.

—¡Enseñadles la cruz! ¡Que se prosternen! ¡Que la besen!

Los frailes, dominicos y franciscanos levantaban en todas partes sus cruces, mostrándolas ante los rostros asomados a las ventanas. En el otro extremo, un grupo de monjas exhibió un cuadro sagrado, haciéndoles entender por medio de señales que

solo su Dios, Jesucristo, era el que podía ayudarlos.

Pero apenas vieron los judíos las cruces, los cuadros sagrados y los estandartes, tornaron las cabezas, los ancianos cerraron los ojos y se cubrieron los rostros con las manos para no ver; las mujeres escondieron de nuevo a sus hijos y los envolvieron en sus túnicas, para que no viesen los dioses ajenos.

—¡Pueblo terco! ¡Cómo cierra los ojos ante las insignias de Dios! ¡Cuán ennegrecido está, como dicen las Santas Escrituras! —referíale un fraile a otro.

—Todo eso lo hace Satanás, que no les deja ver el Divino Rostro. Desde la hora en que torturaron a nuestro Señor, Satanás se les metió en el alma, por eso cuando ven Su Efigie, llora en ellos el ángel maligno y no les permite mirarle.

—Esto se debe a que los maldijo Santa María, cuando descendieron a su Hijo de la cruz. Al ver las heridas de sus manos, lanzó su maldición para que jamás les fuera dado mirar su rostro bienaventurado. El sol los tortura y ellos no pueden fijar sus ojos en Él sin avergonzarse.

—¡Habría que echarlos al agua! ¡Ahogarlos como ratas!

—¡Como ratas! ¡Como ratas! —gritaba el populacho, excitándose cada vez más. No les bastaba solazarse en el terror de sus víctimas sitiadas en los techos y torres del «ghetto» y en las ventanas de las casas. Querían verlas luchar realmente con la muerte. Se impacientaban con la monótona corriente de agua; aún no habían visto ahogarse a nadie.

—¡Arrojadlos de los techos! ¡Como a las ratas, como a las ratas! —seguía gritando el pueblo.

Pero su sed aviesa no tardó mucho en calmarse; desde los sótanos abiertos y de los subterráneos comenzó el agua a arrastrar los enseres; sobre las aguas flotaban mesas, sillas, cajones de mercaderías, trozos de telas, libros y jirones de pergaminos y otros utensilios, animales y aves domésticas ahogadas. El pueblo, en expectativa, se exaltaba, y cada mueble, cada vestido u otro objeto que aparecía sobre el agua provocaba de nuevo el vocerío y las manifestaciones de loca alegría. Pronto aparecieron también cuerpos humanos, de niños y ancianos; la visión de los cadáveres hizo arder la sangre del pueblo romano. Por encima de los muros se oía tanto griterío, exclamaciones tales, como si el pueblo tuviera ante sí a su salvador, a su héroe, o a su libertador.

—¡El mar del Faraón! ¡Dios ha lanzado sobre los judíos el mar del Faraón!

—¡Llegó el día de la venganza divina contra sus enemigos! —decía otro.

—¡Viva el Santo Padre, Pablo IV, el fiel servidor de Dios, que cuida de su prestigio!

—¡La sangre de Dios ha sido vengada!

Aquí y allá, monjes y frailes se arrodillaron, levantando los ojos al cielo, y rezaron rogando por las pobres almas que se iban, para que Dios tuviese compasión

de ellas y les permitiese la entrada en el reino de los cielos. Después extendieron las cruces sobre el agua donde flotaban los cuerpos.

A lo lejos se oía el monótono doblar de las campanas de la Iglesia; el pueblo inclinó rápidamente la cabeza, las monjas se arrodillaron y entonaron cantos religiosos.

En un instante dado apareció sobre los muros, en una silla de mano, el Santo Padre, vestido de rojo, acompañado de un gran cortejo de cardenales y otros altos funcionarios de la Iglesia. Sobre la muralla había sido especialmente engalanado de brocados y otras telas riquísimas, un sitio para que el Santo Padre pudiese contemplar cómodamente el espectáculo. El pueblo calló a la sola mirada del Papa, y todos esperaron agitada y curiosamente lo que iba a suceder.

Los judíos encaramados en las torres, en las ventanas y en las puertas, viendo al Santo Pontífice, comenzaron a gritar y llorar desesperadamente, y sacaron por las ventanillas los rollos de la ley; las madres le enseñaron sus criaturas y comenzaron a rogarle:

—¡En nombre de Dios, sálvanos, sálvanos!

—¡Abrid las puertas! ¡Nos estamos ahogando con nuestras familias!

Todas las miradas se concentraron en el Papa, cuyo rostro cambió de color y cuyas arrugas se movieron como un océano agitado. Los ojos del Santo Padre parecían adormilados: tan hundidos se veían entre las arrugas de su rostro entenebrecido.

CAPITULO VI:

EL MILAGRO

Poco después el pueblo de Roma consiguió lo que tanto esperaba. Los judíos, sea porque fueran arrastrados por las aguas, sea porque tuvieran la esperanza de que la presencia del Santo Padre los salvaría, salieron de pronto de sus casas, saltaron desde las ventanas al agua, y levantando a las criaturas y a los ancianos por encima de sus cabezas, empezaron a caminar. El agua les llegaba a algunos hasta la cintura, a otros hasta el cuello, pero todos marchaban. Iban madres con los hijos sobre sus cabezas; padres que llevaban a sus retoños en alto. Algunos judíos que enarbolaban los rollos de las Sagradas Escrituras, y se acercaban al sitio del Papa, rogaron en un instante dado con desesperada vehemencia:

—¡Abre las puertas del «ghetto», que nos ahogamos!

—¡En nombre de Dios, sálvanos!

—¡Somos todos ciudadanos de Roma! ¡Los Papas siempre nos han protegido!...

El Papa escuchó los ruegos de las víctimas, e hizo señas al gobernador de Roma, que formaba parte de su cortejo, para que los tranquilizara. El gobernador se levantó de su asiento, y dijo dirigiéndose a los judíos:

—Nuestro Santo Padre no puede permanecer impasible, sabiendo la gran desgracia que ocurre en el «ghetto», y ha venido a ayudaros; no porque lo merezcáis, sino porque Dios nos obliga a querer a nuestros enemigos —dijo el gobernador.

—Sabíamos que el Santo Padre nos tendría compasión —exclamaron los judíos desde el agua, con gritos de alegría.

—No podemos abrir las puertas del «ghetto» —prosiguió el gobernador—, porque el agua inundaría las calles cercanas y podría producir averías en la Santa Iglesia de Santa Angélica.

—¿Y entonces? ¡Ten piedad de nuestros hijos, Santo Padre! ¡Que nos ahogamos!

—No os ahogareis, no os ahogareis —repetía con cierto acento de burla el gobernador, avivando así más la alegría y las risas de los espectadores, con su retumbar horrísono, que iba a repetirse en un eco salvaje—. El Santo Padre ya ha dado sus órdenes, y quinientos soldados cristianos trabajan para vosotros, malditos judíos, asegurando nuevamente los diques que el agua destruyó. Dentro de unas dos horas esperamos que comenzará el descenso de las aguas.

—Pero hasta que llegue ese instante nos ahogaremos —lloraban los pobres.

—No os ahogareis —insistía el gobernador burlescamente, mientras la boca monstruosa de la canalla vomitaba la pestilencia de su mofa.

Inmediatamente comenzaron los soldados suizos a arrojar a los judíos con las

alabardas. Los desdichados levantaron los ojos al cielo, sin saber qué hacer. Allí se encontraban judíos de distintas edades, hombres y mujeres, hundidos en el agua y semidesnudos; pechos velludos, espaldas encorvadas, cabezas gachas y ojos llenos de temor a la muerte.

Las caras barbudas que asomaban del agua excitaban la risa, y el pueblo explotaba el contraste de su diversión en las fisonomías cómicas y llorosas, hartándose de gozo. Algunas víctimas, sobre todos las mujeres, no podían ya mantenerse en pie y eran arrastradas por la corriente como astillas; las vestiduras se arrancaban a jirones y aparecían los cuerpos desnudos. Los senos flácidos de las ancianas, los cuerpos delgados y menudos de los viejos que aún resistían con aliento tantas penurias, despertaban la burla y el desprecio popular; esa debilidad y ese desamparo de las gentes maniatadas de impotencia, sólo provocó, en lugar de compasión, la burla que suscita todo lo cómico y lo despreciable.

En el pueblo volvieron a repetirse los goces delirantes de los juegos. Perdido todo sentimiento de humanidad, la compasión estaba proscrita de su espíritu de masa entregado a los bajos apetitos. Esas gentes veían solamente, en las figuras cómicas que se agitaban en el agua con ojos de terror, un estímulo de risa, como si hubiesen sido perros, gatos o ratas que se ahogasen en el agua. Y esa risa contagiaba a todos, ricos y pobres, plebe y aristocracia. Reían cardenales y artesanos, frailes y soldados, monjas y prostitutas; todos; todos estaban enajenados por el entusiasmo del juego cruento. Todos, desde el Santo Padre hasta el último esclavo, regocijábanse desenfrenadamente; reían en el vértigo de la danza de la muerte que Satanás bailaba para fiesta de sus ojos. Los rostros excitados se acaloraban; los ojos refulgían como ascuas, y reían desenfrenadamente, agitando las manos. Los señores con sus mantos, las amas con sus mantones, los monjes con sus hábitos, los esclavos con sus lanzas; todos reían, reían, reían...

—¡Ved allá aquel pimentón con su barba roja; ved su rojo y velludo pecho; mirad, mirad, cómo se tambalea como un borracho!

—¡Borracho de agua! ¡Ha bebido suficiente por hoy!

—¡Venerada, tú, bella diosa! Tienes que pedirle al Papa que te lo regale. Lo harás el dios Pan de tus hermosos jardines; tú serás la única Venerada que tenga un rojo Pan. Los dioses te envidiarán —decía el cardenal Farnesio a la bella cortesana Imperio, que dominaba con su cortejo de enamorados y enamoradas uno de los lugares privilegiados de las murallas del «ghetto».

—No le deseaba a este judío la suerte de estar en los jardines de la Venerada y contemplarla todos los días entre el ramaje, cuando toma su baño en los manantiales de las «aguas del amor». ¡Oh! Estaría dispuesto a cambiarme inmediatamente por él —decíale el Embajador de Florencia a la bella Imperio. La cortesana le permitió entonces, en gracia del requebro, besar la uña minúscula de su dedo meñique...

—¡Mirad, mirad aquel barrigón con un miembro diminuto, tambaleándose sobre sus pies! Aguardad un minuto más, y veréis cómo su cabeza calva desaparece bajo el agua como una luna llena —decía un espectador mientras señalaba con la mano a otro de un grupo cercano.

—¡Qué lástima, que un cuerpo tan adiposo tenga que perderse! —reta un segundo.

—¿Qué puedes acaso hacer con él?

—¡Sería buena carnada para la pesca!

Y un trueno de risas retumbó sobre las aguas.

—¡Mirad, mirad, un instante! ¡Ved, ved! ¿Quién nada allá?

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

Las risas comenzaron a apagarse poco a poco, y un temor a lo incomprensible ocupó su lugar. Las gentes que se encontraban sobre los muros, azoradas ante el prodigio que se desplazaba ante su vista quedaron atónitas y amedrentadas.

Saliendo de un callejón, apareció, sobre una tabla o trozo de mueble que arrastraba la corriente, una mujer joven. A sus pies, sobre un jirón de tela, yacía un anciano canoso. La mujer aparecía casi desnuda; la delgada túnica amarilla que cubría su cuerpo se deslizaba de sus espaldas, descubriendo la tentadora redondez de un hombro, que descendía suavemente perfilado como un arco de agua cristalina. En su espalda bien modelada se reflejaban los rayos del sol como una llamarada, jugueteando con su piel y disponiéndose en visajes y sonrisas; su tupida cabellera, negra y brillante como el azabache, caía graciosamente sobre su cuerpo, cubriendo sus senos redondeados e incipientes y dejando ver solamente pequeños claros nacarados como rayos de sol a través de un tupido follaje... No rogaba, no levantaba las manos al cielo pidiendo ayuda como sus hermanos. Como si estuviera avergonzada por su desnudez, llevaba la cabeza inclinada, y miraba de rodillas, compasivamente, al anciano que yacía como un sacrificado a sus pies. Y su rostro, su figura, todo expresaba tanta lástima, tanto sufrimiento y tan hondo dolor, que el pueblo se avergonzó de sí mismo, de todo ese juego y de todo lo que allí pasaba. Poco a poco fueron apagándose los gritos, las risas, los murmullos y un amplio silencio dominó el ambiente.

El pueblo romano, habituado a ver siempre en lo bello lo sagrado, creía que la aparición de esa doncella era una visión celestial. Le parecía que ya la habían visto en alguna parte. Muchos sintieron la impresión de algo ultraterreno, sobrenatural. Creyeron que algo extraordinario había aparecido ante su vista.

La desnudez de la muchacha, su mirada llena de sufrimiento, su cuerpo flexible y su rostro, en el que afloraba una casta sonrisa, parecían inspirar un sentimiento de devoción y de arrepentimiento. Ya no veían tambalearse pesadamente a los judíos. Ya no se reían de las mujeres y los hombres desnudos en el agua. Por el contrario, el

cuadro de los judíos con los rollos de la ley, la aflicción de las ancianas con los niños en brazos, sus lamentos, sus ruegos, gracias al sortilegio de la doncella desnuda, despertaron en el ánimo de los concurrentes una reacción distinta, y aquello parecía la visión de un cuadro bíblico, de un grupo de santos que cruzase el mar, precedido por la Santa Madre, la Madre de la Misericordia.

Por todas partes se oyó el cuchicheo del pueblo, que se extendía como el murmullo de un viento suave.

—¡Salvadlos!

—¡Las gentes se ahogan!

—¡Es una vergüenza ante Dios!

—¡Pecado! ¡Pecado!

Inesperadamente apareció alguien en el agua, hundido hasta el cuello; parecía de alta estatura; apareció por un callejón y acercándose a la tabla que flotaba en el agua, encima de la cual se hallaba la muchacha semidesnuda con el anciano, sacó debajo del agua un gran crucifijo, y levantándolo en alto, por encima de las cabezas de los judíos, lo mostró al pueblo... Un temor inusitado se apoderó de la masa espectadora. Aquí y allá, grupos de monjes se arrodillaron, y seguidamente se entonó una canción sagrada que resonó en las murallas, en el agua, en todo el «ghetto» y también por toda Roma:

—¡La Santa Madre flota! ¡La Virgen de la Misericordia!

—¡Pueblo cristiano! ¡Mirad, mirad! ¡La Madre de Dios flota!

Dé todas partes miraron hacia el sitio del Santo Padre y su cortejo. Pablo IV cubrióse el rostro con su manto rojo, para no ver. De pronto estalló una tormenta de alarmas, señalando cada cual a Pablo IV.

—¡Salvadlos!

—¡Abrid las puertas del «ghetto»!

—¡Salvadlos! ¡Salvadlos!

—¡Pecador! —vociferó un monje, señalando al Papa con la cruz.

—¡Anticristiano!

—¡Satanás que usurpa el trono de Cristo!

—¡Anticristiano!

Con sus alabardas y picas protegían los soldados suizos al Papa, abriéndole paso por entre la masa revuelta, hasta que desapareció de las murallas del «ghetto» seguido de su cortejo. Así también desaparecieron, uno tras otro, los cardenales, los cortesanos, los señores, los altos funcionarios de la Iglesia, los personajes notables de Roma y del mundo entero, abandonando sus tapices multicolores que se agitaban, jaspeados por los rayos del sol.

De pronto saltaron las puertas del «ghetto», para dar paso a una corriente que parecía abalanzarse para inundar toda Roma.

CAPITULO VII:

LA LEYENDA

Por toda Roma se propagó rápidamente la noticia de que la Madre de Dios había hecho su aparición sobre la Tierra. Que se encontraba oculta en el «ghetto», entre los judíos, a quienes salvó de una muerte segura, guiada por motivos extraños y propósitos desconocidas. Monjes de distintas órdenes, monjas y fieles llegaron clandestinamente al «ghetto» e inspeccionaron minuciosamente todos los negocios y casas cerradas, quizá con la secreta esperanza de ver a aquella virgen ante quien se prosternaban, aquella divinidad en cuyas manos se encontraba la llave de este mundo y del otro, que había aceptado ser hija del pueblo maldecido para ocultarse en él.

Inútiles resultaron las órdenes impartidas por los cardenales y obispos a los sacerdotes para que advirtieran al pueblo desde el púlpito que sólo se trataba de una hechicera, que obraba con el poder de Satán para transfigurarse en la Santa Madre, con el designio de hacer caer en engaño al pueblo cristiano. Había también testigos que declararon haber visto a la mujer que flotaba en el agua provista de patas de cabra. Otros contaban que habían visto salir del «ghetto» a una mujer con cuernos. Pero el pueblo se encontraba ya sugestionado por el cuadro aquel, y la leyenda de la «Santa Madre» se divulgaba rápidamente por toda Roma.

Los romanos habían creído siempre que en el «ghetto» se encontraban hechiceras y brujas; que las mujeres judías habían hecho trato con Satanás, y que este les daba el poder de permanecer siempre jóvenes y mantener la frescura de sus cuerpos y su apariencia púber, y de teñirse los cabellos con los colores de su preferencia; que podían, por medio de brebajes especiales, inspirar amor en los corazones de los hombres y hacerlos sus esclavos. Cuentan las crónicas de entonces que las más hermosas cortesanas de Roma iban al «ghetto» para obtener de las mujeres judías el secreto de la eterna juventud, que éstas recibían directamente de Satanás.

Sin embargo, el pueblo creía que Satanás poseía sólo su poder sobre el hombre y todo lo que se relacionaba con él; sobre su felicidad, su grandeza, su dominio, etc. Sobre todo eso podía el diablo ejercer su hegemonía, pero de ningún modo sobre lo que es sagrado y divino; que jamás podría Satanás emular a Dios. Por ello resultaba inútil el esfuerzo de la Iglesia para convencer a los creyentes de que había sido Satanás quien salvó a los judíos. El hecho de que la Santa Madre se mostrara en persona justificaba la fe del pueblo; por eso la leyenda de la «Santa Madre» del «ghetto» se divulgó entre la población contra la voluntad de los sacerdotes y el rencor impotente de la Iglesia...

—Hasta las mismas divinidades tienen sus debilidades humanas. Viendo, cómo

torturaban a los suyos, vino a defenderlos —comentaban las gentes en la Iglesia.

—No es de admirarse; la sangre no es agua, y la sangre que corre por las venas de Nuestra Santa Madre se inclinará siempre a los suyos.

—Cada cual se inclina a lo suyo.

—Y yo digo que hay que tener mucho cuidado con este pueblo «maldito». A pesar de tanta persecución condenatoria tiene su fuerte adalid en el cielo. El mismo Crucificado, a pesar de ser hijo de Dios, es ante todo judío, y sufre al ver cómo los persiguen.

—Y ella, la judía, a pesar de que crucificaron a su hijo, aún no puede librarse de ellos...

—Así como una nuera, en casa de su suegro, defiende siempre a sus hermanos...

—añadió una mujer.

La Iglesia, previendo un peligro en tales rumores, exigió de la Inquisición que se buscara a la hechicera para quemarla públicamente. La Inquisición no quería otra cosa. Todas las tardes allanaban sus soldados el «ghetto». Arrastraban de viva fuerza a las mujeres, y por medio de torturas cruentas las obligaban a confesar sus relaciones con Satanás. Quemaron en Roma a varias hechiceras, pero nunca pudieron dar con la verdadera. Y ni aún así pudieron librarse de la leyenda de la Santa Madre del «ghetto», que estaba en la boca y en el pensamiento del pueblo...

El joven pintor veneciano Pastillo, que era, en realidad, el verdadero promotor de la salvación de los judíos, sacó mientras tanto del «ghetto», clandestinamente, al judío ciego con su hermosa nieta y los ocultó en una iglesia desierta, donde él estaba pintando los frescos del Vieja y Nuevo Testamento para las monjas de la Santa Orden de San Antonio.

La Iglesia del «Sagrado Corazón» se hallaba perdida en un suburbio, rodeada de un enorme parque cerrado por altos muros. La capilla donde Pastillo pintaba sus frescos tenía una entrada secreta de la cual sólo él tenía las llaves. Allí escondía su tesoro. José Pérez, conciudadano y amigo de Reb Jacob, en cuya casa vivía este último con su nieta, volvió al «ghetto», pero aquel lugar ya no era seguro. Los judíos, a quienes se les había hecho la vida imposible bajo la férula de Pablo IV, buscaron los medios de huir de Roma a Ravena, donde el Príncipe les invitó a radicarse, para contrariar de esa manera al Papa. Pastillo prometió que llevaría a Reb Jacob con su nieta a Venecia, y cuando se separaron de don José Pérez, a quien en realidad consideraban como un hermano, concertaron un encuentro en Ancona, el puerto más cercano de Roma. Allí conseguiría un barco para trasladarlos a Venecia, de donde seguirían ya en un barco turco que pertenecía a los judíos y que se encontraba en constante comunicación entre Constantinopla y Venecia, para entrar en las dominios del Sultán, donde los judíos y los marranos vivían rodeados de riquezas y de honores,

y donde su conciudadana y defensora, la rica doña Gracia de Mendoza, con su yerno José Nasi, conquistaron las más altas posiciones en el palacio del Sultán. José Pérez, el administrador y agente de la casa Mendoza de Roma, poseía muchas riquezas en sedas, oro, plata y piedras preciosas, que debían ser transportadas a Venecia. En aquellos tiempos no existían caminos en Roma, y el único medio de comunicación para transportar mercaderías era por agua o por medio de recuas acompañadas de cuidadores y jinetes, porque el tránsito era peligroso, y para un judío que llevara consigo sus riquezas suponía una muerte segura. A pesar de todo, Pérez estaba forzado a transportar sus mercaderías en recuas, de Roma a Ancona. Y sólo allí corría el peligro de ser reconocido por la Inquisición, y de ser, por consiguiente, muerto. Se veían obligados a hacer el viaje clandestinamente, bajo nombres supuestos de comerciantes venecianos; Pastillo prometió conseguirles vestimentas y documentos venecianos, para ponerlos bajo la protección de la República.

En realidad, los judíos no comprendían a qué razones obedecía la forma de conducirse de Pastillo, los riesgos que por ellos corría y todo lo que hacía en su favor. A pesar de que por ese entonces no era raro ver, de vez en cuando, un cristiano que guardara relación muy íntima con un judío, la solicitud del pintor le extrañaba mucho a Reb Jacob, cuya única felicidad la constituía su nieta Ifatah; el único objeto de su vida era preservar de todo mal a la hija de don José, su vástago más querido, que fuera quemado en aras de la fe por el fuego de la Inquisición, en Lisboa. El anciano vivía temeroso de algo. En presencia del pintor, tomaba las blancas manos de su nieta con una mano y no quitaba la otra de su hombro. Pero la rectitud de Pastillo, el tono de su voz, la seriedad y honestidad de su comportamiento hacia ellos, y, sobre todo, el hecho de haber arriesgado su vida para salvarlos, inspiraron en el anciano Reb Jacob tanta fe y confianza hacia el extraño, que se entregó en sus manos.

Por otra parte, no tenía más recurso que aceptar la ayuda de Pastillo. La Inquisición había producido revuelo en el «ghetto»; todas las tardes allanaban otras tantas casas judías, y sacaban de ellas a mujeres jóvenes, de porte honesto y ojos inocentes, que en algo podían recordar a aquella figura que hiciera su aparición en el agua; las arrojaban a las sótanos de la Inquisición y, torturándolas cruelmente, las obligaban a contestar que habían adquirido la belleza de manos de Satanás y la delicadeza por medio de hechicerías. Por último, las quemaban públicamente en las calles de Roma.

CAPITULO VIII:

EL DOBLE CORAZÓN

A través de las ventanas de la capilla de la Iglesia del «Sagrado Corazón», donde Pastillo pintaba sus frescos, penetraba una tenue claridad que bañaba los colores celeste intenso y dorado con los que estaba pintando las figuras de los santos, ascendiendo en una nube, en el ámbito de la iglesia. Dos estrías polvorientas que se proyectaban a través de los ojos de la Santa de un extremo a otro de la Iglesia, y que iban a perderse en el vacío, iluminaban en su trayecto con una luz extraña a los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles y los Santos, que asomaban de las paredes en los frescos de Pastillo. En un ángulo de la triste capilla, en presencia de todos estos santos que, por el efecto de la luz, parecían adquirir movimiento de vida, se encontraba el anciano ciego Reb Jacob, que desde los sucesos del «ghetto» estaba un tanto abochornado y no sabía dónde se hallaba, permaneciendo constantemente inmóvil en un rincón, y moviendo los labios sin separarse de su nieta.

Sobre el andamiaje estaba sentado, trabajando, el pintor Pastillo. De vez en cuando, fijaba la mirada en el pequeño grupo ubicado en un ángulo de la nave.

Los rayos luminosos que cruzaban el ámbito del templo resplandecían en los cabellos de Alfatah, interesando la mitad de su rostro. El pintor observó sus rizos, que parecían de seda, cayéndole armoniosamente sobre la nuca. Se detuvo en la contemplación del cutis moreno y delicado, la sonrisa melancólica y la seductora castidad que trasuntaba su mirada.

Allí, en el ambiente bañado de luz dorada que se filtraba a través de los ventanales, en la intimidad de los ángulos oscuros, era las sombras que proyectaban las blancas columnas, en la compañía de todos aquellos santos y patriarcas que parecían observar desde los muros, semejaba ella, la muchacha judía, más que nunca la Divinidad misma. La pareja del judío ciego, con la barba rala grisácea y la testa calva, que miraba sostenidamente como idiotizado, y la muchacha melancólica y confundida, producía una extraña sensación de realidad, como si las figuras inmóviles de uno de los frescos hubieran descendido, transformándose en seres vivientes. Ella parecía la Virgen María, hermana de los hombres, la mujer de quien Dios se enamoró para hacerla supremo consuelo del mundo entero.

Así debió parecer la Virgen María aquella noche al ocultarse en la cabaña de los pastores, en los campos de Belén, para dar a luz al Hijo. Así debió parecer en el camino, cuando huyó con José a Egipto. Así también debió parecer en el momento de la Suprema Exaltación, cuando Dios se fijó en ella y la ungió electa.

Pastillo pertenecía a la categoría de aquellos pintores religiosos en quienes la

admiración por la Virgen María era una mezcla de amor divino y de amor profano. Siendo religioso, tanto por su educación como por su temperamento, le asignaba a la Madre de Dios un sentido tal de la divinidad, como sólo saben hacerlo aquellos temperamentos religiosos que llegan al más sagrado éxtasis. Pero cuanto más intenso se hacía este sentimiento, tanto más pecador se sentía el pintor. Sentía en el fluir de su sangre vehemencias de hombre, presencias demoníacas y sugerencias de pecado. Al mirar su rostro, al levantar hacia ella sus brazos, al arrodillarse a sus divinos pies, le rogaba que le preservara de toda debilidad humana, que lo llevara por sobre su condición y lo condujera a la pureza cristalina como sólo se encuentra en el mundo celeste. Atraído por la fantástica obsesión de la pureza máxima y celestial, se sentía tan cerca de Ella, tan dominado por su amor y bondad, tan con Ella, que no sabía si aquello era un pecado, un atentado contra la Divinidad o una distinción, una bondad especial que le concedía... Alucinaciones distintas lo perturbaban de noche: se imaginaba unido a la intimidad de su Diosa por vínculos de amor terrenal, y veía flotar ante sus ojos la gloriosa divinidad de sus senos desnudos... Así, su conciencia era torturada por el arrepentimiento y la añoranza...

En la muchacha del «ghetto», en Ifatah, vio la reencarnación de la Virgen María. Creía, como era creencia general por ese entonces, que la divinidad descendía a la tierra, corporeizándose; estaba convencido de que la Virgen María había accedido, guiada por una razón desconocida, a mostrarse en aquella muchacha; el milagro que se produjo por su intermedio en la inundación, a tal punto que todo el pueblo de Roma creyó ver en ella a la Virgen María, lo convenció aún más de que el Espíritu Santo se había posesionado de la muchacha. La divinizó, pues, no sólo porque era tan parecida a la imagen que él se había hecho de la Santa Madre, sino porque así lo imponía la presencia de aquel cuadro vivo de carne palpitante en movimiento, que hablaba y que miraba; también la divinizó la bullente vehemencia de su deseo no saciado, que se le diluía en la sangre y le corría por las venas como fuego derretido; sus convicciones religiosas refrenaban el ímpetu de su fuerte atracción, y este hecho le hizo silenciar su apasionamiento, impulsándolo a expresarlo en su cuadro de la Santa Madre, en que ella serviría de modelo y que pintaba clandestinamente para las monjas de la Iglesia del «Sagrado Corazón».

CAPITULO IX:

EL CUADRO

El pintor trazó un esquicio en la cabeza y el rostro de la muchacha. Trasladó minuciosamente todas las alternativas de sus movimientos, mientras se encontró en la iglesia y pudo observarla.

Allá arriba, sobre el andamiaje, tenía Pastillo su lugar sagrado, donde cotidianamente, como si practicara un rito, iba pintando el cuadro de la muchacha judía del «ghetto» representando a la Santa Madre. Esa labor era su plegaria, la modesta expresión de su amor, la limitada comprensión humana de lo infinito y el precario tributo que ofrecía a Dios. Nunca había podido concebir a la Virgen María, ni tampoco a la muchacha del «ghetto», en su condición maternal. Por eso comprendió mejor a los primitivos bizantinos, que pintaban a la Virgen sola y, cuando la representaban con el Hijo, este era un hombre de barba, una criatura con rostro de adulto. Tiene en el regazo, no a su hijo, sino al Hijo del Universo, al Hijo del Hombre. Por eso no pintó a la muchacha judía representando, según la vieja tradición, a la Santa Madre como en uno de los cuadros «Con el hijo en el regazo» o «La Madre de la Misericordia», cuando Ella llora sobre el cuerpo del hijo crucificado, sino que la pintó a la manera de «La Concepción Purificada», innovación pictórica preconizada por todos los pintores jóvenes de la época.

De una nube que se eleva girando sobre la faz de la tierra asciende un cuerpo de doncella sin alas, suspendido en el espacio. De sus hombros cae a la tierra un manto de terciopelo celeste. Ofrenda a la Tierra lo último que le resta de vida terrena, y ante el sol se descubre un joven y casto cuerpo de doncella, casi niña... Se la ve desnuda, apenas un instante, e inmediatamente queda cubierto su cuerpo por sus largos cabellos, entre los cuales, aparecen, como rayos de sol entre las nubes, ciertas partes marfileñas de su epidermis. Está desnuda. La Divinidad no conoce vestimenta, pero su cuerpo desnudo es infantil tal como lo pintó Fray Angélico, su ferviente adorador. Hay una extraña expresión de castidad, de inocencia, en la actitud indefensa de aquel tierno cuerpo infantil. Ella misma no pretende nada, no sabe nada, pero se sacrifica a su Dios por entero, hasta la última gota de su sangre. Así sube al cielo, como una novia, con la sangre que hierve en cada una de sus células y corre a través de su cuerpo marfileño.

Su ligero cuerpo asciende al cielo, pero su mirada se mantiene fija a la Tierra, a la que está ligada para siempre por la sangre, y de cuyo dolor es compasiva depositaria. Su mirada tiene el atributo de inquirir en lo invisible y lo oculto. Parece que los ojos ven el destino que le está deparado y la suerte que debe acompañar a cada uno de los

hombres. Ella ve las penurias y el dolor de nuestra vida pobre y mezquina, la inutilidad de nuestros días, y la inútil prosecución de nuestros esfuerzos por lo que está más allá de nuestras posibilidades; y porque sus ojos ven, se lamenta su boca. ¡Cuánto dolor y cuánta compasión imprimió en el diseño suave y delicado de su boca! La misma tristeza de la divinidad y el arrepentimiento humano, la misma bondad que expresara Miguel Ángel en su «Madre de la Misericordia», con el hijo crucificado en los brazos, tiene también la muchacha judía del «ghetto». Pero el gesto de dolor no estaba plenamente realizado como en el cuadro de Miguel Ángel; Pastillo lo hizo en los labios de su Virgen: una sonrisa incomprensible, como si poseyera el secreto de nuestra salvación, el secreto de nuestros últimos días, y presintiese la paz eterna y la tranquilidad después de nuestro transitorio ambular por el mundo... Ella conoce el camino. Es dueña de la apacible certeza, del principio y del fin de las cosas, y sabe conducir a quien lo quiera hacia la celeste opulencia, hacia lo eterno, que existió antes y que existirá después de nosotros.

Caía la noche, y la capilla se encontraba llena de sombras flotantes, movedizas, que iban lentamente de una columna a otra, a lo largo del templo. Allá arriba estaba sentado el pintor y observaba, a la luz de una bujía de cera, su obra recién terminada. De pronto olvidó que él había ejecutado aquel cuadro y que aún estaban húmedos los pinceles. Se le antojó que no era él quien había creado aquella obra, sino que el cuadro lo había creado a él. Por eso no lograba darse cuenta de cómo lo había realizado. Le parecía también que una visión había aparecido sobre su tela, surgiendo de esferas desconocidas, para tranquilizar a la humanidad y hacerla más feliz. De aquel cuerpo infantil irradiaba una felicidad que alcanzaba a todos, y supuso que aquel cuerpo era el suyo concebido para él y por él, el cuerpo con quien se había unido para siempre por alianza eterna, y en cuya compañía se elevaba sobre el mundo hacia las desconocidas esferas celestes. Creía que la mirada, el rostro, los ojos, la boca, todo era de él y para él. Por él había aparecido aquello. Y así veía su vida, su destino, sus vanidades y su condición indefensa, y por él se lamentaba; Ella le tenía lástima y había venido a salvarlo de la estrechez de este mundo para llevarlo al otro. Por eso le sonreía prometiéndole todo, todo lo celeste y lo terreno, sin fin y sin límite.

—¡Oh, felicidad celestial, tú, que puedes satisfacer sin fin, prodigando las adorables riquezas del cielo! ¡Bendita seas, porque has venido! ¡Oh, déjame agonizar en mi impotencia bajo tus senos alados! ¡Llévame de este mundo al tuyo misericordioso, sobre tus ligeras alas!

Y Pastillo cayó ante ella, desvanecido.

El pintor descendió del andamio con la bujía en la mano y alumbró con su luz a la muchacha, que yacía un poco alejada de su anciano abuelo, en un rincón de la capilla, detrás de una columna, sobre un almohadón, rodeada de trapos. El manto de

terciopelo celeste que en el cuadro de Pastillo cae artísticamente de sus hombros cuando ella sube al cielo, la cubría en ese instante, dejando ver solamente los piececitos desnudos y el rostro sumido en el descanso. Pastillo creyó por un instante que la Diosa de su cuadro había descendido nuevamente del cielo y permanecía a sus pies como un pájaro muerto. Pero bien pronto el cuadro se hizo ante él la verdadera muchacha, la viva, la hermana de los hombres. Allí se encontraba sólo una pobre judía perseguida, que en su aposento se ocultaba de los inspectores de la Inquisición. Quiso retirarse, pero la luz de la bujía volvió a iluminar su rostro, que de nuevo le hizo recordar a aquella ante quien hacía poco tiempo se había prosternado para rogarle que lo condujera a las riquezas del mundo celestial. Pero el rostro de la muchacha dormida expresaba el desamparo del mundo; sus ojos cerrados tenían una expresión tan inocente e inofensiva como los ojos de una paloma en el instante del sacrificio. En las cejas, sobre los párpados caldos, se dibujaba la elocuencia de un amor pleno de humanidad que su diosa no poseía.

La madre de la felicidad celestial y terrena no se elevaba en lo alto hacia Dios, sino que estaba inmóvil, como un pájaro muerto a los pies del cazador.

Le entró un deseo poderoso e irreprimible de ver su cuerpo, el cuerpo palpitante de su Diosa; con el corazón agitado se acercó, tomó con sus manos el abrigo celeste que la cubría y lo retiró levemente, descubriendo el cuerpo desnudo.

El cuerpo se parecía al de su Diosa. El suyo también era adolescente como el que pintara Fray Angélico. Pero el cuerpo de la muchacha era humano y por eso más sagrado... En los pliegues de su regazo y en los hoyuelos de su vientre, se condensaba el deseo y la redención de los hombres en su eterno batallar. Pastillo creía que en ese cuerpo palpitante, más que en su cuadro, se compendiaba, no tanto la salvación del hombre, como el principio de su vida.

Se arrodilló ante ese cuerpo desnudo, sin orar, pero besando apasionadamente los pliegues del abrigo celeste que la habían cubierto y que aún conservaba el calor de su cuerpo.

Subió nuevamente al andamio y se acercó al cuadro, para brindar al cuerpo de su Diosa las riquezas de los cielos que poseen las hijas del Hombre...

CAPITULO X:

CUANDO TAÑEN LAS CAMPANAS

Desde por la mañana sonaban las campanas de Roma. De las colinas y valles, donde estaba asentada la ciudad, llegaba la sonoridad de los tañidos. Unas campanas eran graves, repicando precipitadamente con una premura de voces metálicas que infundían pavor; otras, parecían rogar como voces de mujeres, finas y agudas; y otras aún, como aisladas del tumulto, imploraban a su propio Dios con oraciones distintas. Cada campana pugnaba por aventajar a la otra, como queriendo ahogarla con sus tañidos. Unas ordenaban y otras rogaban. Y en el ámbito, por sobre las cabezas del pueblo, parecía oírse el grito de bestias invisibles que se acercaban para saciar la sed de su enojo, y se oían los lamentos y los ruegos de sus víctimas exangües...

Desde por la mañana se habían iniciado las procesiones. De todas las iglesias salían cuadros y estandartes sagrados bajo doseles de tela roja, a la luz mortecina de las velas de cera, llevadas por largas filas de sacerdotes vestidos de blanco. Se oía el tintineo de las campanillas de plata, agitadas por los monjes que iban delante de la Sagrada Efigie. Los cardenales, con sus altos gorros carmesíes y sus largos báculos, dirigían los cortejos.

Y entre el humo del incienso se elevaban figuras de santos, que iban sobre los hombros de los fieles, de leprosos vencidos por el dolor, de seres desnudos con puñales hundidos en el cuerpo y gotas de sangre coagulada brotando de sus heridas abiertas; algunos mostraban, con los rostros compungidos, las heridas que aún conservaban de las uñas clavadas. Y detrás de ellos seguían, a lo largo de kilómetros, hileras de monjes con máscaras de muerte, cubiertos con sus negros hábitos, que llevaban una calavera bordada en blanco, y por los recortados ojos de la calavera mostraban sus extraños ojos de horror.

Los disfrazados de esqueletos llevaban largas velas amarillas de cera, dando la sensación de que los muertos habían salido de sus sepulcros y marchaban por las calles de Roma.

Desde la madrugada se oyó un canto, que no era tal, sino el extraño grito de la muerte que corría por las calles de Roma, y que sumía a toda la ciudad en un pánico precursor de algo desconocido que se avecinaba.

Todas las procesiones se dirigían a las puertas de la Iglesia del «Sagrado Corazón»; una vez allí, bajaron las banderas, las efigies sagradas y las figuras de yeso de los hombros, las llevaron a la capilla donde Pastillo había terminado sus frescos y las depositaron ante el altar de la Santa Madre, donde se colocaría el nuevo cuadro de la Madre de Cristo, que debía surgir acto seguido en el espacio, mediante un

procedimiento secreto inventado por un mecánico.

La iglesia aparecía rebosante de cardenales, obispos, sacerdotes, monjes y monjas. Todos en sus hábitos, arrodillados en el suelo, esperaban el gran momento en que la «Santa Doncella» aparecería ante el altar. Sonaba el órgano y cantaba el coro de la iglesia, acompañado por el pueblo; hombres, mujeres y niños, como agitadas olas de un océano, se empujaban unos a otros en las puertas, pugnando por entrar. La iglesia estaba ya repleta, y millares de cabezas, como las aguas de un río desbordado, cubrían el césped de la plaza, alrededor de la iglesia; estos fieles sólo podían ver las amarillas velas de cera, ardiendo en los altos candelabros de madera como columnas encendidas, que se elevaban por encima de las cabezas de los sacerdotes de blancos hábitos y por encima de los monjes con máscaras de calaveras; sólo oían los cánticos que llegaban desde el templo, y permanecían en completo silencio. Resonaba el sonido de la campanilla, que recordaba a cada cristiano devoto los postreros momentos de su vida. Y todos los frailes y monjas se echaron al suelo, en un instante dado, hundiendo las cabezas, y permaneciendo mudos. Por encima de ellos se elevaba el humo espeso del incienso, y entre sus nubes surgía milagrosamente el cuerpo ligero de una doncella, que se elevaba por encima del público y quedaba fijo entre las efigies sagradas y las estatuas de yeso, ante el Sacramento del altar del «Sagrado Corazón». El Obispo de la Iglesia de San Marcos, que dirigía la procesión, fue el primero que levantó la testa calva, coronada, y lanzó una mirada hacia la nueva deidad que se mostraba ante ellos, quedándose estupefacto ante el cuadro desconocido y extraño de la Santa Madre que se descubría ante su vista: una doncella desnuda, que más semejanza guardaba con una judía del «ghetto» que con cualquier cuadro conocido de la «Virgen María. De pronto, oyóse un pequeño murmullo, seguido de un silencio, y nadie supo lo que iba a suceder. Los frailes y las monjas no podían reconocer en ella a la Divinidad, y se miraban extrañados e inquietos. Pero, de pronto, uno de los frailes más jóvenes, que había puesto los ojos en el nuevo retrato de la Virgen, observó aquella sonrisa melancólica en sus finos labios y la mirada triste y profunda, y tuvo la impresión de que aquella doncella lo miraba, hablándole con la elocuencia de su mirada y de su sonrisa. Se sintió repentinamente poseído por algo divino que embriagaba su alma, produciéndole un extraño temblor... Levantó hacia ella sus delgadas manos y su rostro iluminado, y exclamó con una voz que no era humana, como si se hallara ante el espectáculo de otro mundo:

—¡Ave María! ¡Santa madre, eterna pureza! ¡Manantial sagrado! ¡Soy tuyo! ¡Soy tuyo!...

Su voz contagió rápidamente a todos los espectadores, como si se hubiera tratado de una hechicería. Uno tras otro, comenzaron a fijarse en ella los cardenales, los obispos, los sacerdotes y las monjas. Primeramente, lo sintieron los jóvenes, luego las monjas y, finalmente, los viejos. Cada cual se sentía objeto de aquella mirada

penetrante y viva. Cada cual sintió hasta qué punto impresionaba aquella sublime delicadeza de su cuerpo desnudo y palpitante, de su mirada cuajada de dolor, y de su sonrisa profética. Y cada cual sintió hasta qué punto es susceptible de confundirse la felicidad celeste y la terrena. Su desnudo cuerpo de adolescente halagaba los sentidos como una bella manzana recién arrancada del árbol, en tanto que su rostro, sus ojos melancólicos y su dulce sonrisa, convertían la excitación en un goce celestial... La imagen parecía atraer hacia ella todo lo que existe en este mundo y en el del más allá, y todos se entregaron a adorarla en cuerpo y alma.

Así fue como uno tras otro levantaron las manos hacia ella: manos huesudas y esqueléticas de pastores y monjas; manos gordas y velludas de los obispos; todos levantaron los rostros que irradiaban placer, y dirigiéndose a ella, comenzaron a exclamar en coro, invocando su nombre:

—¡Ave María!

El pueblo que se hallaba afuera, al oír los gritos, los ruegos y el canto de los que se encontraban dentro de la iglesia, se sintió abrasado como por un fuego; y contagiado de la admiración y el entusiasmo que venía de la repleta e iluminada capilla, comenzó a penetrar en el interior como una ola furiosa, estirando las manos y los rostros hacia la luz. La iglesia se llenó de tal forma que se hacía imposible la respiración; los más fuertes trataban de contener la avalancha, pero fue inútil. El pueblo que se aglomeraba afuera empezó a invocar el nombre de Dios y a gritar:

—¡Mostradnos la Efigie Sagrada!

—¡Se ha realizado un milagro! ¡Un milagro! —gritaban desde adentro.

Tan pronto como fue posible, los frailes sacaron del templo el cuadro con la efigie de la muchacha del «ghetto» y la llevaron sobre los hombros. Delante de ella iban las divisas de la Iglesia y las efigies sagradas; ella sola, única en su majestad, bajo un dosel de terciopelo rojo con encajes de oro, era conducida hacia el pueblo en medio de los poderosos de Roma, los cardenales y obispos. Tan pronto como el pueblo vio la descubierta figura de la doncella que se agitaba en el aire con la atracción de su sonrisa y la melancolía de su mirada, una mirada que parecía dirigirse a cada cual en particular, como si su ternura hubiese sido creada para recreo de todos los asistentes, no reparó en las otras efigies sagradas. Las gentes no querían mirar ya hacia aquellos dioses crucificados de caras amargadas y doloridas. No querían detenerse ante aquellos santos con el puñal hundido en el cuerpo y las heridas ensangrentadas. Todos tenían fijos los ojos en el desnudo cuerpo de la muchacha del «ghetto». Hacia ella levantaron los brazos y dirigieron las miradas; ante ella se postraron en tierra, rogándole para que les concediera un poco de felicidad en esta vida y la dicha inmarcesible en el más allá.

—¡Ave María! ¡Eterna pureza!

Y era como si el pueblo de Roma hubiera colmado su sed de goces celestiales con

la sola presencia de esa imagen pintada, de ese rostro angelical, de esa figura alada que se elevaba al cielo en una sempiterna promesa de felicidad.

Los judíos permanecieron encerrados dentro de los muros del «ghetto» durante todo el tiempo que duró la procesión, temerosos de que el pueblo romano cometiera algún atentado de los que tantas veces se repetían durante las procesiones. La población judaica tenía la prohibición de salir del «ghetto» durante las festividades religiosas. Sólo podían oír, pues, el extraño y fragoroso tañido de los millares de campanas que resonaban en la judería desde todos los extremos de la ciudad, y que la obligaba a buscar refugio en los rincones de sus viviendas, hermanos en el miedo y la angustia común. Más de uno creía oír en esas campanadas su último «Schmah Israel», con cuyos sonidos se confundían y elevaban desde el fuego de la Inquisición, evocando a sus parientes. Esos redobles los obligaban a permanecer en sus casas, cerrando puertas y ventanas. Cada campanada era como un latigazo que sacudía sus cuerpos con un escalofrío, hundiéndolos más y más en los oscuros sótanos, como las ratas en sus escondrijos. Y como siempre, durante las grandes fiestas de la Iglesia, que sembraban terror en la población judaica, esta vez también se reunían en los sótanos secretos donde tenían sus sinagogas, a decir los Salmos para que Dios los protegiera en el día de la fiesta de la Iglesia... Estos ritos, practicados clandestinamente por los judíos en los días de las grandes procesiones, se realizaban ex profeso cuando los cristianos conducían el fausto de sus dioses por las calles de Roma, para que los cielos se purificasen por medio de las oraciones hebreas.

Esta vez, más que otras, los judíos estaban atemorizados por el poderoso redoble de las campanas que llegaba desde las afueras de los muros del «ghetto». Desconocían el significado y el motivo de esta fiesta; quizás estaría sacrificando en las plazas de Roma a algunos de sus hermanos, o incinerando los libros sagrados. Con el corazón acongojado y los labios de palidez mortal, decían los judíos esta vez los Salmos en el sótano débilmente alumbrado de José Pérez, rogando por las almas de los sacrificados que estarían agonizando en las calles de Roma.

Entre los que oraban se encontraba también el anciano ciego refugiado de Castilla y descendiente de la familia de los Abarbanel, con su única nieta Ifatah, que habían regresado al «ghetto», abandonando la Iglesia del «Sagrado Corazón» cuando hubo desaparecido el peligro que había amenazado a las muchachas judías, entre las que se buscaba a la hechicera. Además, no tenían dónde ir, una vez que el cuadro se dio por terminado. Ellos, como todos los demás, no sabían el porqué del redoble incesante. Y la muchacha, igual que las otras, pedía a Dios que los protegiese en ese día de la gran fiesta cristiana. No sabía que ella era la festejada, que para ella sonaban las campanas, que ante ella se arrodillaban los más poderosos de la ciudad, y que su cuerpo desnudo era adorado por todo el pueblo cristiano de Roma.

CAPITULO XI:

LAS PERLAS DE LA VIRGEN

Por Roma, y por Italia entera, corrían rumores acerca de la nueva pintura sagrada que habían colocado en la Iglesia del «Sagrado Corazón». Inventaban leyendas alrededor de la misma y alentaba la creencia supersticiosa de que, detrás de la tela, debajo de los colores, de la carne, de los cabellos y de los ojos, palpataba la vida. Las monjas de aquella iglesia contaban que esa imagen lloraba de noche y que sus lágrimas caían rodando al suelo. Las monjas bordaban pañuelos para secarle las lágrimas todas las mañanas, y enseñaban las manchas que iban dejando al caer. Pero el pueblo no quería verla bañada en llanto; mejor la quería en el esplendor regocijante de su virginidad y juventud eternas. Le dieron el nombre de «Madona del Amor», creyendo que había venido a este mundo para inspirar el amor en el corazón humano, el amor que había muerto desde hacía mucho tiempo. Le atribuyeron un poder de reavivar en los corazones las llamas apagadas y devolver la juventud y la vida. Multitud de hombres y mujeres se aglomeraban en las puertas de la iglesia, y arrodillados ante ella, le pedían que reavivase sus corazones apagados y rejuveneciese la fuente de la vida y del goce... Hasta los mendigos llenábanla de regalos con el producto de las limosnas.

Venían hombres golpeados por la vida, mujeres que sufrían de añoranzas, doncellas que no habían logrado marido, jóvenes enamorados ardiendo en la inextinguible sed de amor; todos venían a pedir su ayuda, colmándola con las prendas más caras de las arcas familiares; trayéndole ricos brocados, damascos y sedas bordadas. Todo le fue obsequiado con amor, y más de una vez encontraron las monjas detrás del retrato cajitas de polvo, lápices de color, aceites olorosos y otros cosméticos que las cortesanas de Roma le traían de sus más ricas «toilettes», para que tuviera a la mano los recursos de la coquetería para borrar las huellas de las lágrimas que rodaban de sus ojos todas las noches.

Pero sus principales admiradores fueron los romanos. Pobres y ricos de toda condición la adoptaron como protectora, como diosa suya, y venían para confesarse ante ella. Día tras día veíanse hombres prosternados ante su retrato, devorando con sus ojos sedientos el color rosado de su piel desnuda. La sangre de su cuerpo parecía fluir en oleadas a través de su sombreada piel marfilina, dando a su cuerpo un leve color perlado que le asignaba una sugestión de vida. Sus reproducciones se popularizaron por toda Roma, más que la de cualquier otro Santo o las de Dios mismo. Los hombres, en lugar de llevar sobre el pecho la cruz, que poco o nada les decía al alma, llevaban esa imagen, que apretaban con pasión en las noches silenciosas. Los obispos, los cardenales y otros religiosos engarzaron su efigie en

piedras preciosas dentro de sus cruces, y al besar la cruz, la besaban a Ella con pasión exaltada.

Los hombres le traían presentes de joyas, como suele hacerse para festejar a las amadas; cada uno se esforzaba en ganar la simpatía de la «Madona del Amor», como si se tratara de ganar el amor de una célebre cortesana. Cada cual trataba de adelantarse al otro en su afán de conquistarla a fuerza de obsequios raros y valiosos.

Las joyas que prefería, como decían las monjas de la Iglesia del «Sagrado Corazón», eran las perlas que fueran tan grandes y cristalinas como cada una de las lágrimas que se deslizaban sobre sus bellas mejillas. Los hombres comenzaron a comprar por eso perlas para la «Madona del Amor». Los judíos del «ghetto» les vendían las mejores. Los maridos robaban las perlas a sus mujeres, los enamorados no cumplían sus promesas con las cortesanas de Roma por llevar sus perlas preferidas al «Sagrado Corazón», donde adornaban a la «Madona del Amor» ensartadas en collares preciosos. Su cuerpo desnudo fue cubierto de perlas semejantes a grandes lágrimas congeladas, entre las cuales aparecía su cuerpo rosado. Su piel entonces parecía de pétalos de rosa, cubiertos de cristalinas gotas de rocío.

Las esposas y las cortesanas, las amadas y las novias, todas tuvieron celos de Ella, como si hubiera sido un ser viviente que les hubiese robado el amor de sus esposos, novios y amantes. Las mujeres de Roma, que se familiarizaron con su diosa, le dieron el nombre de «Santa Libertina». Y más de una vez se vio que alguna celosa meretriz llegaba a la iglesia y, mostrándole los puños a la Virgen, gritaba:

—¡Ramera de Dios! ¡Te rasguñaré los ojos, te arrancaré los cabellos, a ti, que me has robado a mi querido! ¿No te basta con tu amante del cielo? ¿Quieres aún quitarnos nuestros hombres?...

Por otra parte, el Papa Pablo IV expidió un decreto para que los judíos presentasen tres collares de trescientas perlas cada uno, las cuales fueran tan grandes como los ojos de la Virgen: enteras, llenas, redondas, y que tuviesen el color del arco iris que se mostró por primera vez ante los ojos de Noé cuando Dios lo salvó del Diluvio. Así debían manifestar su agradecimiento por no haber perecido durante la última inundación del «ghetto». Todo ello sería en obsequio a la nueva «Madona del Amor» de la Iglesia del «Sagrado Corazón».

Cuando los judíos de Roma tuvieron conocimiento del decreto, no supieron qué hacer, no tanto por las perlas, sino por algo más importante. No sabían si el hecho de presentar las perlas a la «Madona» significaría o no que ellos adoraban al Dios ajeno; en el caso afirmativo, era preferible entregarse al «Kidusch Haschem»^[16] que profanar el nombre de su propio Dios.

En Roma no se hallaban más libros sagrados, porque en los tiempos de Pablo IV, como ya se ha dicho, no podían imprimirse libros hebreos, ni la «Guemara»^[17], ni los libros de Maimónides, excepto el «Zohar», cuya impresión permitió el mismo Papa,

porque como lo dijeron algunos frailes, judíos renegados, el «Zohar» no era un libro anticristiano ni contenía ningún ataque contra la Santísima Trinidad.

Reb Jacob convocó a los judíos de Castilla en el sótano de don José Pérez. Allí acudieron también representantes de otras comunidades, que se encontraban entonces en Roma, para deliberar sobre la contestación que debía darse al Papa.

En la noche de «Hoschanah Rabah»^[18], se realizó la gran reunión de todas las autoridades de la comunidad judaica que se hallaban en Roma, en el ya conocido sótano de la casa de don José Pérez. Se encendieron largas velas de cera. Sólo había contadas personas; los ancianos y los dirigentes de la comunidad, judíos de frente alta, que llevaban impresas las huellas de las persecuciones; ojos que brillaban con el ardor de la fe, de esa fe que vence al fuego de la muerte, barbas que de tanto padecer se hicieron más blancas que la nieve apenas caída del cielo, y largos mantos de seda y terciopelo, de color ámbar verde, con anchos cinturones bordados en oro y las testas oscuras y respetables.

Eran de distintas regiones; había entre ellos judíos fugitivos de Castilla, como Reb Jacob y don José y otros honorables señores; judíos franceses de gran cultura, médicos célebres, discípulos del famoso médico judío Amatis Luzitanis, estudiantes de la Universidad de Padua; judíos alemanes que introdujeron la «Torah» en Roma. Esta juventud permanecía en sus puestos de centinelas, en todas las esquinas, para llamar la atención en caso de peligro.

Cuando dio comienzo la reunión, el ciego Reb Jacob exclamó:

—Nos hemos quedado lamentablemente desprovistos de la «Torah», y andamos a ciegas. Como rebaño sin pastor ha quedado la comunidad judía de Roma. ¿Quién nos explicará la palabra de Dios y nos enseñará su ciencia y lo que debemos hacer en caso de desgracia?

—Enviemos algunos mensajeros a don José Atalenghi, a Cremona, en la región de Milán; él reunió a los judíos y fundó allí una escuela para no echar al olvido la palabra de Dios en toda Italia; a él le preguntaremos cómo tenemos que obrar opinaron algunos.

—¡Sería demasiado esperar! Los caminos son peligrosos para los judíos. Además, antes que nuestros mensajeros lleguen y regresen de Cremona, pasará el plazo que nos han dado, porque antes del Carnaval deben ser entregadas las perlas.

—¿Ha callado para nosotros la palabra de Dios? ¿Acaso no se encuentran en la gran comunidad judía de Roma hombres inteligentes, capaces de iluminar con la luz de la inteligencia la obscuridad en que nos encontramos?

—La palabra de Dios ha callado para nosotros desde hace mucho, desde el día en que nadie puede ver un libro hebreo. No podemos confiar a la memoria una cuestión

tan importante, cuando se trata del peligro que corren nuestras vidas.

—El libro de Maimónides contiene una ley al respecto, la recuerdo muy bien, pero no quiero confiar en mi memoria —decía un anciano.

—Los libros del sapientísimo Maimónides, a quien nuestros hijos estudian desde niños, se quemaron en las calles de Roma —quejándose otro anciano.

—¿No tiene nadie un libro, un «Iad Hajazakah»^[19]. ¿No hay en toda Roma una palabra hebrea escrita? ¿Será posible?

Mientras tanto, Reb Jacob dialogaba en voz baja con don José Pérez. Después de un largo rato, llamó don José a dos ancianos y les dijo algo confidencialmente. Éstos permanecieron estupefactos; luego se les acercaron otros y conversaron en voz baja. Por fin nombraron a algunos de ellos, seguramente los que conocían mejor los libros sagrados, quienes siguieron a don José Pérez, que los introdujo en otro apartamento de aquel sótano. De allí siguieron por un largo y oscuro corredor secreto que parecía un laberinto. Alumbrándose con la leve luz de una lámpara de aceite y de una vela de cera, llegaron así a un cuarto secreto cuya puerta abrió don José como por encanto, porque no se habían visto ni señales de puerta ni de entrada; por medio de un resorte secreto corrió una piedra de la pared, y todos se introdujeron en el cuarto oscuro. El cuarto estaba lleno de baúles y cofres de hierro, atados con gruesas cadenas a las grises paredes de piedra. José Pérez abrió ante ellos los amplios cofres, que no se encontraban repletos de oro y de piedras preciosas, sino de valiosos libros hebreos. Aquella era la biblioteca secreta de Pérez, el lugar donde guardaba los libros hebreos, la «Guemara», «Manuscritos», las primeras ediciones de Maimónides, oraciones, plegarias, narraciones en pergamino; manuscritos de leyes y costumbres del pueblo de Israel. Allí estaba escrita la persecución de los judíos en los distintos países. A veces eran narraciones que se referían al Éxodo de España; otras eran relatos rimados de las vicisitudes de las almas judías que fueron sacrificadas en el fuego de la Inquisición, poesías litúrgicas y lamentaciones a los héroes cuyo martirologio alcanzó alta celebridad. Esta biblioteca, formada pacientemente a través de generaciones y conservada a costa de sacrificios, había sido llevada desde Castilla a Italia y depositada en aquel oculto rincón del sótano, cuando Pablo ordenó quemar todos los libros de tal índole. Los sabios revisaron los libros durante largo rato y encontraron en el libro de Maimónides aquello que necesitaban para dilucidar la cuestión que se les presentaba. Después de la debida meditación en dicho lugar, volvieron con la siguiente conclusión:

Las perlas podrían ser entregadas al Papa en calidad de multa, de contribución, de rescate por sus vidas, por todo lo que él quisiera. A su vez, él podía hacer con ellas lo que quisiese. Pero en ninguna forma debían entregar las perlas a la «Madona» como ofrenda de agradecimiento por haberlos

salvado de la inundación, lo cual implicaría adorar a un Dios ajeno, en cuyo caso era preferible entregarse al «Kidusch Haschem» por voluntad de Dios.

Las personas allí reunidas escucharon la sentencia. Ninguna palabra se oía; un silencio profundo reinaba en la habitación.

—No diremos nada; entregaremos las perlas al Papa sin pronunciar palabra.

—¿Y si nos preguntaran algo?

—En ese caso, los engañaremos; total, no saben lo que hacen; obran como niños traviesos.

—¿Y de dónde sacaremos perlas tan grandes? —preguntó alguien.

Reb Jacob se puso de pie, llamó a su nieta y le dijo:

—Hija mía, trae tus perlas y entrégalas a la comunidad de Roma. No resulta justo que una hija de Israel se adorne con perlas, cuando los cristianos las emplean para adornar a sus dioses.

La vivaz Ifatah sacó entonces de un cofrecito de hierro sus perlas, patrimonio de largas generaciones, y las entregó para adornar con ellas a la inmóvil Ifatah de la Iglesia del «Sagrado Corazón».

Cuando la «Madona del Amor» ostentó las perlas de Ifatah, lucieron en ella con la más casta y pura belleza, incomparablemente mejor que los otros collares de perlas que sus admiradores le habían regalado.

CAPITULO XII:

EL CARNAVAL EN ROMA

Las calles de Roma aparecían inundadas en un mar de distintos y vivos colores. No sólo las gentes, sino también las calles, los edificios, los monumentos y las iglesias, las columnas y los mercados aparecían engalanados en honor de la gran fiesta de Carnaval. Las paredes de las casas desaparecían bajo la infinidad de colores de los preciosos terciopelos y de los tapices orientales. Los colores de los tapices brillaban al sol como piedras preciosas; las ventanas, puertas, balcones y terrazas llevaban florecientes ornamentos verdes.

Las calles por donde pasaban las procesiones de Carnaval estaban adornadas con palmeras, mirtos, crisantemos y otras especies orientales. Roma se había convertido en una especie de parque magnificante de un príncipe oriental. Los habitantes de la ciudad no atinaban a darse cuenta del lugar donde se encontraban. Muchas casas se convirtieron en barcos provistos de grandes mástiles; semejaban buques perdidos, hechizados en un fantástico océano multicolor. Algunas iglesias aparecían convertidas en templos de otros dioses, de Apolo y de Venus. Monumentos cristianos y fuentes representaban a faunos salvajes y animales mitológicos, Bacos ebrios escanciando el vino de las copas desbordantes, y niños desnudos llevando racimos de uva en jarras de vino a paso de danza... Todas las cornisas y columnas de las calles romanas estaban adornadas con el verde de las hojas y el encendido carmín de las rosas rojas.

Los santos de la Iglesia vestían togas romanas y pequeñas coronas de hojas de laurel, e iban sentados en los carros de triunfo, arrastrados por briosas cuadrigas. Trastornaba todo aquello, como una mezcla de siglos, como un cambio de época y períodos. Roma se sacudía el yugo al cual la atara el Cordero; también se libraba de las leyes de la Iglesia y volvía a ser lo que había sido siempre, una servidora del viejo Pan. Retornaba al paganismo. Era una contribución que la Iglesia pagaba a la vieja Roma politeísta en el día de Carnaval. Esta festividad era la protesta de Roma contra el triste Dios ajeno que la Iglesia le había impuesto a fuerza de fuego y de espada. Roma extrañaba los dioses paganos de sus antepasados; sentía nostalgia por aquellos dioses radiantes en el sol de los tiempos pretéritos. En estos días de Carnaval resucitaban una vez más los viejos dioses de sus templos polvorientos y olvidados para entrar en la Iglesia de Roma; arrojaban al melancólico Cordero con sus heridas dolorosas y ensangrentadas, se sentaban sobre su trono, y una vez más el hombre adoraba al único dios vivo que conocía, el dios de sí mismo...

Durante semanas enteras se preparaban para las grandes fiestas de Carnaval.

Muchos iban y venían, disfrazados de viejos romanos con sus togas. Personalidades célebres de la historia romana, Césares y Augustos, anduvieron embriagándose en las tabernas de Roma... Algunos comerciantes persas y turcos arrastraban sus líos de mercancías por las calles: Otros se vestían como los indígenas de ciertas regiones salvajes que Colón descubriera en su supuesto viaje a las Indias, y que comenzaron a ser conocidos en el Viejo Mundo; esos atavíos de los indios pintarrajeados de rojo y adornados con plumas aparecían muy a menudo en los corros de Carnaval; solían llevar descomunales cigarros encendidos para recordar así la costumbre de fumar que se propagó rápidamente por todo el mundo, cuando apenas emigró de América. De esta manera los indios se mezclaban con senadores romanos y se abrazaban como hermanos. Algunas mozas vestidas de diosas griegas, como las sacerdotisas del Templo de Vesta, y otras, vestidas de profetisas y sibilas iban del brazo de Bacos beodos, sobre cuyas testas bailoteaban coronas de rosas rojas. En los callejones apartados, faunos y sátiros raptaban a jóvenes sacerdotisas, para llevarlas a las casas alegres de pecaminoso esparcimiento y a los baños públicos... Mancebos alegres, ligeramente vestidos con unos sobrepellices de seda y con piernas y brazos al descubierto, acompañaban a sus viejos libertinos; filósofos griegos de cabelleras raleadas y largas barbas rizadas mantenían discusiones sobre Eratóstenes en las plazas públicas de Roma.

Por la noche todo fue iluminado por fantásticos fuegos de artificio, que inundaban con su luz los edificios y monumentos. Los esclavos llevaban antorchas que proyectaban su leve luminosidad sobre las máscaras fantásticas. Grupos de alegres muchachones y muchachas disfrazados iluminaban su camino con extravagantes pantallas de pergamino veneciano, y linternas cuya luz les asignaba una rara prestancia de sombras chinescas. Bailando como sombras por las calles, desaparecían por los lugares apartados. Quedaba atrás el eco lejano de suaves canciones apasionadas y el vaho de perfumes a la vez agradables y excitantes. Por las calles flotaban densas nubecillas perfumadas que se elevaban del fuego de las antorchas que seguían a las máscaras. De las tabernas salía una luz desagradable, junto con las voces graves de los ebrios, y el olor a comidas fuertemente condimentadas, a especias y vinos agrios. El olor de aquellos potajes se mezclaba con los perfumes, y aquella luz se fundía con la de las linternas venecianas y con las luces desagradables de otras tabernas y cafetines. Entremezclábanse gentes y cosas, la vida y la muerte se aliaban; todo se agitaba como un océano tornasolado en medio de una neblina brillante y congelada que sobrenadaba en el vacío.

Sólo un rincón de la ciudad se hallaba desprovisto de las luces fantásticas, y sólo una calle estaba sumida en las tinieblas. La oscuridad de la noche caía pesadamente sobre el «ghetto». Las lucecitas que antes se habían visto en las ventanas se habían apagado. Acurrucados con sus mujeres e hijos en los rincones de sus viviendas, los

judíos percibían desde lejos el tumulto que llegaba de las calles de Roma a través de sus murallas. A veces caían algunos fuegos artificiales en el recinto mismo, e iluminaban el concentrado mutismo del ambiente. Entonces sobrevénía el terror en el «ghetto», exacerbado por el salvaje bullicio que se oía en el interior de su ciudadela. Atemorizados, se contemplaban unos a otros, y cada cual musitaba para sus adentros una oración.

Dios nuestro, ten compasión y protégenos en el día del Carnaval. Roma está sin Dios...

Sólo un sótano estaba alumbrado: el de José Pérez. Allí se reunían nuevamente los notables de la comunidad en vísperas de Carnaval. Era el único lugar del «ghetto» donde también se hacían preparativos para dicha festividad.

Sobre la mesa se había amontonado una cantidad de monedas, alhajas de oro y plata, joyas antiguas de todas partes del mundo, que los judíos sacaron del sótano de José Pérez. Sobre el piso empedrado estaban apilados cortes de seda, ricos damascos y tapices orientales, cortes de terciopelo, regalos de novios, bienes hereditarios que habían pasado de generación en generación y que se habían recogido en todos los hogares judíos. Estos objetos constituían la contribución que los judíos debían entregar en vísperas de Carnaval. En compensación al hecho de que Judas vendió a Cristo por treinta dineros, los judíos de Roma debían pagar todos los años mil ciento treinta florines de oro en joyas y trabajos de orfebrería. Las hijas de Israel en Roma tenían la obligación de adornar el Arco de Triunfo de Tito con tapices preciosos, sedas y terciopelos carísimos en honor de la gran fiesta de Carnaval, cuando la comisión compuesta por los rabinos y los ancianos de la comunidad esperaba con los rollos de la Sagrada Ley la llegada del Papa, que montaba su caballo blanco, dirigiendo la procesión de las Carnestolendas.

Silenciosos y tristes pagaban los judíos los florines de oro y los objetos preciosos valorados en oro, la multa de Judas, contribución obligada a los gastos de Carnaval. Algunos de ellos miraban despreciativamente los ricos tapices y las preciosas sedas con las que las hijas de Israel adornarían el Arco de Triunfo de Tito, de aquel héroe que les quitó la libertad, arruinó su país e incendió su Templo. No pronunciaban palabra, y sólo se oía el tañido de alguna campana. Por otra parte, sólo impresionaba la retina el brillo dorado de la pequeña lámpara de aceite. Pero de vez en cuando se percibía el tumulto ruidoso que llegaba de las calles inflamadas de embriaguez, como el rugir de un océano tormentoso y agitado. Los tragaluces del sótano se iluminaban en las intermitencias relampagueantes de los fuegos de artificio, que caían, de vez en cuando, en el oscuro «ghetto» de Roma. Entonces los judíos palidecían, mirábanse los unos a los otros con el mismo pensamiento:

—Roma está sin Dios.

En un rincón del sótano apenas iluminado, estaban sentados los «corredores pedestres» y se untaban las piernas con grasas y aceites, preparándose para la carrera del día siguiente. Eran Jaime Adoini y Marcos Alfi, los dos «tontos» del «ghetto» a quienes la comunidad pagaba todos los años para que participasen en las «carreras», donde los judíos debían tomar parte para diversión de los romanos...

Por la Vía Apia descendía una estrafalaria comitiva. Desde lejos, parecía como si un río enfurecido, de color sangriento, se volcase sobre la calle. No se divisaba nada; sólo nubes coloradas de humo neblinoso se movían sobre las cabezas; entre el humo relampagueaban los fuegos artificiales, que arrojaban hacia el cielo puñados de centellas. Cuatro briosos caballos emergieron imprevistamente de la neblina; iban uncidos a un carro de triunfo, llevando altos plumeros polícromos y cubiertos de ricos pellones de seda. Sobre el carro, cuatro heraldos de pie, dispuestos en la posición de los cuatro puntos cardinales, anunciaban con largas trompetas de plata que la marcha de Carnaval se había iniciado.

De acuerdo con las conclusiones del primer astrónomo de entonces que, según el resultado de sus observaciones astrales, aconsejaba al Papa la manera de comenzar cada acto, la marcha de aquel Carnaval debía hacerse bajo el símbolo de la Tierra y de sus cuatro elementos, los que estaban representados por seres humanos que se agitaban en el aire por medio de un procedimiento mecánico. Después seguían grupos que reproducían cuadros del Antiguo y del Nuevo Testamento, todos ellos recordatorios de la alegría y el placer de vivir: Abigail conduciendo un camello cargado de objetos preciosos de Oriente, y destinados a David; Lot con sus hijas. Después aparecían muchos disfraces de la mitología griega: Paris con las Tres Gracias; tampoco faltaba Helena de Troya, por cuya causa guerrearon reyes y pueblos; cuadros de la Odisea y de la Ilíada; grupos que representaban a la gran familia de los dioses y diosas del Olimpo. Allí se veían también cuadros de carácter político, que advertían el peligro del poder de los Atamanes y el Sultán, enemigos de la Cristiandad; otro representando a Lutero con las siete cabezas de la Hidra; un cuadro representaba a los protestantes purgando sus penas en el infierno. Ángeles y demonios, hechiceras y profetisas, sacerdotisas griegas e idólatras, bailaban y cantaban, luciendo los bellos colores de sus máscaras y vestimentas.

Sobre el agitado mar de colores se levantaba un trono tapizado de telas suntuosas, en el cual se mecía, vestido de escarlata intenso, el Papa Pablo IV, con la mirada de sus glaucos ojos mortecinos vagando sobre el pueblo, con su blanca barba temblorosa, que cubría su pecho, acompañado de su cortejo de cardenales y altos funcionarios de la Iglesia. Un grupo de frailes vestidos de blanco, llevando candelabros de oro en los que ardían rojas velas de cera, alumbraban a Su santidad, al

representante de Cristo en la Tierra, en la comitiva de Carnaval...

A la entrada del «ghetto», bajo el Arco de Triunfo de Tito, la comisión de judíos esperaba a Su Santidad. Adornado y embellecido con los más lujosos tapices y mantones de seda bordados en oro, esperaba el Arco de Triunfo de aquél que humilló a Israel. Vestidos de blanco y cubiertos con los mantos sagrados se hallaban los notables del «ghetto». El ciego anciano Reb Jacob llevaba los rollos sagrados con los que se presentaban los judíos todos los Carnavales. Iba rodeado por los más ancianos y las personas respetables de la comunidad. Sobre una mesa ricamente cubierta había varios bolsos de seda con los mil ciento treinta florines de oro a que ascendía el rescate de Judas. Un poco más lejos esperaban las muchachas hebreas, con flores y sedas bellamente bordadas, para cubrir con ellas el suelo donde tenía que ubicarse el estrado del Papa.

La procesión se detuvo. El Papa se adelantó hasta el Arco de Triunfo de Tito y allí, instalado en su estrado, recibió a la comisión de judíos. Intencionalmente desvió la mirada para no ver a los ancianos allí presentes. Pero cuando las muchachas judías comenzaron a extender ante su silla de mano los preciosos tapices, entonces los ancianos judíos, siguiendo la antigua costumbre, avanzaron hacia el Sumo Pontífice. El ciego Reb Jacob le entregó los rollos sagrados y los rabinos pronunciaron su bendición.

A su vez, siguiendo también la costumbre, el Papa sacó el pie de entre las sedas que lo cubrían, y lo posó sobre la cabeza de Reb Jacob, mientras repetía el conocido dicho:

—No os queremos, sino que os toleramos, porque Dios nos ordenó tolerar a nuestros enemigos.

Así terminó la ceremonia de recibir de los judíos el llamado «rescate de Judas».

De pronto, los grupos de los distintos cuadros alegóricos se disolvieron, entremezclándose. Trajes variados, máscaras, todo, todo se mezclaba en revuelta confusión. Los soldados del Papa, con sus fantásticas vestimentas, despejaron la Vía Apia; y el pueblo, apiñado en una conglomeración multicolor, se vio comprimido en las veredas contra las casas. Así tuvo que abrirse un espacio para las «carreras de postas», con las que siempre finalizaba el festival. En un trono escarlata que fue colocado frente al Arco de Tito, se sentó el Papa en medio de su cortejo. Primero corrían los jóvenes romanos; como en otra época, durante la dominación romana, también esta vez en presencia del representante de Cristo, estaban semidesnudos. Vestidos con cortas casacas de seda, como coronas sobre las cabezas, corrían por la Vía Apia. Toda Roma los seguía con la vista y los estimulaba, con el entusiasmo de la sangre agitada y el revuelo de la diversión desenfrenada. Todos los ojos brillaban, los rostros congestionados de acaloramiento, ardientes de agitación, las cabezas enracimadas. Desde los balcones, cubiertos de plantas y flores, las patricias agitaban

sus pañuelos bordados, sus velos y sus abanicos. Las gentes apostaban a los corredores, poniendo en juego sus bienes y su misma libertad, y apenas alguno de éstos alcanzaba la meta, los gritos, las alarmas, los aplausos y el agitar de las manos, máscaras y velos aturdíen toda Roma. Luego, como en los antiguos juegos olímpicos, el ganador laureado era conducido en marcha triunfal por las calles de la ciudad. Las damas lo besaban y las cortesanas le arrojaban rosas desde sus estrados; otras le enviaban misivas, y algunas, hasta las llaves de sus alcobas...

Las carreras reavivaron la sed de diversión y exacerbaron la agitación de los romanos. Después de las carreras de los jóvenes seguía la de los niños, a continuación la de los mozos y, por último, la carrera de la irrisión, que el Carnaval inventó para los creyentes de Cristo: la carrera de los judíos.

Era vieja costumbre que para Carnaval los judíos debían presentar sus corredores, destinados, no a la lid deportiva, sino para servir de mofa. Elegían ex profeso a los más ancianos y pesados, a los judíos obesos de piernas combas, a los que cojeaban, para divertir con sus cómicas figuras al pueblo ávido.

La comunidad judaica de Roma ya había preparado dos corredores especializados en ese juego. Antes de empezar les leían la «tojá». Eran los «tontos» Jaime Adoini y Marcos Alfi, que desempeñaban tal papel en el «ghetto». Servían de «hazmerreír» y asistían con los oídos tapados a los sermones obligatorios para todos los judíos a quienes ellos reemplazaban. Así como los cristianos se valían de «tontos» para divertirse, de igual manera los judíos servíanse de ellos, para regocijarse en los casamientos y banquetes. Estos dos retardados representaban en las casas judías la «dama de la muerte» y otras fantochadas del mismo cariz. Durante las fiestas de «Simjat Torah» y «Purim»^[20], divertían a las gentes con sus ocurrencias; en pago de ello recibían una pensión anual para que reemplazasen a los judíos en las carreras de carnaval.

Los dos «tontos» se identificaban de tal manera en sus papeles, que cuando llegaba el momento olvidábanse de la ficción, y tanto se empeñaban, que cada uno trataba de aventajar al otro y ganar la carrera. Se adiestraban para ello, desempeñándose luego como verdaderos corredores.

Los romanos esperaban con impaciencia. Apenas los veían pasar corriendo por la Vía Apia con los pies torcidos y la respiración agitada, un contagio de carcajadas burlonas se desplazaba sobre el agitado océano de cabezas y rostros cubiertos.

—¡Eh, tú, ágil judío! ¡Levanta un poco los pies, que resbalas!...

—¡Mira, mira; se tambalea, como si el diablo lo sacudiera!...

—¡Y a ese le cuelga la cola! ¡Yo mismo la he visto!

¡Es igual que la del diablo! ¡Mira su velluda cola, como la de mi «Fidel»! ¡Ja! ¡Ja!

...

—¡Apuesto por él mi jardín, mi caballo, mi coraza! ¡Apuesto que ganará el

colorado! ¡Salta como un mono! ¡Miradlo!

—¡Eh, tú, judío! ¡Le sacaré los intestinos a tu mujer embarazada y le meteré un gato por el culo si me haces perder la apuesta! ¡Juego a tu cabeza mi mejor caballo!
...

De todas partes afluí el griterío. Los corredores se sentían azotados con las risas y azuzados con las ofensas y la amenaza de los puños que provenían de todas partes, para que uno sobrepujase al otro.

Pero esta vez ya no se conformó el pueblo con los «corredores oficiales» del «ghetto». Trastornados por la algarabía y ávidos de nuevas diversiones, hacían correr bajo el Arco de Tito a los judíos más distinguidos que integraban aquella representación. Los judíos devotos de Roma bajaron la cabeza avergonzados. Y para no mirar los rostros de sus opresores, acto que estaba prohibido por decreto, tapábanse los ojos. De repente fueron rodeados por todas partes y obligados a correr bajo una tempestad de gritos, denuestos, risas y burlas:

—¡Corred, judíos, corred, corred!

Éstos miraron asustados y palidieron, sin comprender lo que querían de ellos, pero de todas partes mostrábanles los puños, profiriendo gritos amenazadores. De aquí y allá recibían latigazos en los pies, empujones y denuestos.

—¡Corred, judíos! ¡Corred, corred!

Algunos, asustados y trastornados, sin saber lo que querían de ellos, comenzaron instintivamente a correr. Envueltos en los amplios mantos sagrados, al correr, los «tzitzot» se les enredaban entre los pies, haciéndolos caer. Otros se cubrieron el rostro con los mantos y se dejaron castigar. Corrieron unos pasos y se quedaron detenidos, volviendo los rostros aterrorizados, sin saber qué hacer. La indecisión de los judíos, las caídas de unos encima de otros, su atolondramiento, exaltó aún más el vocerío. Aquello parecía un mar furioso. Por doquier resonaba el rugido de gritos salvajes, y cada vez se multiplicaba más y más la agitación de las manos, de los puños y de los ojos:

—¡Corred, judíos! ¡Corred, corred!

En medio de sus compañeros se encontraba el ciego Reb Jacob. Empezó a buscar algo con las manos, como si pisara sobre un terreno inseguro. Su rostro no expresaba miedo alguno; melancólico y tranquilo, como siempre, inclinó aún más la cabeza con la lengua barba, que le llegaba a la cintura, sin moverse de su lugar. De pronto lo vieron las alegres máscaras y quisieron acercársele para burlarse de él. Pero al instante una muchacha de rostro cubierto con un velo se abrió paso a través de la cadena de soldados suizos que custodiaban al Papa. Se introdujo en el grupo de judíos, se acercó al anciano y lo tomó de la mano.

El ciego sobresaltóse cuando se dio cuenta de que era la mano de su nieta, la abrazó y ambos trataron de alejarse rápidamente de aquel lugar para confundirse con

la muchedumbre. Pero fueron sorprendidos por la masa escandalosa. Se miraron uno a otro. Algunos se acercaron a ellos, pretendiendo separarlos. El anciano la sujetaba fuertemente para que los enmascarados no pudiesen arrebatársela.

—¡Arráncale el velo del rostro! ¡Mira si te conviene! —dijo uno del público. Y una de las máscaras aceptó la invitación.

Entonces sucedió algo increíble, que nadie pudo comprender. Uno de los disfrazados, al ver el rostro descubierto de la muchacha, cayó de rodillas, persignándose.

Nadie sabía lo que pasaba, pero al ver que la máscara se arrodillaba y hacía la señal de la cruz ante una muchacha, empezaron a buscar a alguien entre la gente. De pronto, repararon en aquella que estaba al lado del anciano y que miraba con sus grandes ojos melancólicos y los labios contraídos en un gesto de dolor y compasión el salvaje desenfreno del pueblo, y alguien exclamó:

—¡Ved, ved, quién está allá! ¡La Santa Madona! ¡«La Madona del Amor»! ¡Ved, ved!...

—¡Apareció la «Madona del Sagrado Corazón»!

—¡Ella, Ella misma en persona!...

—¡Oh, Madre Sagrada! ¡Ten compasión!

Y era como si un terror divino se abatiera sobre el pueblo. El miedo encrespó las agitadas olas de aquel océano de hombres. Aquí y allá, las gentes se arrancaban las máscaras, se quitaban los gorros fantásticos y las vestimentas paganas. Entre el mar de disfrazados empezaron a descubrirse los rostros, por doquier las gentes dejáronse caer de rodillas y levantaron las manos hacia la figura que se mostraba ante ellos. En las calles más alejadas no se sabía lo que allí pasaba y aún llegaba el eco de los alegres cantos carnalescos y el reír de la gente; resonaba el tumulto y el griterío proveniente de las lejanas calles hacia el lugar donde la gente, de rodillas, alzaba las manos al cielo, entonando el «Ave María». Como trastornados por un viento flamígero caído del cielo, se alejaban de ella, se apartaban de su camino, o se echaban al suelo ante ella, inclinaban las cabezas y levantaban las manos.

La muchacha del «ghetto» tomó de la mano al abuelo ciego y lo sacó de entre el pueblo arrodillado y caído que yacía a sus pies como un agua mansa, para desaparecer con él tras las puertas del «ghetto».

CAPITULO XIII:

EL DIOS CAUTIVO

Arriba, en la cámara del Vaticano, Pablo IV estaba en su habitación: una celda monástica de paredes lisas. Sobre un duro banco estaba sentado el Papa, con la mirada fija en el Cristo doliente que yacía ante sus ojos sobre la mesa desnuda.

Su rostro abotagado, alargado y chato, aparecía más sombrío que nunca. Gruesas y profundas arrugas surcábanle el rostro, entre cuyos pliegues se perdían sus ojos, apenas visibles; sólo su boca amplia se ensanchaba desmesuradamente, y las hondas arrugas descendían de las comisuras. Su rostro expresaba una temerosa inquietud. Y tan sombríos como su rostro estaban su espíritu y su pensamiento.

Con sus dedos largos y reseco tomó el crucifijo y clavó la mirada en él.

—¿Quiénes son aquellos de quienes Tú descienes? ¿Acaso estás aún ligado a ellos por el alma y por el cuerpo? ¿Acaso no puedes dominarlos, que se atreven desde tanto tiempo y con tanta obstinación a ignorarte? ¿Acaso Dios Padre te ha enviado solamente a nosotros, tus esclavos, reservándose su protección para ellos, sus hijos? ¿O quizá por medio de una fuerza oculta han capturado ellos a tu Santa Madre, y te torturan en sus sinagogas, atraviesan tu corazón y extraen tu sangre, y tienen a Tu Madre encadenada en sus templos para que haga milagros y los salve de nuestras manos, enviándola a enrostrar por ellos el fuego y el agua?

«¡Di, di, di!

Volvió a poner la cruz sobre la mesa. Levantóse pesadamente y sus pasos recios retumbaron como martillazos en la amplia habitación. En realidad, se imaginaba a la Santa Madre cautiva entre los judíos, así como el pueblo de Roma creía que los judíos, por medio de una fuerza oculta, habían hecho jurar a la Santa Madre sobre los textos sagrados que permanecería en el «ghetto» para ayudarlos en sus peligros. Se imaginaba que Ella, el «Sagrado Corazón», la Virgen María, la Madre del Niño Jesús, yacía detrás de las puertas de las sinagogas, atada con gruesas cadenas. Allí los judíos la torturaban y se mofaban de ella. Y toda vez que se encontraban en peligro la hacían salir disfrazada de muchacha judía, para que apareciese ante los cristianos y los salvase; después la conducían nuevamente a la sinagoga y volvían a encadenarla en uno de los cuartos secretos.

Erizábasele la cabellera gris, mientras las arrugas de su rostro iban desplazándose, confundándose y apretándose como los anillos de una serpiente. Era tan supersticioso como su pueblo, y creía en la verdad de todo lo que imaginaba.

«¿Y por qué no? —pensaba para sí—. ¿Acaso no penetran ellos clandestinamente en nuestras iglesias, y no sacan del altar la hostia, el vino, el corazón de Cristo, para

llevarlo todo a sus sinagogas y acuchillar la hostia, el Sagrado Corazón de Jesús hasta extraerle la última gota de sangre con la que amasan su “matzot”?^[21] ¿Acaso la noche del «Pésaj»^[22] no ingieren con sus hijos el corazón y se embriagan con la sangre del pobre Jesús? —Sintió una gran lástima por el desdichado, a quien torturaban tanto. Se acercó a Él y lo tomó en la mano.

Quiso ponerse de rodillas, pero no pudo... Quiso rogarle; tampoco pudo... Lo único que sentía era una compasión infinita por Aquél que tanto había sufrido en la Crucifixión, por aquél a quien tanto habían torturado, arrancándole las uñas, y cuya sangre bebían los judíos cada «Pésaj»...

Lo consolaba, lo acariciaba con la pesada mano sobre el cuerpo torturado, lo tranquilizaba como se tranquiliza a un niño castigado, y le hablaba con suavidad, llorando compasivamente:

—¡Te vengaremos! ¡Vengaremos todas tus culpas! ¡Con la espada nos vengaremos!

Pero no pudo hacer su ruego.

Se sentía ya más fuerte que Dios, más poderoso que Él, porque podía atribuirse su venganza. Le parecía que él, Pablo IV, Papa de todos los católicos y representante de Jesús, era ya el propio Dios, y en sus manos estaba depositado el poder del mundo. El, sólo él, podía castigar a los enemigos de Dios. Aquél que se encontraba sobre la mesa era el niño torturado a quien los judíos tenían prisionero en sus dominios para mortificarlo. Y él, el Dios Pablo IV, tomaría venganza en su nombre.

Estuvo a punto de caer de rodillas ante sí mismo, de rogarse a sí mismo, exaltarse a sí mismo, adorarse porque ya no reconocía otro Dios...

Tiró del cordón de la campanilla y ordenó que llamaran al cardenal Michaelo Ghislieri, el Gran Inquisidor.

Cuando el cardenal entró con su rojo gorro inquisitorial y su manto de color rojo escarlata, el Papa le preguntó:

—¿Se confesaron?

El inquisidor permaneció un minuto en silencio y luego dijo:

—Aún no.

—¿Qué habéis hecho con ellos?

—Los ancianos fueron puestos tres veces bajo la «rueda». Los físicos aconsejan, sin embargo, que no continuemos por cuarta vez la tortura, porque no resistirían.

—Cuidad sus vidas —dijo el Papa—. La Iglesia no mata ocultamente en los sótanos de las torturas. La Iglesia los quema públicamente. ¿Y los jóvenes? —volvió a preguntar.

—He puesto a dos de ellos bajo la «caída de agua». Uno se ha vuelto loco. El otro aún resiste.

—¿Entonces ninguno de ellos se ha confesado?

—Hasta ahora, ninguno.

—¿Y convertirse al catolicismo, tampoco?

—Son muy obstinados.

—Debemos convertir a algunos de ellos. La Iglesia tiene que vencer. Y con «ella», ¿qué habéis hecho?

—Lo que habíais ordenado, Santo Padre. No nos atrevemos a tocarla. Atemoriza con su parecido a la Madre de Dios, y nuestros hombres, los monjes, temen acercarse a ella.

—¿Se la observa?

—Está sentada junto a su anciano abuelo y toda la noche no hace más que recitar los Salmos en su idioma maldito.

—¿Han intentado quitarle al anciano de su lado?

—Lo hemos intentado, pero cuando los monjes enmascarados entraron en su cámara y quisieron tomar al anciano para sacarlo de allí, ella sé antepuso, y miró fijamente a los frailes. Estos reconocieron en ella el rostro de nuestra Santa Madre y se arrodillaron, persignándose.

—¿No ha tenido ninguno de los monjes el valor de cumplir la orden de la Iglesia?

—El pueblo cree que ella es la Santa Madre, a quien los judíos obligan por medio de sus libros de hechicerías para que viva entre ellos y los salve de nuestras manos.

El Papa calló un instante, miró al inquisidor y preguntó:

—¿Y tú también crees que ella es la Santa Madre?

El cardenal permaneció mudo.

—¿Por qué no contestas?

—Su rostro tiene un asombroso parecido al de Nuestra Señora, la bendita Madre de Nuestro Señor Jesucristo.

—¿Y los judíos la han tomado prisionera?

—Es probable; los judíos pueden hacerlo por medio de sus libros herejes, de la misma manera que emplearon una fuerza oculta para que el cardenal Cristóforo Madruzzi imprimiese sus libros, a pesar de vuestra prohibición.

—¿Edita el cardenal Madruzzi libros hebreos?

—En Riva de Trento abrió para ellos una imprenta, e imprimió su maldito libro, el «Mischnah»^[23], en dos ocasiones, y a pesar de que vos habíais ordenado quemar tales libros.

—¡Quemar! ¡Que no quede ningún libro judío en tierras de Italia! ¡Y el cardenal queda excomulgado! Y a «ella», traédmela; si realmente es la Santa Madre, Nuestra Señora Bendita, y está cautiva entre los judíos a causa de sus malditos libros, un cristiano tiene que librarla de sus manos.

—¿Vos, Santo Padre, en los sótanos inquisitoriales? ¿En las cámaras de torturas?

—Si vosotros tenéis miedo de acercaros a ella, iré yo, yo mismo, a librar a

Nuestra Señora de manos de los extraños. Soy el representante de Dios en la tierra.

Y el Papa, acompañado por el Gran Inquisidor, se dirigió a aquellos sótanos, con el objeto de librar a la Santa Madre de su prisión.

CAPITULO XIV:

EN LOS SÓTANOS DE LA INQUISICIÓN

En los abovedados sótanos de la iglesia de «Santa Angélica» se oían todas las noches los gemidos de los torturados que retumbaban en los gruesos muros, se ahogaban, iban a perderse bajo las arcadas, en los lejanos y perdidos laberintos sumidos en la oscuridad y el abandono... En un ángulo, junto al muro, apelonados, seres humanos se retorcían como gusanos, hundidos en charcos de sangre que manaba de sus heridas. En otro sitio se veía otras víctimas suspendidas de horcas de hierro, por los pies, sobre recipientes incandescentes. Debajo de grandes prensas aparecían cabezas humanas, de las que los monjes de máscaras negras arrancaban el cabello con tenazas incandescentes. De todas partes se levantaban los gritos de dolor. El ámbito se llenaba de lamentos como mugidos de bueyes degollados. Parecía que los sótanos de la iglesia de Santa Angélica se habían convertido en el teatro de una espantosa carnicería. El piso de piedra estaba húmedo, resbaladizo de sangre humana. De la misma sangre estaban salpicadas las paredes... Bajo las prensas se atormentaba, apretando los órganos humanos en cajas de hierro. Había gentes que gemían en jaulas candentes, sólo por haber sido denunciados de cambiarse de camisa en la víspera del sábado. Era suficiente que un criado declarase que su ama acostumbraba tomar su baño los viernes, para que fuese llevada a los sótanos de torturas de la Inquisición, donde se la desnudaba y torturaba para arrancarle la confesión de que mantenía relación clandestina con la religión judía.

Los judíos eran mortificados en sótanos separados de los de los cristianos, para que éstos no viesen la obstinación de los judíos, para que no se diesen cuenta de cómo estaba el judío ligado a su religión, para que no aprendieran la asombrosa entereza con que recibían el purgatorio de la Iglesia por su Dios y su fe. De allí, de aquel sótano donde se los torturaba, no surgían gritos ni llantos, ni quejas de sufrimientos sobrehumanos. De allí, de aquel sótano, salía un cántico. Ese era el único rincón de la gran iglesia de «Santa Angélica», la única cámara de toda Roma Santa, de donde se elevaba una alabanza y un ruego a Dios...

Lo que la imaginación más fantástica puede concebir lo inventó la Iglesia para torturar a los judíos. La Inquisición afirmaba que los rabinos, por medio de un sortilegio y del poder de sus libros, habían obligado a la Santa Madre de Jesús, que descendía de judíos, a que viniese al «ghetto», donde la tenían encadenada en sus sinagogas para obligarla a hacer milagros que los salvaran de las manos de los cristianos.

Cuando los judíos de Roma supieron lo que la Iglesia exigía de ellos —la

devolución de la «Santa Madre»—, creyeron en un principio que tanto el Papa como los cardenales habían perdido la razón. Pero comprendiendo luego que la Iglesia buscaba solamente un pretexto para hundirlos en los sótanos de las torturas, contestaron a la acusación de sus inquisidores, diciendo que no necesitaban de un ser y, por añadidura, muerto, que viniese a salvarlos de las manos de la Iglesia; que ellos se sentían protegidos por el único Dios existente. La Inquisición interpretó estas palabras como una blasfemia contra Dios, y diez de los más respetables ancianos del «ghetto» fueron encerrados en los sótanos de la Inquisición. El ciego Reb Jacob con su nieta Ifatah se entregaron espontáneamente en manos de la Iglesia, creyendo que con ello librarían a todos los judíos de aquella calumnia, porque la Iglesia se convencería de que ella, Ifatah, no era la «Santa Madre», sino una simple muchacha judía que vivía con su abuelo en ese infierno de Roma, huyendo, como toda hija de Israel, de los cristianos y de la Iglesia.

Estupefacto quedó el anciano, y más aún la nieta, al notar que todas las gentes les prodigaban atenciones como a seres extraordinarios. Los siervos de la Iglesia, los monjes y los sacerdotes, temían acercárseles; se arrodillaban, se persignaban, levantaban los brazos y rogaban ante ella cada vez que la encontraban a su paso. Tenían a la muchacha con el abuelo en una cámara cerrada, y cuando los inquisidores, cubiertos con máscaras negras, llegaban allí y querían quitarle el abuelo de su lado, era suficiente que Ifatah los mirase con sus grandes ojos para que se arrojasen de rodillas al suelo, retirándose luego sigilosamente.

En otras celdas cercanas se torturaba a los ancianos y a los rabinos con azotes infernales, para que confesasen haber hechizado a la «Santa Madre». A dos de ellos pusieronlos bajo la «caída de agua». Este era el castigo más temible, el que llevaba a las víctimas a la locura en el término de pocas horas. En un rincón del sótano se veía a dos jóvenes desnudos, sujetos a una barra de hierro. Por sobre sus cabezas colgaban dos grandes vasijas llenas de agua fría, que dejaban pasar un par de gotas cada dos segundos a través de un corcho perforado. Las gotas caían sobre las cabezas de las víctimas, afeitadas ex profeso. Las vasijas estaban colocadas de tal forma que las gotas cayesen sobre el occipital para resbalar a lo largo de toda la columna vertebral. Y cada vez que las gotas caían sobre la testa monda, un estremecimiento nervioso y crispante sacudía a la víctima desnuda. Así iban cayendo las gotas, día tras día y noche tras noche, sin pausa y sin tregua. Uno de ellos se había vuelto ya loco; aún seguía amarrado a la barra, reaccionando cada vez que le caía una gota con una carcajada, que ya no era humana, la boca distendida mostrando los dientes, y los ojos saltones que asustaban a los mismos inquisidores.

En otro rincón aparecían tirados, como trapos, dos sujetos que apenas se movían y respiraban. Hacia ellos se arrastraba otro que había sido sacado de la prensa hacía un instante, y que iba dejando sobre el piso de cemento huellas de sangre que manaba de

su cuerpo deshecho. Los que se amontonaban en aquel rincón habían sido sometidos, uno tras otro, al tormento de la prensa, y ya torturaban a dos más en aquellas máquinas diabólicas. Los hombres fueron amarrados a largas barras de hierro remachadas. Aquella máquina había sido tan bien calculada, que el reborde del remache oprimía todos los miembros del cuerpo. Los remaches, al ajustarse por medio de grandes prensas, comprimían los huesos de los pies y manos, triturándolos. Cada uno de los torturados ya no podría servirse más de sus extremidades en el resto de su vida. Los sufrimientos que producían tales prensas eran indescriptibles; sin embargo, los judíos resistían. Sus débiles gemidos se debían, más que a los dolores físicos, a la maldad humana que se cebaba en ellos.

De vez en cuando, un monje acercaba la cruz a los rostros de los torturados en las prensas, para que la besasen en señal de que acudían al ala protectora de la fe cristiana. Pero cada vez que el judío torturado así sentía el olor del incienso y veía la cruz ante sus ojos, no hacía más que desviar la mirada.

El judío que acababa de librarse de la máquina avanzó arrastrándose como una serpiente sobre el piso de piedra para acercarse a los otros. Estos intentaron extender las manos para ayudarle en el trance, pero los miembros ya no les obedecían. En ese instante no sentían ya ningún dolor. Les parecía que no tenían ya manos ni pies, ni los necesitaban ya más porque ni cuerpo tenían; mirábanse los unos a los otros con ojos alucinados y se sentían más que nunca unidos; veían a sus hermanos torturados, arrastrándose como gusanos, dejando tras sí un reguero de sangre de sus heridas. El hermano miraba al hermano, y las miradas los unían. Así se consolaban mutuamente lo mejor que podían.

Derrama tu ira sobre las gentes que no te conocen y sobre los reinos que no invocan tu nombre.

Desde un rincón rogaban a Dios viendo al hermano ensangrentado que se arrastraba hacia ellos con su cuerpo deshecho, sin poder alcanzarlos.

—¡Jehová, Dios de las venganzas, Dios de las venganzas, muéstrate! — exclamaba el torturado, hasta que se quedó inmóvil, sin poder llegar a sus hermanos.

De pronto, como si aquellos judíos agonizantes hubiesen recobrado repentinamente las fuerzas, como si hubieran adquirido alas para elevarse en los aires sobre las cabezas de los torturadores, los monjes, los diablos, resonó en el sótano donde se desangraban los torturados en las máquinas infernales, en las prensas y horcas el siguiente cántico:

No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria; por tu misericordia, por tu verdad ¿Por qué dirán las gentes: Dónde está ahora

Dios? Y nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho. Sus ídolos son plata y oro, obra de manos de hombres.

Tienen boca, mas no hablarán; Tienen ojos, mas no verán; Orejas tienen, más no oirán; Tienen narices, mas no olerán; Manos tienen, mas no palparán; Tienen pies, mas no andarán; No hablarán con su garganta.

Como ellos son los que los hacen, cualquiera que en ellos confía.

Oh, Israel confía en Jehová; él es su ayuda y su escudo.

Era una canción irritante, una burla a su Dios, a su humano poder y a su vida toda. Sentían lástima de sus torturadores, que servían a dioses paganos de madera y de piedra, y se reían de ellos.

Los monjes enmascarados, con sus picas, se detuvieron asustados por los judíos que entonaban los Salmos. Parecían demonios, con sus instrumentos infernales, en aquellos sótanos terroríficos.

Suspendieron por un momento las torturas y pusieron a escuchar con temor el himno de los desdichados que cantaban las alabanzas a su Dios, bajo el espanto de las máquinas de tortura...

CAPITULO XV:

EL TRIUNFO DE LA FE

Cuando el Papa Pablo IV penetró en las cámaras de la Inquisición acompañado de su Gran Inquisidor, llegó a sus oídos el cántico que los judíos levantaban desde sus celdas de martirio; un cántico que se parecía al llanto y clamoreo de los mártires cristianos. Aquel cántico inspiraba gran temor a los monjes y esbirros de la Inquisición, que no atinaban a hacer nada, ni sabían cómo ahogarlo. El Papa detuvo sus pasos pesados ante el umbral de la cámara cerrada con portón de hierro, y prestó atención al cántico que subía por las escaleras férreas del sótano. Miró al Gran Inquisidor, a los cardenales y monjes que lo acompañaban malhumorados sin pronunciar palabra, escuchando en silencio.

—Son esos judíos, que dicen sus oraciones diabólicas en su idioma maldito. Es un idioma de hechicería que los preserva de las penurias y los insensibiliza al dolor de las torturas —intentó justificarse el Gran Inquisidor.

El Papa no hacía más que observarlo insistentemente, con una mirada que se insinuaba a través de sus párpados entrecerrados, entre la maraña de los pliegues de su rostro. Un íntimo temor se iba apoderando de él, enraizándose hondamente en su alma, porque asistía personalmente al triunfo de la fe. Por un minuto dudó de sus fuerzas, y los pálidos labios que se deformaban entre las arrugas de su semblante pronunciaron, como si fuese un bramido, las siguientes palabras:

—No; están cantando los Salmos.

Todos callaron. El Papa señaló el portón de hierro. Lo abrieron; se detuvo en el umbral y echó una ojeada a la celda de los martirios. Vio el montón de huesos ensangrentados que yacían en un charco de sangre, en un ángulo, junto al muro de piedra. Vio los cuerpos dispersos tirados por el suelo, arrastrándose el uno hacia el otro, sin poder alcanzarse. Vio los cuerpos que sobresalían de las cajas y jaulas candentes y de las prensas, y todo aquello cantaba. Las víctimas no le dirigían ni una mirada siquiera.

Atemorizados y temblando quedaron los inquisidores y los monjes con las máscaras negras, ocupados en la sangrienta tarea; la suspendieron por un minuto, y viendo al jefe de la Iglesia ante ellos, en el umbral de la entrada, cayeron de rodillas como los demonios ante un demonio superior.

Los martirizados no dejaron ni por un instante de cantar las alabanzas a su Dios. Ni prestaron la menor atención a aquél en cuyas manos estaba la suerte de sus vidas y de cuya palabra dependía la suspensión de sus torturas. Para ellos resultaba lo mismo que los martirizasen o no. Ellos no se encontraban en aquellos sótanos sangrientos.

Eran sus cuerpos ensangrentados los que allí estaban, pero sus almas elevábanse a Dios, con el ansia incontenible de extasiarse ante su presencia. Y era un ruego hecho canto:

*Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo:
¡Cuándo vendré, y pereceré delante de Dios!*

Y el representante de Cristo en la Tierra, el Jefe de los cristianos, Su Santidad el Papa Pablo IV, el tirano de la fe cristiana, comenzó a dudar de sí mismo, del Dios esculpido en plata que aprisionaba en la diestra. Miraba a los judíos triunfantes y se preguntaba:

—¿En qué consiste su poder? ¿Quién es aquél que los protege? ¿Qué es lo que ven en sus últimos instantes? ¿Quién les da esa fuerza para resistir las penurias y dolores del tormento, y para entonar salmos a su Dios desde las prensas de tortura? No, no es el poder del Demonio el que los afianza en la seguridad y la tranquilidad del triunfo... Es el poder de Dios...

Tuvo la impresión de que el Dios a quien él representaba, el Dios de la efigie atormentada que llevaba sobre su hábito rojo, el Dios que adoraran sus antecesores, su Dios ya no tenía ninguna fuerza, ningún poder sobre ellos. Y así como entonces se habían sobrepuesto a su resistencia física, tampoco pudo prevalecerse contra ellos, fuertes por sobre su fortaleza moral, fuertes por sobre su poder divino; él no podía prevalecerse en su contra... Y montó en impotente cólera.

«Pero tengo el poder de torturarlos, así como ellos torturaron al Señor —pensaba—. Soy su representante en la tierra. A mí me torturaron, a través de las generaciones, a través del tiempo, y yo tengo el poder de pagarles con la misma moneda por media de mi mano férrea, con el brazo flamígero de la Iglesia, yo, Pablo IV, el representante de Dios en la tierra, el Papa de todos los católicos, la suma autoridad de la Iglesia».

Levantó luego la cruz y la apretó con amor apasionado contra su pecho, como si estrechase a un niño martirizado e indefenso; la besó, y levantándola por encima de los inquisidores y de los monjes de las máscaras negras, se dirigió a ellos en voz alta:

—Fieles de la Iglesia, ejecutad la acción de la fe por la gloria de la Iglesia.

Y los bendijo en nombre de la cruz.

En otro cuarto, en una de las cámaras del sótano, en una celda donde solían encerrar a los más grandes infractores contra la Iglesia, estaba el ciego anciano Reb Jacob con su nieta Ifatah. La suprema aspiración del anciano era merecer la muerte de un mártir, considerada entre los cabalistas corifeos de Salomón Malco una concesión

que Dios dispensa a sus elegidos. Además, desde la muerte de Salomón Malco, cuyos devotos —entre los que se contaba también el ciego Reb Jacob— creían que resucitó tiempo después de su muerte, y desde la aparición del Santo Rabí José Karu, en la santa ciudad de Tyfas, que ejerció su influencia sobre los cabalistas del mundo entero, esperaba el anciano el advenimiento del día en que Dios lo eligiera para morir por la gloria de su nombre... Desde que lo encerraron en el sótano de la Inquisición, Reb Jacob se preparaba ya para el gran día. Purificaba su cuerpo. Casi no probaba bocado; manteníase sólo con agua, para no incurrir en suicidio, acción ésta que los judíos consideraban pecado de los más graves, cuya consumación deparaba la pérdida del cielo. Decía continuamente, en compañía de su nieta, versículos de los Salmos, hurgando en profundos problemas y mundos ocultos. El único rasgo de tristeza que se notaba en su gran alegría, era la preocupación de que los cristianos harían de su nieta un Dios, un ídolo. Temía que la dejaran vivir. Y muchas veces hablaba con ella al respecto.

—Tus antepasados, que alcanzaron el cielo dándose en holocausto por el nombre de Dios, no podrán permanecer tranquilos y se avergonzarán ante los demás consagrados y purificados.

Ella miraba al abuelo con sus grandes ojos empapados en lágrimas y besaba su mano delgada, sin decir palabra. El anciano la comprendía.

—Los antepasados en el Paraíso se alegrarán contigo, hija mía.

Y ambos, a la vez, volvían a cantar los Salmos:

Aunque ande en el valle de las sombras de la muerte, no temeré mal alguno porque Tú estarás conmigo.

Cuando anunciaron a Reb Jacob que el Santo Padre, el Papa en persona, venía a escucharlo y que le ordenaba que saliera de la celda, el anciano no dejó de cantar acompañado de su nieta; parecía como si ambos a la vez danzaran alegremente.

Y tomándola de la mano, salió de la celda y se dirigió, conducido por ella, hacia el estrado del Papa, sin silenciar su canto en voz bien alta, acompañado por la voz de Ifatah:

Jehová es mi luz y mi salvación:

¿de quién temeré?

Jehová es la fortaleza de mi vida,

¿de quién he de atemorizarme?

En la cámara del tribunal de la Inquisición estaba sentado sobre un trono escarlata el representante de Cristo, el Papa Pablo IV, con su alto birrete y su toga de terciopelo

rojo, ante algunas velas encendidas, también rojas, en candelabros de oro, rodeado de su cortejo de cardenales, de altos funcionarios de la Iglesia y otras personalidades de la Inquisición. Cerca del trono aparecía el alto y fuerte cardenal Michaelo Ghislieri, el Gran Inquisidor, envuelto en su manto de terciopelo escarlata, con su rojo gorro cardenalicio colocado sobre su testa prominente. A ambos lados del recinto se alineaban los clérigos y monjes que servían a la Inquisición, vestidos de negro, con los capuchones oscuros sobre la cabeza y el rostro cubierto con antifaces, sosteniendo rojas velas encendidas. Muchos de ellos ostentaban, pinturas blancas sobre sus capas negras, calaveras que parecían haber saltado de la tumba con su aspecto terrorífico. Entre ambas filas caminaba el ciego Reb Jacob, guiado por su nieta Ifatah; sus pasos eran serenos, firmes e imponentes; tampoco parecía dar importancia ni a los monjes ni a las velas encendidas que llevaban, como si a nadie presintiera, como si nadie se encontrara en aquella sala del Tribunal. Y acompañado de la muchacha, cantaba con voz sonora los pasajes de los Salmos.

*Aunque se asiente campo contra mí, no temerá mi corazón:
Aunque contra mí se levante guerra, yo en esto confío.*

Los monjes y sacerdotes vieron que ella, la que conocían también a través del cuadro sagrado «La Madona del Amor», ante quien se arrodillaban, cuya efigie llevaban pendiente del cuello con cadenas de oro y cuyo rostro besaban al pronunciar sus afiebradas oraciones al acostarse y al levantarse, estaba allí, con sus grandes ojos rogativos que miraban con dolor y amor, y su pequeña boca contraída en un mohín de llanto; era ella misma, en su propia corporización divina, con su largo vestido celeste, descalza, y la larga cabellera despeinada, con la blanca y suave mano infantil aprisionada por la del abuelo anciano y ciego, de lengua y blanca barba y alta frente arrugada. ¿No parecía acaso la «Madre de la Misericordia» que conduce con la mano el dolor del mundo por el camino de la eternidad? Allí, bañada por la luz rojiza, entre las filas de rojas velas encendidas, guiando silenciosa, cadenciosamente al anciano, recordaba más aún a la «Santa Madre» y a sus representación pictórica. A su paso se atemorizaban los monjes, los clérigos y los frailes, poseídos de una profunda devoción. Los monjes, sin poder dominarse, doblaron las cabezas y se arrodillaron ante ella, persignándose con una profunda angustia preñada de miedo. El mismo Papa, observando los semblantes de los cardenales, levantó la cruz de plata, que colgaba de su pecho, llevándola sobre la cabeza de los cardenales, de los monjes y de todos los asistentes, como si ello hubiese querido disipar el temor de que estaban poseídos.

Pero Ifatah ni siquiera los miraba, caminando con pasos silenciosos, majestuosamente, como si ensayara una danza rítmica, sin dejar de cantar los Salmos,

acompañaba al abuelo ciego. Cuando se acercaron al trono del Papa, reinaba un profundo silencio en la sala del Tribunal.

—¿Quién eres, anciano, y cuál es tu nombre? —preguntóle el Papa.

—Mi nombre es Jacob Médiga, y desciendo de la familia de los Abarbanel, que fue arrojada, juntamente con todos los judíos, de España, la patria de sus antepasados. Desde entonces peregrinaron y se dispersaron por el mundo —contestóle el anciano.

La sala estaba sumida en un silencio absoluto. Se oía solamente el chisporroteo de las velas y el correr de las plumas sobre el pergamino enrollado, donde los dos escribas del Santo Tribunal tomaban anotaciones de todo lo que decía el judío.

—¿Y quién es esta «Donna» que te acompaña en tu camino? —volvió a preguntarle el Papa.

El ciego extendió la mano para tomar la de Ifatah, y abriendo la boca desdentada, contestó:

—Es mi nieta Ifatah, hija de mi hijo José Médiga, a quien Dios ungió con la condición de víctima predilecta y fue quemado por los inquisidores de Lisboa, por la gloria del Dios Único, Creador de los cielos y de la tierra, y por la exaltación de nuestra fe, que es la fe de nuestro Dios único y eterno.

Los cardenales palidecieron, mirándose unos a otros; pero el Papa prosiguió:

—Anciano, la Santa Inquisición te acusa de haber conjurado, junto con los rabinos, por medio de la fuerza del idioma oculto de vuestros libros hechiceros, conocidos sólo por ti y los tuyos, al Santo Espíritu de nuestra doncella, la Virgen Madre de Jesús, para que ella en su divina forma descienda de su trono celestial. Vosotros la tenéis, pues, en vuestro «ghetto», en un lugar apartado y seguro de la sinagoga, para que os proteja de los cristianos. Y tú has obligado, por medio de tu poder de hechicería, al Espíritu de Nuestra Madre Bendita, la Virgen Madre de Jesús, para que te salvara de la inundación y de las manos de los cristianos en este último Carnaval. También ahora la obligas por la fuerza de tu brujería a que permanezca a tu lado y te proteja. ¿Confiesas tu pecado, judío?

Reb Jacob permaneció largo rato silencioso. Entreabrió los ojos apagados, como si quisiera ver. Le impulsaba el deseo de decir la misma oración de Sansón: «Que sólo una vez más Dios concediera fuerza a sus ojos para ver, que sólo una vez pudiera ver al Padre de todos los cristianos y mirarle bien en la cara». Pero sus ojos estaban ciegos para la luz del mundo. Esa vez sólo veía en lo hondo de su ser la claridad celestial de la verdad que ardía en su corazón, y la gran justicia de su causa; y de su corazón se levantaba una oración a Dios, a aquel Dios único y eterno por el cual estaba dispuesto a dejar esta vida. Tomó la mano de la nieta entre las suyas y comenzó a cantar junto con ella, en voz alta:

Jehová es mi luz y mi salvación, ¿de quién temeré?

*Jehová es la fortaleza de mi vida:
¿de quién he de atemorizarme?*

—Judío, ¿no me contestas? ¡El Santo Tribunal espera tu respuesta, judío!

—¿Este es el pecado por el cual atormentas a aquellos inocentes en las cámaras de las torturas? —rugía el anciano—. ¡Ay, de vosotros! ¿A quién rendís culto? ¿A un Dios a quien se puede hechizar? ¿A quien se puede conjurar por medio de palabras? ¿A quien se puede dominar? ¡Abrid vuestros ojos y ved al Dios único y eterno de la tierra y de los cielos! No, éste no es vuestro Dios —indicó el anciano, señalando a su nieta—, es sólo una pobre muchacha judía, perseguida y escarnecida, como todos nosotros, por la única fe de sus padres.

Nuevamente reinó en la gran sala un prolongado silencio, y pálidos, se miraron los cardenales unos a otros. Entonces, el Papa se levantó del trono, tomó la cruz, y dijo:

—Judío, por segunda vez has ofendido ya a la Iglesia y a sus dogmas sagrados, en presencia del Alto Tribunal. Pero la Iglesia es misericordiosa y paciente como una madre que abre ampliamente los brazos para recibir a sus hijos extraviados. Escucha el llamado de nuestra madre, la Santa Iglesia —decía el Papa, mientras descendía de su trono con la cruz en la mano y la aproximaba al rostro del judío—. Delante de tus ojos ciegos, tengo en mi mano la claridad de todo el Universo, la cruz de Dios. Siéntela en tu corazón, dobla tus rodillas, para que tu alma pecadora, que repudia a Dios, sea absuelta y recibida en el reino celeste.

El judío sintió la cruz de plata cerca de su rostro, y el olor del incienso al respirar. Con viva contrariedad apartó la primera con las manos y exclamó:

—¿Ante quién prosternarme? ¿A quién rogar? ¿A quién adorar? ¿A un trozo de plata, fundido por el fuego y cincelado por el martillo de un platero, a un trozo de plata que se puede comprar por dinero, vender por dinero y hasta empeñarlo?

—Judío, te ordeno nuevamente que te arrodilles ante este símbolo, por los dolores que ha soportado por ti, por mí, por nuestros pecados —y el Papa le acercaba nuevamente la cruz.

—¿Ante un hombre a quien crucificaron? ¿Ante un hombre a quien torturaron? ¿Ante él quieres que me arrodille? Puedo sentir por él solamente compasión, lamentar su suerte, pero, ¿adorarlo? —añadió el ciego con una sonrisa, en el idioma de Castilla.

El rostro del Papa enrojeció, sus arrugas se movían como un océano agitado. Perdida ya la paciencia paternal con que había impresionado al tribunal, se dirigió con voz amenazadora:

—Judío, los brazos de la Iglesia alcanzan muy lejos y queman como tenazas candentes —y acercaba nuevamente la cruz al rostro del judío.

—¡Está bien, Santo Padre! Ese es tu idioma. Pero di mejor: «Adórame, arrodíllate ante mí, suplicame». Tú eres el Dios de todos los católicos, porque eres más poderoso que Él, eres más fuerte que Él! ¡Tú puedes aplastar a aquellos que se rebelan contra ti!

La cruz temblábale en las manos. El Papa enrojeció y los pliegues de su rostro se inflamaron. El judío había expresado aquello que llevaba muy hondo en su corazón y que temía pensar. De pronto, golpeó el rostro del judío con la cruz que esgrimía en la diestra, ahogando su voz. Gotas de sangre rodaron entonces sobre su superficie y cayeron sobre la pequeña imagen de Jesús.

Al ciego Reb Jacob se le doblaron las rodillas y pareció vacilar. Pero permaneció firme sobre sus pies. Y bañada su cara de sangre, pronunció unas frases de los Salmos, silenciosamente:

*Porque por amor de ti he sufrido afrenta:
Confusión ha cubierto mi rostro.*

Y cuando los monjes de la Inquisición, a una señal del Gran Inquisidor, condujeron al anciano hacia las cámaras de las torturas, se oyó un cantar:

*Jehová es mi luz y mi salvación:
¿de quién temeré?
Jehová es la fortaleza de mi vida:
¿de quién he de atemorizarme?*

Ifatah hizo un movimiento para seguir al abuelo. Extendió hacia él sus brazos, pero el Papa se interpuso en su camino. Acercándole la cruz, exclamó:

—En nombre de Dios, del Hijo y el Espíritu Santo, dime, ¿quién eres?

Ifatah permaneció mirándolo fijamente. De sus ojos brotaron dos grandes lágrimas semejantes a dos perlas, que quedaron suspensas sobre sus pestañas inferiores. El Papa no pudo soportar aquella mirada. El dolor que expresaba lo conmovía. Acercó aún más la ensangrentada cruz a su rostro y exclamó:

—Si tú eres el espíritu de Nuestra Señora, Madre de tu Hijo, arrodíllate ante Él, inclínate ante sus sufrimientos. Si no lo haces, será señal de que has robado la fisonomía de Nuestra Señora y la llevas, valiéndote del poder impío de tu brujería, para engañar a nuestros corazones.

Las dos grandes lágrimas que habían quedado entre sus pestañas rodaron por sus mejillas y se detuvieron en las comisuras de su pequeña boca. El crucifijo volvió a temblar en la mano del Papa. Su corazón se agitaba y no podía soportar aquella mirada.

—¡El fuego comprobará quién eres! Si eres nuestra Señora, el fuego no dejará en tu cuerpo señal alguna, como en los santos; si la deja, significará que por medio de hechicerías te has investido de la figura de Nuestra Santa Madre —díjole el Papa.

En los labios rogativos de Ifatah se insinuó una leve sonrisa. Nadie supo lo que significaba. Parecía que lloraba con una sonrisa y que sonreía con lágrimas...

En todas las iglesias de Roma se practicaban misas. De Roma se enviaban bulas a todo el mundo católico, disponiendo que el día de San Pablo se declarara festivo, y que se practicaran oraciones especiales de alabanzas y rogativas en todas las iglesias. Además se ordenó desde Roma que todos los templos se engalanasen con las divisas de la Iglesia y con los cuadros sagrados, y que se realizasen procesiones. Los escribas de la Iglesia anotaron en las crónicas de la Santa Iglesia, a fin de que se perpetuase a través de las generaciones, el gran milagro que había llevado a cabo el Papa Pablo IV luchando con Satanás, aparecido en la forma de la Santa Madre, hasta vencerlo después de ardua lucha con la sangre de Cristo, que apareció en la cruz que el Papa llevaba en la mano.

CAPITULO XVI:

EL AUTO DE FE

En todos los sitios donde se reunía el pueblo de Roma, en las iglesias durante las misas y en todas las plazas públicas, con muchas semanas de anticipación los heraldos anunciaban, con sus largas trompetas de plata, que en la próxima gran fiesta de la Iglesia, «el jueves verde», iba a tener lugar en el «Campo de Fiarra», donde desde tiempo atrás se incineraban textos sagrados y almas judías, un gran «auto de fe». La temible hechicera de Castilla, la que por arte de la brujería tomara la figura de la Santa Madre, tal como aparece en el cuadro «La Madona del Amor», que se halla en la iglesia del «Sagrado Corazón», sería llevada públicamente a la hoguera para comprobar por medio del fuego si era en verdad la Santa Madre, o, como afirmaban los inquisidores, una hechicera.

El «jueves verde» apareció sobre el Tíber un sol rojo y ardiente como un manojo de resina en combustión, y desde el amanecer daba un calor húmedo y pesado, que saturaba la atmósfera y producía un ambiente de bochorno en las calles de Roma, inflamando el espacio celeste. Desde la madrugada se oía un angustioso y horrísono tañer de campanas en todas las iglesias. Aquello parecía como si las campanadas avivasen el ardor del sol y acrecentaran sus llamas, azuzando las lenguas de fuego al punto de tornar asfixiante la atmósfera de Roma.

Desde el amanecer, las calles, los lugares de reunión y las plazas públicas íbanse llenando de gentes, de caballos, vacas y otras tantas criaturas vivientes. Desde cerca y desde lejos, desde todos los sitios donde se conocía la leyenda de la «Hechicera de Castilla», investida de la figura de la Santa Madre, venían las gentes para presenciar la gran fiesta del fuego, y ver cómo la hechicera salía ilesa de la prueba. Llegaban por todos los caminos y empleaban todos los medios de locomoción: quién a caballo, quién en asno, quién en mula y quién a pie, desde Ferrara y Florencia. Los marineros de Alcani llegaban por el Tíber en veleros empavesados. Roma no tenía espacio para ampararlos bajo techo; por eso permanecían con sus animales en las calles, levantaban carpas de colores en las plazas, ocupaban las blancas escalinatas de mármol de las iglesias, en la plaza de San Pedro, ante la iglesia del mismo nombre. Ante los estrados de mármol que levantara Miguel Ángel descansaban decenas de miles de hombres, con sus mujeres e hijos, con sus asnos y camellos, levantando allí sus carpas. Roma se había hecho tan estrecha, tan sucia e incómoda, que los aristócratas y los cortesanos abandonaron la ciudad durante el día de la gran fiesta, sin poder resistir el aire corrompido por las emanaciones del sudor y el mal olor del populacho que la había invadido.

En el «Campo de Fiarra», donde tenía que practicarse el auto de fe, hacía varios días que se entablaban verdaderas luchas y querellas para ocupar cada cual el mejor lugar. En la mañana del «jueves verde», la playa estaba de tal forma atestada de hombres, mujeres, niños, vehículos y carpas, que a duras penas pudieron los monjes de la Inquisición colocar, cerca de la pira sobre la cual debía ser quemada la hechicera, dos palcos cubiertos con doseles de terciopelo rojo, uno de ellos destinado para el Papa con su cortejo y el otro para el Gran Inquisidor con el Alto Tribunal. Cada uno de los que se encontraban en la plaza, ante la pira, había pasado varias noches sin dormir para cuidar sus lugares. Los monjes se veían obligados a emplear látigos de alambre, picas y fustas para castigar al populacho y preparar los sitios para el Papa y el Alto Tribunal. La playa donde debía tener lugar la fogata se convirtió en una feria anual. El pueblo, al permanecer en aquel lugar durante varios días y noches, necesitaba, naturalmente, proveerse de alimentos. Acudieron vendedores ambulantes, se instalaron restaurantes, cantinas, etcétera. Por encima de las cabezas del pueblo se elevaba un humo denso que salía de las cocinas improvisadas, colocadas en pequeños vehículos, donde se vendían alimentos calientes. Curanderos con sus altos gorros que ostentaban dibujos de signos astronómicos, y sus largos mantos con estrellas y cometas, parados sobre sus carretillas, pregonaban en rima la fuerza de su magia, que podía devolver con el agua hechizada a la mustia epidermis de una mujer, el vivo color rosa primitivo, que podía rejuvenecer a los ancianos, convertir, con pinturas, al moreno en rubio, en negro al blanco, extraer muelas enfermas, curar el dolor de estómago y el mal de ojo. Fueron rodeados principalmente por mujeres morenas que se hacían rubias, siguiendo el capricho de la moda. Tampoco faltaron a esta gran fiesta de la fe las rameras, que levantaron entre el populacho sus tiendas con la entrada de acceso engalanada con guirnaldas de rosas rojas y, como distintivo de su profesión, el retrato de Santa Magdalena, con sus rizos de oro despeinados, de la Santa protectora de las mujeres de mala vida, la prostituta oficial de la Iglesia...

En medio del populacho turbulento y revuelto que apestaba a comidas picantes, a vino agrio, al perfume barato de las rameras, a flores deshechas y a transpiración, había un espacio cuadrado y cercado para el túmulo donde sería quemada la hechicera de Castilla. Cerca del túmulo se habían colocado, como ya se ha dicho, los dos palcos con sus doseles de terciopelo rojo, uno de ellos destinados para el Papa con su cortejo, y el otro para el Gran Inquisidor con su Alto Tribunal, que los monjes consiguieron ubicar a duras penas entre el pueblo apretujado. Todo aquello, los palcos y el túmulo, aparecía repleto de público y guardado por los monjes cubiertos de negro de pies a cabeza. El túmulo estaba construido en forma de pirámide, que consistía exclusivamente en textos y manuscritos judaicos...

De todas las provincias de Italia se recolectaron libros hebreos, se allanaron y requisaron las sinagogas, se secuestraron valiosas bibliotecas privadas, herencias de

generaciones que les eran más caras que todos sus tesoros; trajéronlos de la Diáspora española, de la Diáspora portuguesa y de las libres y tolerantes provincias italianas de entonces, donde los judíos se habían radicado; se allanaron las imprentas judías que tan pronto se habían propagado en las provincias de Italia, imprimiendo libros hebreos; todo fue entregado a los inquisidores. En la fiesta del «auto de fe», la hechicera debía quemarse junto con los libros embrujados. Más de una vez habían quemado libros hebreos, pero nunca la pira había sido tan grande y tan valiosa como esa vez.

A toda Italia, y especialmente a Roma, trajeron los judíos sus tesoros, que consistían en raros manuscritos y valiosos incunables, para protegerlos del fuego de España y Portugal. En las ciudades de Ferrara y Mantua, donde se fundaron las primeras imprentas de libros hebreos, se encontraban los viejos y preciosos manuscritos, de los cuales se imprimieron los primeros ejemplares del «Génesis» y de la «Guemara». Todo eso fue utilizado por la Inquisición para levantar la pirámide de papel sobre la cual debía quemarse a la hechicera de Castilla. Había en aquella pirámide de libros manuscritos de la «Guemara» en papiro; ejemplares que provenían de las Academias de Pamplona; ejemplares del «Génesis», escritos por escribas judíos para los notables de Babilonia; había textos de Maimónides, escritos de su puño y letra; poesías y poemas de los poetas judíos más grandes de España. Había además primeras ediciones de la «Guemara», de «Iad Jazokah», de tratados sobre la moral y otros textos de filosofía que editaron las imprentas primitivas fundadas por el sabio cristiano Rose, en Mantua y en Ferrara; primeros ejemplares de la última edición de lujo de la familia Chansina de Rímimi; ejemplares de incomparable belleza de la famosa editorial del cristiano Daniel Bombery, de Venecia; ediciones de «Guemara» y libros de oraciones que imprimía para los judíos el Cardenal Madruzzi, asociado con el gran rabino José Atalenghi, en Riva de Trento; cartas en pergamino que escribían los notables de Babilonia a los judíos de los países eslavos, los lejanos países de los eslavos y los tártaros; lamentaciones, canciones litúrgicas, poemas y canciones de los judíos ribereños del Rhin sobre las primeras Cruzadas, tratados científicos de matemáticas, de astronomía, de medicina y de moral, y manuscritos cabalísticos, redactados por viejos judíos españoles, cuando su ciencia florecía bajo el dominio de la cultura árabe.

Por las calles del «ghetto» no aparecía ni un alma, y las puertas y ventanas permanecían herméticamente cerradas. En las calles, cámaras y cuartos ocultos, yacían mayores y chicos, hombres y mujeres, y su llanto y su alarma elevábanse al cielo porque iban a sacrificar a un ser, iban a inmolar a una virgen junto con sus libros sagrados.

A la hora señalada por el gran astrónomo de la Iglesia, de acuerdo con sus observaciones astrales, se dirigía el cortejo de inquisidores conduciendo a la

hechicera de Castilla desde la Iglesia de Santa Angélica al «Campo de Fiarra», donde la pirámide de libros ya estaba preparada. La Iglesia exhibió ante el pueblo todo su brillo y su esplendor: la apoteosis de su triunfo y el poder de su fe, bajo el sol glorioso que presidía la procesión.

Una turba de fogoneros y deshollinadores, vestidos de negro, abrieron la marcha, privilegio que les correspondía por derecho propio, puesto que abastecían de combustible para el fuego de la Inquisición. Llevaban antorchas, con las cuales prenderían el túmulo. Tras ellos iban los dominicos, que habían sacado, una tras otra, las sagradas efigies de las iglesias de Roma, cuyos milagros eran famosos entre los fieles. Cada una de ellas tenía su nombre y sus corifeos, como si se hubiera tratado de un gobernante vivo que tuviera sus favoritos; una protegía exclusivamente a los comerciantes en vinos, otra a los tintoreros, la tercera a las prostitutas, la cuarta a los panaderos, y cada vez que alguien divisaba la efigie que protegía especialmente su profesión, caía de rodillas y exclamaba: «¡Que viva la fe!».

Tras los monjes iban los penitentes, vestidos con sambenitos y cotas de malla cortantes. Eran ellos marranos y cristianos a quienes acusaban de practicar el judaísmo, y no pudiendo soportar las penurias de las torturas inquisitoriales, confesaban su pecado. La Iglesia los condenó a encierro de pan y agua, durante muchos años, en los húmedos sótanos de la Inquisición; allí permanecieron solitarios, ayunando semanas enteras, e infiriéndose tormentos inauditos para purgar sus pecados. En oportunidad de las procesiones de la Inquisición, solían sacarlos de los sótanos y exhibirlos ante el mundo, como prueba del gran triunfo de la Iglesia.

Iban uno tras otro, o eran conducidos por los monjes en angarillas o sobre pequeños vehículos, porque sus órganos habían quedado deshechos por las prensas de tortura. Era la procesión de la Iglesia; sombras de gentes, de rostros martirizados y demacrados, vestidos no como los demás, sino como demonios en sus largas túnicas de penitentes, los sambenitos. Sobre estas túnicas llevaban inscritos los pecados cometidos y dibujos de demonios, malos espíritus y hechiceras, con los que se decía que esa gente mantenía relaciones. Llevaban velas encendidas, como si caminaran hacia un encuentro con la muerte. Algunos de ellos habían perdido la razón, a fuerza de tantas penurias y de largas soledades en los sótanos oscuros. Iban atados con gruesas cadenas, de las cuales los conducían los monjes. Otros estaban ya idiotizados, y sonreían alegremente con sus ojos enfermos y salvajes, en medio de la confusión del pueblo multicolor que llenaba las calles, las ventanas y balcones, por donde pasaba la procesión. Otros penitentes, con camisas que ostentaban fantásticos diseños, echaban a correr, saliéndose de las filas, y caían a los pies del pueblo para que éste los castigase por sus pecados. Los penitentes repetían este acto cada vez que se los sacaba de las prisiones y los mostraban ante el pueblo. Este los castigaba y los pisoteaba. Las mujeres les escupían en la cara y ellos, con sus miradas y sus sonrisas

idiotizadas, agradecían todo aquello. Otros iban indiferentes, rígidos como estatuas, altos y flacos, ataviados con los consabidos sambenitos, los pies ensangrentados, la cabellera hirsuta y revuelta y los fríos ojos mortecinos. Así iban, con velas encendidas, como si caminasen tranquilos hacia la muerte.

Otros eran conducidos en ataúdes abiertos, por dominicos ataviados de negro. Los penitentes iban así con los semblantes desencajados, llevando velas encendidas. Gran temor inspiraban al pueblo aquellos cadáveres vivientes. Algunos se arrodillaban, hacían la señal de la cruz y rogaban a Dios para que los protegiese y preservase de la tentación de caer en el pecado de practicar la religión judaica.

La marcha de los penitentes era un motivo de orgullo para la Iglesia. Era el triunfo de la cristiandad; las velas fúnebres en manos de los penitentes, iluminaban la justicia y la verdad de la Iglesia Católica.

Después iba ella, Ifatah. Delante, las monjas de la Iglesia del «Sagrado Corazón» llevaban el cuadro de la «Madona del Amor»; inmediatamente las seguía, con pasos firmes y majestuosos, en su vestido de terciopelo celeste, descalza y con los cabellos lacios, la hechicera de Castilla. No podía saberse quién era la verdadera «Madona del Amor», si la del cuadro sagrado o la que lo seguía. Ambas se parecían como dos gotas de agua, con la sola diferencia que la «Madona del Amor» en el cuadro sagrado parecía elevarse en el aire por encima del globo terrestre, y su cuerpo desnudo y cristalino comenzaba a surgir, como el sol entre las nubes, del manto de terciopelo celeste que se iba deslizando de sus hombros; mientras que la otra iba envuelta en su vestido y sólo dejaba ver sus pies desnudos; pero su caminar parecía tan etéreo como la del cuadro. Pero el pueblo sentía más temor y respeto por aquella «Santa Madre» en su vestidura, que por la desnuda de la pintura. El pueblo no pudo soportar su mirada, y rehuyó temerosamente contemplarla de cerca. Su rostro, entre todos los cuadros sagrados, parecía ya más divino, más sagrado, más celestial que la figura del cuadro. Miraba con tal sentimiento de misericordia, que parecía abrazar a toda la muchedumbre para estrecharla fuertemente contra su corazón. Parecía mirar a cada cual por separado, conocer su suerte, afligirse y llorar por él.

En un instante dado, parte del pueblo dejóse caer de rodillas; con los rostros en tierra, muchos cristianos se persignaron, y oraron en la profundidad de sus corazones... Después se comentaba que había hechizado para el resto de sus días a todo aquel que la había mirado. La veían ante sus ojos durante las operaciones, la adoraban y dedicábanle sus rezos durante toda su existencia.

Cuando la procesión llegó al «Campo de Fiarra», el Papa con su cortejo y el Gran Inquisidor con el Santo Tribunal estaban ya ubicados en los palcos, bajo los doseles rojos. El pueblo que llenaba la plaza permaneció temeroso y quieto, como si estuviera en presencia de la misma Divinidad. Los dominicos se colocaron con sus cuadros sagrados alrededor del Papa y el Santo Tribunal; las monjas del «Sagrado Corazón»

se acercaron al túmulo con el cuadro «La Madona del Amor», y lo levantaron lo más alto posible, para que el pueblo pudiese ver la figura de aquella que debía ser quemada inmediatamente. Pero el pueblo no quiso mirar a la hechicera inerte, sino a la viva, y se agitaba con cada movimiento de aquella imagen tan conocida y divinizada. El pueblo veía como un milagro, como una hechicería inexplicable, el hecho de que el cuadro vivo que seguía al inanimado pudiese caminar, moverse y respirar como todos los seres vivos.

—¡Ved, ved cómo camina, parece que no tocara la tierra con los pies!

—¡Esto lo hace con hechicería!

—¡Llora! ¡Ved las lágrimas de sus ojos!

—No, sonrío; sus ojos sonrían con una sonrisa húmeda...

—¡Siempre se mueven sus labios en el cuadro! ¡Ved cómo los labios de la «Santa Madre» se mueven!

—¿Ves tú cómo lloran los ojos de Nuestra Santa Madre? Igual que los ojos de Ella, y con todo sonrían entre las lágrimas, exactamente como los ojos de ésta.

—¡No la miréis, que aún puede hechizarnos! —terció una mujer.

—¡Hace tanto bien la contemplación de su rostro, y, sin embargo, su cuerpo será pasto de las llamas! ¡Es una lástima!

—¡El cuerpo, la cara, los cabellos, que todo en conjunto se queme!

—¡Estáis hechizados! Ella os ha hechizado, porque habéis mirado demasiado tiempo su rostro.

—Ella hechizará a todos, aun a las mismas llamas.

—¿No será acaso una visión celestial? ¿Quizás una figura sobrehumana?

—Eso nos lo comprobarán las llamas; si es una visión celestial, no dejarán en su cuerpo señal alguna.

Cuando Ifatah subió a la pira de libros, se quedó de pie sobre la cúspide; echó la cabeza hacia atrás, y entonces aumentó más aún su semejanza con la figura del cuadro sagrado. Parecía no ver lo que pasaba a su derredor. Con su cabeza airosa, daba la impresión de que en un momento dado levantaría los brazos, desplegándolos, y se elevaría al cielo, dejando caer sobre el fuego su vestido de terciopelo celeste — exactamente como en el cuadro. El pueblo, atemorizado, enmudeció como en la iglesia durante la misa. De todas partes alzaronse brazos, no al cuadro sagrado que las monjas mantenían en alto, sino a la verdadera, a la viva, a la que respiraba y se movía, a la «Santa Madre», que estaba sobre el túmulo de los libros sagrados, la cabeza echada hacia atrás, el rostro hacia el cielo, la mirada cargada de misericordia, envolviendo al mundo en su dolor.

Parecía que el pueblo enfurecido iba a saltar de un instante a otro para salvar de las llamas a la «Santa Madre».

La muchedumbre, tranquilizada, permaneció en un silencio tal que se podía oír su

respiración agitada, como de fiera enfurecida; levantóse entonces de su palco el Gran Inquisidor y pasó al del Papa; paróse sobre el escabel de su estrado, extrajo el protocolo y leyó los agravios de que la inculpaban y la sentencia del Santo Tribunal de la Inquisición recaída sobre la hechicera de Castilla, como ya todos la llamaban.

—¡Escucha, ser mortal! —dijo el cardenal dirigiéndose en voz alta y grave a Ifatah—. El Santo Tribunal te acusa de que has tomado la figura de Nuestra Sagrada Señora, la Santa Madre, tal como aparece en el cuadro «La Madona del Amor» que se encuentra en la iglesia de las hijas purísimas del «Sagrado Corazón», valiéndote de la brujería de los impuros libros hebreos que serán quemados contigo por la gloria de Dios y de su Iglesia. El Santo Tribunal te acusa de haber plasmado su divino rostro sobre tu semblante impuro, para descarriar a los fieles del cristianismo, y de haber aparecido en dos ocasiones con la figura de la Madre de Dios: el día de la inundación del «ghetto» y el día del Carnaval, para salvar a tus infieles hermanos del furor justiciero del pueblo. Ahora también, en los últimos instantes de tu vida hereje, te presentas como si fueras la «Santa Madre», para inspirar temor al pueblo cristiano, y dejar sin cumplimiento tu merecida pena. El Alto Tribunal te condena, por lo tanto, a ser arrojada al fuego para que demuestres por este medio tu inocencia. ¿Eres un ser sobrehumano? Muéstranos en ese caso tu poder de desechar el fuego que se cierne a tu alrededor, así como lo hicieron los Santos de la Iglesia antes de ti.

El cardenal dejó de leer. El pueblo siguió mudo, mirando con angustia a Ifatah, que estaba allí, emergiendo prodigiosamente, como si volara por encima del túmulo. Sólo su envoltura corporal estaba allí, pero su espíritu estaba en otra parte, muy lejos de allí.

Las monjas aproximáronse más aún, y alzaron el cuadro sagrado por encima de sus cabezas, mostrándolo al pueblo.

El cardenal Michaelo Ghislieri, el Gran Inquisidor, comenzó en un instante dado a exclamar con voz temblorosa:

—¡Oh, pecadora, devuélvenos a Nuestra Santa Señora bendita, la Santa Madre —y señalaba el cuadro que las monjas sostenían ante él—; devuélvenos su semblante que has robado con tu brujería, y que llevas sobre tu cuerpo impuro! ¡Oh, pecadora, no martirices a la Santa Señora! ¡Mira cómo sufre, cómo manan las lágrimas de sus ojos —y volvía a señalar el cuadro que sostenían las monjas—, todo porque has robado su apariencia, y la llevas con el propósito de descarriar a las gentes para hacerlas caer en la red del pecado! No martirices a nuestra Señora Bendita; despójate de su sagrado semblante, y déjalo alzar el vuelo como un ángel; como una nube déjala ascender hacia el cielo, hacia la morada del Hijo Bienamado, de Jesús. Que no se queme junto a tu cuerpo impuro. Ten compasión y devuelve a la Santa Madre su figura...

Las monjas enjugábanse las lágrimas con el forro de sus mangas negras, y con sus

pañuelos bordados secábanle las «lágrimas» a la Santa Madre del cuadro. El pueblo se conmovió hasta el extremo de querer arrojarse sobre la pira, contra la hechicera, y «desvestirla» por la fuerza, de aquella figura, para devolverla al cuadro.

Otros miraban ansiosamente, esperando con agitada impaciencia que cediese ante las súplicas del Gran Inquisidor, «desvistiéndose» de la figura de la Santa Madre, que volaría al cielo, apareciendo la verdadera hechicera, de cuernos y con un solo ojo en la frente. Pero la hechicera permanecía sobre la pira, como si flotara sobre los textos sagrados que la rodeaban. Echada hacia atrás la cabeza, Ifatah tenía los ojos cerrados, como era costumbre de todos los mártires judíos, para no ver el rostro de los malvados en los instantes de la muerte sagrada. Así lo estatúa un precepto riguroso; y así lo habían hecho todos aquellos que fueron sacrificados antes de ella por el nombre de Dios.

El pueblo, agitado, permanecía a la expectativa de lo que iba a ocurrir. En un instante dado se vio que el Papa se levantaba de su trono; luego descendió de él, apoyado en el hombro de los cardenales, y dos monjes vestidos de negro le alcanzaron dos negras antorchas encendidas. El Papa tomólas y acercóse a la pirámide de libros; cuando se inflamó la pira, el pueblo lanzó unánimemente un grito:

—¡Se quema la pira!

Asustados y pálidos, las aletas de la nariz temblorosas y el corazón agitado, aquella ola monstruosa de cabezas se convirtió en una sola cabeza que observaba con temor lo que iba a pasar.

A pesar de que el túmulo estaba empapado de resina y betún, el fuego iba tomando cuerpo lentamente y tardaba en propagarse. Y cuando ya los libros iban quemándose, aquellos cuyas hojas eran de pergamino y cuyas encuadernaciones eran de hierro, de las ediciones antiguas, lucharon aún con el fuego y no se rindieron. Una vez dominada toda la materia inflamable, se produjo un estallido como de fiera hambrienta arrojándose sobre su presa, y comenzó a estirar desenfadadamente sus desnudas lenguas de fuego, a lo alto, hacia aquel ser de la hoguera. En ese instante un viento empezó a soplar y alejó las llamas de la víctima. Durante un instante pareció que una mano oculta retuviese el fuego por su penacho flamígero como la melena encendida de un perro rabioso, y retirase sus rojas garras de aquel ser viviente. El pueblo, que observaba todo aquello con agitada vacilación y temor en los ojos, se estremeció; palidieron las monjas, atemorizáronse los cardenales, y por todas partes se oyeron exclamaciones: «¡Un milagro! ¡Un milagro!»

Pero, de pronto, el fuego dio un chirrido, como un grito, dominó la mano oculta que alejaba las llamas del cuerpo de la víctima, y el espectro de fuego quedó libre.

Al principio estiró la roja lengua, y lamió con pasión los descalzos pies de la virgen; un chasquido denotó su intensa alegría.

Inmediatamente después lanzóse sobre la muchacha, y profiriendo un grito,

devoró su vestido de terciopelo dejando al desnudo el cuerpo escultural y primoroso.

El fuego se detuvo por un instante, como si hubiera querido regodearse en la diafanidad de aquel cuerpo joven que iba a devorar. Y el pueblo, exaltado, unió su grito al grito del fuego, ante la presencia de aquel cuerpo desnudo. Entonces vióse, por un momento, que aquel ser, vivo aún, recobró con la mano su vestido envuelto en llamas y cubrió su cuerpo. En ese instante se oyó que Ifatah pronunciaba en voz muy alta las siguientes palabras:

—¡Oye, Israel, el Señor, nuestro Dios, es uno!

Después se oyó como el retumbar de un eco. Alguien entre los allí presentes repitió:

—¡Oye, Israel, el Señor, nuestro Dios, es uno!

Pero el pueblo no oía nada; estaba abstraído en aquel espectáculo, y observaba todo aquello con un ronco jadeo y un brillo extraño en los ojos. El fuego jugueteaba con su víctima, como si lamentara devorar de una sola vez un cuerpo tan tierno y hermoso; por eso se distraía en cada parte, lamiéndola con sus lenguas ávidas. Después inflamó sus cabellos. El viento dispersólos, y durante un minuto pareció como si un sol ardiente se derritiera alrededor de su cabeza. Su cuerpo desnudo estaba rojo del fuego que lo abrasaba y un sol ardía sobre su cabeza. Semejaba la criatura humana una figura fantástica descendida del cielo. Pero cuando de pronto manaron de sus venas estallantes torrentes de sangre, como el zumo de una tierna fruta, el pueblo se levantó enfurecido. La sangre que hervía entre las llamas exacerbó sus sentidos, embriagó su sangre con pasión y, jadeantes, se empujaron unos a los otros para acercarse más a la hoguera. Y mientras el fuego chasqueaba de placer y satisfacción, los espectadores lo acompañaban con idéntico chasquido. Envidiábanle al fuego su gran fiesta y ansiaban frenéticamente tomar parte en ella; se echaron sobre la hoguera y agarraron apresuradamente trozos del vestido ardiente, mechones de cabellos encendidos; otros tomaron partes candentes y ensangrentadas de ese mismo cuerpo. Hacían caso omiso de los golpes, de los latigazos, y aun de los golpes de pica y alabarda que descargaban sobre ellos los monjes de la Inquisición. El pueblo de Roma estaba ebrio de sangre y de fuego. Inútil fue que las monjas levantaran cada vez más el cuadro de Ifatah, cantando alabanzas a Dios y ensalzando su nombre de rodillas. El pueblo adoraba ya a otro dios, y detestaba a aquella divinidad hierática del cuadro. Había vuelto a erigirse el antiguo dios Moloch, y Roma lo adoraba; junto con él bailaba sobre su víctima prodigándose en una alegría desenfadada; junto con las bocas de la hoguera bebía la sangre de la viva Ifatah; con aquellas lenguas de fuego lamía los tiernos huesos de la doncella, y festejaba con un grito unánime cada gota de sangre y cada parte del cuerpo que era devorado por ellas...

Las monjas de la iglesia del «Sagrado Corazón» aún permanecieron extáticas ante

el cuadro de Ifatah, entonando de rodillas rogativas para su eterno descanso, mientras las llamas se cebaban en los últimos restos de la santa doncella. De pronto, un joven enfurecido, de cara pálida, atravesó la compacta muchedumbre, llegó hasta el lugar donde las monjas sostenían el cuadro sagrado, y hundió un puñal que llevaba debajo de su capa negra en el corazón de la Santa que aparecía en la pintura.

Las monjas lanzaron entonces un grito de angustia y durante un segundo permanecieron en silencio; se arrojaron al suelo, ante el cuadro mutilado, y el pueblo enfurecido quedó sobrecogido de temor. El joven pálido seguía esgrimiendo el puñal, y exclamó con voz estentórea.

—¡Pueblo de Roma! ¡Yo la pinté con impureza, la creé incubando deseos pecaminosos! ¡Ella es la impura! —y señalaba el cuadro—. ¡La Santa se está quemando allí, en el fuego!

Miles de espectadores reunidos en el «Campo de Fiarra» juraron haber visto, y los escribas de la Iglesia anotaron en sus protocolos, para gobierno de las generaciones venideras, que cuando el pintor Pastillo hundió enloquecido su puñal en el cuadro «La Madona del Amor», brotó sangre de la imagen.

Las monjas de la iglesia del «Sagrado Corazón» enseñan todavía las dos gotas de sangre coaguladas sobre el seno, en el cuadro sagrado «La Madona del Amor», que se guarda celosamente en la iglesia, y que sigue considerándose como protectora de los enamorados.



SHOLEM ASCH (1 de noviembre de 1880, Kutno, Polonia - 10 de julio de 1957, Londres, Inglaterra) fue un novelista y dramaturgo estadounidense de origen polaco.

Gran parte de sus escritos tienen que ver con la experiencia de los judíos en los poblados de la Europa Oriental o como inmigrantes en los Estados Unidos. Entre sus trabajos se encuentran la obra teatral *Got fun Nekomeh* de 1907 y las novelas *Motke Ganev* de 1916, *Onkl Mozes* de 1918 y *Khaym Lederers Tsurikkumen* de 1927.

En posteriores obras un tanto más polémicas, exploró el legado común del Judaísmo y el Cristianismo. Tuvo una sobresaliente carrera por su productividad y efectos, siendo uno de los escritores más conocidos de la literatura yídica moderna.

Notas

[1] Extendí mis manos todo el día al pueblo rebelde, el cual anda por camino no bueno, en pos de sus pensamientos. <<

[2] Parches amarillos: Señal que llevaban obligatoriamente los judíos en tiempos de los «ghettos» y que atestiguaban su origen judío. <<

[3] Tzitzot: Flecos que contienen los cuatro ángulos del manto sagrado. <<

[4] Marranos: Judíos que, no pudiendo soportar las torturas de la Inquisición, cedían finalmente, adoptando la fe cristiana, pero profesando en secreto la religión mosaica.

<<

[5] Salomón Malco: Uno de los falsos Mesías, que aparece en la historia judía a principios del siglo XVI, cuyo verdadero nombre era Diego Pires. Se convierte al judaísmo y adopta el nombre de Malco. Junto con David Rubeni se entrevista con el Papa, el cual, por razones desconocidas, dispensa al converso su favor. Trata de convencer al emperador de Alemania. Carlos V, para que les facilite su ayuda en una posible guerra contra Turquía; guerra que se llevaría a cabo por todos los judíos del mundo con el objeto de conquistar la Palestina, no obteniendo ningún resultado. Es entregado a manos de los inquisidores y quemado públicamente en el año 1533, por haber abandonado su propia fe. <<

[6] Arba Kanfoth: Pequeño manto sagrado, que los judíos creyentes llevan puesto permanentemente en señal del tratado de fidelidad a Jehová. <<

[7] Taleth: El manto sagrado que se lleva durante la oración de la mañana. <<

[8] Torah: Así se denomina la Santa Doctrina. <<

[9] Talmud y Midrasch: Las enseñanzas y título de un gran número de libros y comentario sobre la Biblia y otros... <<

[10] Batlonim: Holgazanes, perezosos, despreocupados generalmente por su propio sostén, y mantenidos por la comunidad. <<

[11] Tojajá: significa reproche, castigo, reprensión. Se denomina también con este término a dos pasajes del Viejo Testamento: el primero en el Tercer Libro (Levítico), cap. 26 vers. 14 al 44, y el otro en el Quinto Libro (Deuteronomio), cap. 28, vers. 15 al 61, donde Dios reprocha y predice a Israel el castigo que le sobrevendrá por su desobediencia a la palabra del Todopoderoso. Por eso, los sábados, al darse lectura al rollo sagrado y cuando tocaba esta parte, se llamaba a estos pobres sujetos, porque nadie quería ser aquel ante quien se leyeran aquellas reprensiones. <<

[12] Schmah Israel: Oye, Israel, el Señor nuestro Dios, es uno, frase que se encuentra repetida varias veces en las oraciones judías. <<

[13] Zohar: Es el libro principal de la Cábala, el que sirve hasta hoy como base de aquella ciencia oculta. El significado de la palabra «zohar» es brillo, y proviene de un versículo de un pasaje del libro de Daniel donde dice: «y los sabios brillarán como la luminosidad del cielo». Según la leyenda, este libro llegó en la segunda mitad de la XV centuria a manos del místico Moisés de León, residente de España, un manuscrito del sabio R. Simón ben Iojoi que vivía en el siglo XI de la Era Cristiana. Otros lo niegan y le otorgan la paternidad al primero. Se compone de una cantidad de enunciados de la Biblia, sus interpretaciones y comentarios. Pero esas interpretaciones y comentarios parecen no tener a simple vista ninguna relación con tales frases, y requieren profunda meditación: además contiene poesía, filosofía, quiromancia, relatos sobre la creación del mundo, meditaciones sobre Dios y lo divino, sobre los deberes del buen judío y sobre los tiempos del Mesías. Enseña que el infinito es perfecto e inmutable y lo único que cambia y se perfecciona es la forma.

<<

[14] Marev: Oración de la tarde. <<

[15] Schmonah Asarah: Oración de las dieciocho bendiciones, que se repite diariamente tres veces, y que debe pronunciarse de pie y sin interrupción. <<

[16] Kidush haschem: sacrificarse en aras de la fe. <<

[17] Guemara: Compilaciones de leyes judaicas y decisiones de Rabinos que forma parte del Talmud. Compuesto de seis tomos. <<

[18] Hoschanah Rabah: nombre del séptimo día de la fiesta de Sucoth (fiesta de Tabernáculos). <<

[19] Iad Hajzakah: Nombre de una obra escrita por Maimónides (Rambam). <<

[20] Simjait Torah: Se denomina con este nombre a la fiesta solemne que se celebra el último día de Sucoth; Purim a la que se celebra el 14 mes de Adar en conmemoración de la salvación de los israelitas por obra de la reina Esther. <<

[21] Matzot: Pan ácimo, sin levadura, el cual reemplaza durante la fiesta de Pesaj al pan común. <<

[22] Pésaj: Se denomina con esta palabra a la Pascua judía. <<

[23] Mischnah: Estudio, especialmente de la ley tradicional, opuesto a Micrah, ley escrita. <<